

Alberto Gárate Rivera



Para tocar los silencios del aula

PARA TOCAR LOS SILENCIOS DEL AULA

Alberto Gárate Rivera



Colección Cátedra Distinguida Educación y Valores



PARA TOCAR LOS SILENCIOS DEL AULA

“Ya nada pintamos, ni delante del alumnado, ni cara a la administración. Hemos quedado desprovistos de autoridad. Somos monigotes (...). Con frecuencia los alumnos son heterogéneos en cuanto a su nivel de preparación; y entonces no atinas con la solución óptima. Dar clases es ganar un maratón lleno de obstáculos. Los profesores de “mates” enseñamos “matemáticas modernas” para las que nadie nos preparó. Hasta el momento actual, quizás fuera mala la enseñanza, pero sabíamos en qué consistía y hacia dónde nos dirigíamos; mas, llevamos ya unos años en el que el desconcierto es casi absoluto y nos da la impresión de estar azotando el aire. Nos sentimos inútiles, absurdos. Se acabó nuestra misión de educadores. Los finales de semana y las vacaciones de Navidad, Semana Santa y de verano son los puntos hacia donde dirigimos la mirada con cierto sosiego. Asambleas, protestas, maniobras, apasionamientos de toda suerte constituyen la triste urdimbre de nuestra estúpida faena profesoral. Más valdría abandonar el campo”.... . El párrafo entrecomillado es una reflexión que hacia el español Octavi Fullat en 1973, mismo que aparece en su libro “Educación: desconcierto y esperanza”. Las cosas en el aula no han variado mucho de aquellos años al nuevo milenio, a pesar de que digamos que los cambios son vertiginosos.

La palabra favorita del tiempo es el cambio; la palabra favorita del cambio es el proyecto; la palabra favorita del desconcierto es la complejidad; la palabra favorita del inconforme es la utopía; la palabra favorita del educador es la esperanza. Decimos que cambiamos pero a veces ni cuenta nos damos que estamos en lo mismo. La palabra favorita del miedo es el silencio; pero la palabra favorita del aula es el bullicio. **Para tocar los silencios del aula** es eso, dar un paso al frente y narrar las cosas, los detalles, la simbología que rodea a la escuela. Dice Cinna Lomnitz, el estupendo científico mexicano colaborador de la revista Nexos, que: “no se desgasta lo que avanza, sino lo que permanece inmóvil”. La educación en su expresión social no puede quedarse inmóvil, pero tampoco puede moverse sólo para no quedar en la parálisis.

En el fondo, las pretensiones de narrar las cosas y de tomar las ideas de algunos autores para explicar esas cosas que pasan, no es otra cosa más que intentar ver a la educación, más que como un destino, como un desafío. Esta postura nos da espacio para la creación; también para atreverse a hacer aunque el resultado sea equivocado, pero hay que tener en cuenta que las equivocaciones no son eternas, al menos que permanezcan inmóviles.

Los artículos que le dan vida a este libro fueron escritos a lo largo de estos últimos años en los que he estado ligado a las tareas educativas. Años de fin de milenio y años violentos para la escuela; años donde el paradigma de las desigualdades ya no es sólo un bastión del discurso de la izquierda, sino que desde el mismo poder se asume la desigualdad como un cáncer que hay que atenderlo con urgencia; años, en fin, donde cada nivel del sistema educativo lucha no sólo por coexistir con las otras manifestaciones sociales, sino por armar su proyecto para ir en busca del futuro.

Recuerdo que cuando era pequeño, mi padre se preocupaba por lo que Maslow llama las necesidades primarias. El hombre se levantaba con el alba, se lavaba la cara, lanzaba una plegaria al cielo, encendía el camión de plataforma, modelo chevrolet 54 y, presto se lanzaba en busca de la comida diaria. Al caer la tarde la traía en forma de frijoles, tortillas, huevos, leche. Mi madre se preocupaba también por eso, pero incluía en sus prioridades los dieces de la escuela. Cuando llegábamos al final del año con las boletas cargadas de buenas notas, ella se ensanchaba como pavorreal y regaba los dieces por todo el vecindario. Su orgullo era vital y lo trasplantaba a las conciencias de cada uno de sus diez hijos. No gritaba, no amenazaba, no exigía, no contaba cuentos ni armaba intrincados problemas matemáticos; simplemente se sentaba en el patio cada tarde, nos preguntaba sobre la escuela al mismo tiempo que su mano suave y regordeta nos acariciaba la cabeza. Eso era suficiente. Nos daba tiempo.

Los padres de hoy, padres modernos, tienen más conocimiento pero menos tiempo. Quizá una cosa supla a la otra, pero en realidad, a pesar de que el nivel educativo de este país ha aumentado significativamente de la década de los sesentas a la fecha (pasamos de ser un país de segundo o tercer año, a ser un pueblo de primaria completa), los problemas, tal y como lo menciona Fullat, no han variado gran cosa.

Finalmente, dice Francesco Alberoni que “cada generación recibe una convocatoria, y la nuestra más que cualquier otra porque el desafío es total”. Corresponde a los educadores reconocer esa convocatoria en medio de las cientos de voces contradictorias que son la escenografía de nuestro tiempo. Tocar los silencios del aula es una manera de reconocer el desafío, de moverse para no desgastarse, de dimensionar al sueño como una capacidad asombrosa que tenemos los humanos de anticiparnos a lo que viene.

LA NIÑA DE LA INTELIGENCIA FINA

Bubu le dicen en la casa de la abuela. El apodo desconcierta tanto como su cuerpo fragil de niña-adolescente de once años. Su inteligencia osada fue ascendiendo mucho más rápido que sus delgadas piernas y alcanzaron pronto, de manera inesperada y de forma vertiginosa, la cúspide de la victoria que a todos sus cercanos les ha sabido a gloria.

“La Bubu” llegó muy pronto a la primaria. Su madre atendió la voz secreta de una educadora que le dijo que la niña tenía las suficientes habilidades para hacer un decoroso papel en ese nivel de escolaridad. Un tío de la niña, de profesión sabelotodo, se opuso esgrimiendo una absurda teoría acerca de la socialización de niños que la Bubu hechó por tierra desde que pisó la tierra brava de la Primaria José G. Valenzuela.

“¿No entiendes que la estás violentando, Toña, -decía el sabiondo- la niña tiene que socializar con otros pequeños de su edad, y ella está muy chica en tamaño y en años (apenas tiene cinco). Vas a ver que va a llorar cuando entre a la escuela”.

Evidentemente que las lágrimas nunca aparecieron por sus ojos de aceituna; a cambio de ello, la avidez por leer, pintar y escribir historias como lo hacía el tío sabiondo, se desgajaron como torrentes por su lápiz siempre inquieto. El resultado del primer año fue una victoria para la madre: “la Bubu” pasó con su andar despreocupado por enmedio de la explanada para recoger su primera de seis grandes diplomas de niña sobresaliente que recogería a lo largo de los años de primaria.

El irse llenando de habilidades en sus años de estudiante de primaria la enfrentaron a tres grandes batallas en el sexto año. La primera la libró contra otros niños y niñas de su escuela. El resultado fue por demás elocuente: “la Bubu” demostró los suficientes merecimientos para representar lo bueno y lo malo de la José G. Valenzuela. Su maestro Juan sabía que eso tenía que pasar. Desde que llegó a sus manos en las primeras semanas de septiembre, entendió que el destino le había puesto una joya a su vieja labor de enseñante. Con paciencia fue abriendo las ventanas de la historia y de la geografía; los volúmenes y las formas se transformaron en ejercicios largos y fatigosos; las divisiones y las multiplicaciones cada vez fueron más complicadas. El profe Juan apretaba y la niña no sólo no se doblaba,

sino que entraba a la dinámica como si fuera un asunto de menor importancia.

“La Bubu” iría a competir a la zona con otros tantos niños de las escuelas del sector. El profe Juan le robó salud a su propia enfermedad para hacer de los sábados y domingos jornadas donde no importaba brincarse el cerco de la escuela o perderse la gran final del chiverío. La niña no lo defraudó y haciendo gala de capacidad, dejó a los otros niños en el camino. A su madre el corazón se le agitaba y su mirada se volvía de una felicidad desconocida.

La niña provocaba una revolución de emociones con su victoria en esas competencias. La casa de la abuela era un jolgorio y ella seguía viendo las novelas y el fútbol en sus largos ratos de ocio.

El climax de la historia llegó hace cosa de pocos días. El profe Juan seguía brincándose el cerco de la escuela en su afán por llevar a la niña hasta la meta última. No le importaba que la presión de su cuerpo anduviera en el infinito y que el corazón se viera amenazado por un potencial infarto. Brincaban el cerco él y su esposa (que también es maestra de primaria) para llegar al salón y hacer lección tras lección. El profe reivindica lo bueno que queda del magisterio: la pasión, el amor, la entrega, las ganas de volver trascendente a la educación. “La Bubu” podía o no ser la ganadora; para él, su tarea y su enseñanza ya estaba asegurada.

La niña llegó hasta Ensenada B.C. al igual que otros ciento veinte niños. Entre la diversión, la novedad y los exámenes, los evaluadores fueron marcando a los ganadores. El resultado y la premiación sería en el CECUT de Tijuana. Hasta allá llegó Toña, su madre, junto con otros expectantes tíos, y por supuesto el profe Juan y la esposa. De los ciento veinte, sólo doce serían los agraciados. La crema y nata de la niñez inteligente, disciplinada, responsable e informada de Baja California estaba en ese teatro. El premio es lo que ya sea ha hecho una tradición: acudir a la Ciudad de México en un paseo lleno de historia, de algarabía, de temor y de significados.

El maestro de ceremonias empezó a nombrar a los ganadores. Aquello parecía algo así como un concurso de “Miss Universo” (valga la vulgar comparación). Su fueron quedando muchos niños y otros tantos apellidos. Faltaba uno y ya el señor del micrófono iba en la letra U. La madre de la niña estaba hecha un mar de nervios y ya no sabía ni el abecedario. De pronto, el señor del micrófono iluminado dijo: -“número doce: Vera.....” Ya nadie de los familiares escuchó el resto. El llanto

desbordóse fustigado por el júbilo y aquello se volvió una emoción tan intensa que aún queda para ponerse chinito.

Cuando la Bubu llegó a la casa de la abuela, la abrazaban, la besaban, la lanzaban al aire. Su cuerpo todavía fragil, menudo y tierno estaba en un canal diferente a tanta algarabía. Cuesta trabajo entender como la niña ve las cosas con tan sobriedad. El tío sabelotodo sigue desconcertado después de tan largos años. No sabe descifrar ni el estilo, ni la capacidad, ni los sueños de la niña. La Bubu sigue viendo las novelas del canal de las estrellas; el futbol lo disfruta con su hermano Nono; juega a los encantados con sus primas; no hace deporte en serio ni de broma. -”**¿Dónde esta el conocimiento y el potencial de esta niña que ya alista sus maletas para irse al gran Castillo de Chapultepec en la Ciudad de México**”. Esa es la pregunta del tío. Parece que aun tiene una gran cantidad de años para descubrir la magia de esta maravillosa niña.

P.D. dos mitos educativos se caen en esta microhistoria: el primero es referente a la edad de la niña; tenía cinco cuando entró a la primaria y se decía que sus dificultades para socializar serían enormes. No lo fue. Por lo menos nos queda como hipótesis de trabajo el decir que la edad de seis años es más una medida administrativa que académica. El segundo punto: el de la formación integral. El mejor aprovechamiento de un niño es cuando atiende las tres esferas: la del conocimiento, la de la sensibilidad, la del cuidado físico a través del deporte. Parece que esa regla es la óptima, pero no siempre se cumple.

p.d. chiquita. Le dicen Bubu desde chica. ¿Por qué? No lo sé, son esas rarezas de los apodos. Su nombre es Norma y el Normita nunca nadie se lo dijo.

EL ASOMBRO SE PINTÓ DE FANTASMAS

Estoy seguro que lo fraguaron esa tarde de marzo, cuando la naturaleza había acudido a la cita con las flores y con las mariposas, tal y como lo hace desde tiempos ancestrales.

Andrés, líder intelectual del grupo conformado por Esteban y Sofía, estaba más que ajeno a ese olor tan característico del tiempo. En ese momento su alterado espíritu taladraba la débil resistencia de sus compañeros. Escondidos en un cuarto abandonado del vecindario donde vivían, argumentaba vehementemente:

-”¿A qué le sacan? Ya le robé la pistola a mi tío y todavía no se da cuenta. El carro que nos podemos robar está a dos cuadras de aquí; siempre lo dejan abierto y yo sé como encenderlo sin llave, así es que no tienen pretextos para rajarse. Además, ya habíamos quedado, o ¿no?”

Por las palabras de Andrés podríamos decir que parecía un ladrón consumado, y la realidad es que a su atrevimiento apenas le cabían los quince años, que eran los mismos que tenía Esteban. En este cuadro de conflicto los años de Sofía dolían un poco más, pues sólo llegaban a doce. Ni juntos los años de ella y de Esteban alcanzaron para detener la avalancha de argumentos de Andrés. El salto del sol que se iba a buscar la noche tras la montaña sirvió para sellar un trato entre trágico y suicida: se robarían el auto; voltearían los armarios de sus respectivas casas en busca de dinero; se darían a la fuga lejos de la ciudad en el carro robado (*“quesque a conocer el mundo”*, diría el imberbe Andrés), y en caso de que la policía los agarrara en algún lugar, antes de caer en la correccional o regresar a casa *“derrotados”*, se pegarían un balazo en la cabeza cada uno de ellos. *-”Juntos hasta la muerte”*, diría arrogante y dramático Esteban, quizá para que no se le notara el resto de pánico que aún no desaparecía de sus ojos.

-”Lo siento padre, cometí un grave daño y no puedo regresar a casa. Perdóname”. Así de lacónico fue el mensaje de Sofía. Sus compañeros no tuvieron tiempo ni para eso -o quizá no les interesaba buscar el perdón de nadie-, de tal forma que con dinero y pistola en el bolsillo, robaron el auto y se fueron por allí a hacerle heridas al mundo.

Esto que escribo y leo a la vez me deja perplejo. Yo, Alejo Villafuerte, oriundo de Sinaloa y habitante de este desierto por más de cuarenta años, no le encuentro explicación a esos desvaríos. Lo primero

que evoco son mis catorce o quince años por allá en los ranchos del Quelite Sinaloa. Recuerdo como la sierra y el campo “te hacían hombre” (expresión de mi difunto padre) desde muy temprano. Pero hacerte hombre significaba encallecerte las manos con el azadón y la pala y curtirte la piel con la larga jornada de trabajo. Echarte tu tequila, mezcal o aguardiente para esperar un nuevo amanecer era de lo más atrevido. Y ya cuando la naturaleza te hacía hervir la sangre a eso de los diecisiete, dieciocho o diecinueve años, entonces buscabas otro cuerpo que complementara el fuego que te cargabas, y si no había de otro modo, pues le robabas el corazón y el alma con la complicidad de sus largas trenzas de azabache. Ah!! pero eso sí, el robo era mutuo, y casi siempre se hacía sobre la base de soñar con un futuro compartido.

Bueno pues, que no estoy aquí para contar las hazañas de Alejo Villafuerte. Mejor continúo con la historia del auto robado. Les decía que alcanzado su primer objetivo, el trio de pillos adolescentes se fugaron de la ciudad y se metieron a una de las tantas carreteras interestatales. Quizás las múltiples aventuras de fugas que se ven en las películas hollywoodenses contribuyeron a hacerlos sentirse los grandes artistas del momento.

Después de dos días de andar de aquí para allá y de allá para más allá, durmiendo donde podían y comprando comida en algún McDonalds o en un Jack in the Box, el enfado empezó a meterse entre la carretera y ellos. De pronto, Andrés, que iba al volante, vió la oportunidad de añadirle un poco de acción a la aventura. Se le acercó peligrosamente a un camión de carga (mejor conocido como trailer), y ya lo rebasaba, desaceleraba, se le atravezaba impertérrito ante los claxonasos y la rabieta del conductor de aquel vehículo.

La escena se repitió una vez tras otra por más de treinta minutos. Pero como nada en esta vida es eterno, el chofer del trailer ya había dado aviso a la policía del condado a través de la radio de frecuencia corta , de tal forma que de pronto el novel conductor de autos robados y sus acompañantes se encontraron con una patrulla delante de ellos y con un enfurecido trailero respirando tras sus espaldas. Lo que siguió a esta escena fue dramático. Es muy posible que al no encontrar salidas, el pavor haya invadido el valor exiguo de los pillos infantiles. Probablemente la primera en temblar fue Sofia y el última haya sido Andrés. El caso es que cuando los policías se bajaron de la patrulla escucharon la primera detonación. Una reacción instintiva los llevó a parapetarse tras la puerta del automovil, pero cuando vieron que el balazo no había salido en esa dirección, se levantaron desconcertados y echaron a correr hacia el carro robado.

Un segundo balazo los paralizó momentáneamente a medio camino. La certeza de que la muerte no venía por ellos les hizo correr más duro. Cuando llegaron al auto salpicado de sangre vieron que las órbitas de los ojos de la niña se negaban a cargar el arma. Un ancestral instinto de conservación le había hecho dudar y eso fue más que suficiente para que en ese instante le fallara al juramento.

A los otros dos se les fue el último respiro por una sien perforada por el acero. Las muertes de Andrés y de Esteban fueron instantáneas. Supongo que Sofía moriría más lentamente encarcelada en un shock personal que quizás algún día le permitirá soñar con cosas menos terribles que el olor de la sangre de los fantasmas.

Esta narración me deja estupefacto. Detalles más, detalles menos pero es un acontecimiento verídico. Yo no sé si los pequeños se hayan llamado Andrés, Esteban y Sofía, pero si tenían esos años y esa desquiciante tragedia los agarró en una de las tantas ciudades de Estados Unidos, orgullosa de sus autopistas y de sus restaurantes de comidas rápidas.

Hace algunos momentos les decía que en los ranchos del Quelite Sinaloa los robos eran de otras cosas y de otros estilos. También les dije que tengo muchos años por acá en Mexicali. Aquí, a diferencia de mi tierra natal, tenemos más ciudad que campo; nos informamos de más cosas y nos desconocemos más entre los miembros de la comunidad. Pero a pesar de ello, nunca he sabido de una tragedia de ese tipo ni en esa magnitud.

-”Lo bueno es que todavía tienes capacidad de asombro Alejo”, me dijo mi esposa cuando le comentaba esto que les he narrado, al tiempo que el comal inflaba la enésima tortilla de harina. Afuera se escuchaban los gritos de la chamacada dándole el toque de lo cotidiano a la oscuridad de la noche.

-”Una cosa si te digo Josefa, la capacidad de asombro es lo que no nos debe faltar a los humanos. Sin ella el mundo se puede parar de cabeza y aceptar como valores sociales los genocidios, la violencia desatada, la indiferencia, el robo y el encono. Por eso es peligroso quedarnos sin asombro. Con él como primera reacción, se provoca que el espíritu se indigne y que reproche, o bien que se enternezca y goce con las manifestaciones sublimes de las personas”.

-”Pero también una cosa es cierta -proseguí-, el asombro como reacción única no basta querida Josefa. Las decisiones y el hacer, decir o movernos para cambiar, corregir o reencontrar el rumbo, son condiciones

necesarias que le dan salida a ese sentimiento. Sin ellos el asombro no tiene valor, porque no hay ruta posible; se estanca y rápidamente se diluye”.

Josefa terminó de extender en la tabla de cocinar la última bola de masa de harina. A rítmicos golpecillos del palote se fue formando un círculo redondo, casi perfecto. Pacientemente lo colocó en el comal y cuando al cabo de un par de minutos estuvo lista, me levanté de la silla, agarré la barra de mantequilla, le unté lo suficiente viendo como lo sólido se volvía de un amarillo líquido sabroso. Con una taza de leche fresca en la mano derecha, y la tortilla aludida en la izquierda, salí al patio. La chamacada seguía divirtiéndose. Al otro día sería sábado y no habría escuela.

Por un instante busqué entre los chamacos que jugaban futbol un par de miradas similares a las de Andrés y Esteban. Por más que veía los catorce años de Ramiro, Alex, Pepe o Ramón, no encontraba en ellos a ningún robacarros o matones. -”No -me decía en tanto introducía la tortilla en la taza de leche-, *no puede ser que estemos tan torcidos. Cierto es que son adolescentes de secundaria; que de vez en cuando se cuentan chistes colorados; que se insultan a menudo y que se enojan con sus padres, pero de eso a lo otro, pues como que no hay punto de comparación”.*

En tanto los chamacos forcejeaban buscando el control de la pelota, también había en la calle del barrio un grupo de niñas entre los nueve y los doce años. Barbara, Aidé, Sarita, Conchita y otras se divertían con los “encantados”, ese viejo juego de la tradición mexicana que consiste en formar dos equipos; uno de ellos utiliza un poste como punto de referencia y de “desencantar”, y el otro tendrá que corretearlos. Al cabo de que logren “encantar” a todos (los dejan inmóviles) fuera de la base, el otro equipo pasará a ocuparla y a su vez los encantados a corretearlos.

Bueno, no les explico más el juego. El caso es que Bárbara y compañía están muy lejos de siquiera imaginar en robarse un carro, a pesar de los “power rangers” y de las “pato aventuras”. No sé que es lo que pasa, pero creo que eso de que las niñas corran y que los adolescentes pateen un balón de futbol es lo típico de cualquier barrio de Mexicali, ¿o acaso estaré viviendo en la década de los sesentas?

-”A *dormir Alejo*”, me grita Josefa desde la ventana. Inmediatamente le dí el sorbo final a la leche; les grité un buenas noches al jolgorio; cerré la puerta con candado y me dispuse a soñar

con el asombro de estas realidades. Ojalá las tragedias se las llevé la última fatiga de la noche.

p.d. Es cierto que las turbulencias del tiempo nos fueron cambiando. Es cierto también que los cambios se fueron acercando a las escuelas. Primero tímidamente; el cerco servía de barrera para inhibir. Por afuera se vendían pequeñas dosis de droga con sigilo y discreción. Después, el cerco ya no fue un buen parapeto. Los pequeños ghettos escolares fueron tomados por asalto en más de un ambiente escolar, sobre todo en la secundaria. El fin de semana vivimos un episodio que retrata a la perfección como la violencia ya no respeta ni las paredes de las escuelas: entre 35 y 40 miembros del ejército llegaron hasta un campo de futbol americano en una preparatoria de Tijuana, rifles a la mano y dispuestos a cumplir con su tarea, la cual era prácticamente secuestrar-arrestar al “cerebro financiero” de los tristemente célebres hermanos Arellano Felix. Por fortuna el hombre no tuvo tiempo ni de sorprenderse ni de pensar que traía una pistola fajada al cinto. Las cosas no pasaron a mayores.....¿y si pasan?

LA ESCUELA: ¿UN ESPACIO SAGRADO?

Esta mañana me levanté con un sentimiento de felicidad. Mi hija Mónica cumple siete años y hasta hoy camina con una aura de fortuna por la vida. No es un genio ni tampoco un ser mutilado. De lo que si es dueña es de una sonrisa que le permite tumbar barreras y lograr aprecios. Eso me hace feliz sin egoísmo alguno, porque como humanos todos tenemos el derecho a ser felices y a buscar la manera de serlo.

Salgo de la casa y me integro al mundo. Mi conexión son los noticieros matutinos de la radio. Hasta ahí llegó mi felicidad. En estos momentos escribo con una mezcla de angustia, de zozobra, de desesperanza. El motivo de esta transformación anímica es una noticia que ha tocado ya los confines del mundo: la escalofriante matanza de estudiantes y maestros de una escuela secundaria en Estados Unidos.

La muerte para las culturas de occidente ha sido una loza que se vuelve cada vez más pesada. No sabemos morir y por tanto, dirán por ahí, no sabemos vivir. Pero hay de muertes a muertes. La muerte que es precedida de la violencia es una muerte irracional, reveladora de crisis, casi siempre generadora de venganza. Las muertes de Kosovo no despiertan el mismo sentimiento de terror que la muerte en una cantina donde dos parroquianos tienen oportunidad de sacar pistolas, cuchillos o piedras y con ellas en mano y en igualdad de circunstancias, pretenden quitarse la vida. Esta última se asemeja mucho a las muertes del viejo oeste. La primera no tiene justificación alguna. La segunda deja llagas en las familias de los peleoneros. Quizás el hijo, el primo, el hermano, buscarán venganza e irán tras la muerte sin descanso. Un ejemplo clásico de ello lo tenemos en la película que estelariza Pedro Infante llamada “los Tres Garcías”, donde tienen enconos fuertes con la familia de “los López”, a tal grado que se matan entre sí hasta casi acabar con las dinastías.

Las muertes de Kosovo están en otra tesitura. El enemigo es incorpóreo e implacable. Las llagas trascienden a la familia para impactar a una nación entera. La impotencia es la madre de la infelicidad y por tanto, esta cultura estará marcada por el odio, la enemistad, la tragedia.

Sin tratar de justificar ambas formas violentas de morir, de las dos tenemos repletos los anaqueles de la historia micro de las familias y de la historia macro de los pueblos. A pesar de que no nos acostumbremos, mientras no esté cerca, “no duele” tanto.

La otra forma de muerte violenta a la que quiero referirme en este espacio, es una muerte que se ha venido colando de una manera

misteriosa y trágicamente inevitable. Me refiero a las muertes en las escuelas. El líder indiscutible de esa nada honrosa distinción es nuestro vecino del norte: Estados Unidos.

Kosovo y los bombardeos de los frentes involucrados me ha metido cierta inquietud. Las 25 muertes de estudiantes y maestros a manos de dos salvajes “engalanados” con trajes o gabardinas negras, ocurrido recientemente en una ciudad del Estado de Colorado, me frustra, me desespera, me horroriza.

La escuela por tradición es el espacio sagrado. La escuela, la iglesia, la casa en la que uno habita no son lo mismo que la cantina, que la calle o que un campo de batalla. En la escuela se va a ejercitar la conciencia; se va en busca de la verdad; se va a construir la esperanza. En la iglesia los fieles van a ponerse en paz consigo mismo y con el mundo; de otra manera, pero van también en busca de esperanza o a fortalecer la propia. El hogar es el sitio de la creación y del reencuentro, ambos cocinados por el amor de la pareja y de los hijos. Es por ello que la violencia puede caber en todas partes, menos en estos tres sitios.

Estados Unidos es la nueva expresión de lo mesiánico. Va como paladín de la justicia, -el gran valor de la modernidad- sin poder ocultar las miserias cotidianas. Va y hace explotar las bombas en el Medio Oriente o en Europa Oriental o en donde su infinito poder se le pega la gana, y otras bombas más virulentas le explotan en pleno corazón. La tragedia a la que aludo no es la primera. Desafortunadamente las escuelas en Estados Unidos ya no son más los espacios sagrados. La historia no es de ahora y la lista es larga. En ella encontramos desde la maestra que obliga al adolescente a tener relaciones sexuales con ella, de la cual se procrea un hijo, hasta el grupo de estudiantes que asesinan a balazos a un profesor universitario porque tuvo la desdicha de reprobarlos.

Rambos adolescentes y “choachenegers” que se visten de antihéroes. Niños, jóvenes y adultos que van a las supertiendas a comprar armas como si compraran un refresco de cola. Armas, drogas e ídolos invencibles son la combinación perfecta. La televisión juega su parte y después de la acción -si quedan vivos- se encarga de lanzarlos al estrellato fatuo.

El gran paladín de la justicia no puede resolver los problemas de su propio espacio de vida. Clinton se maquilla en un set de televisión para llevar a cabo una actuación donde la entereza se transforma en dolor ante la tragedia de Colorado. Asume que la violencia en las escuelas no es de ahora, y también públicamente dice no tener respuesta por el momento, pero tiene que consultarlo con los expertos. “Por el momento

reflexionemos sobre los muertos de Colorado, ya mañana pensaremos en el qué hacer”. Dicho eso, sale inmediatamente para otro set de televisión y con un rostro endurecido, inflamado por el orgullo americano, seguro de que el mundo descansa bajo sus hombros, señala que su país y los países de la OTAN y todos aquellos países del mundo que amen la democracia y la libertad, no descansarán hasta ver caer al dictador yugoslavo, “cueste lo que cueste”.

Este no es un artículo para satanizar a Clinton y a los Estados Unidos. En el fondo me asusta terriblemente la idea de que las escuelas, de por sí ya cargadas de un fuerte costal de violencias simbólicas, tengan que cargar con otro costal de violencias físicas que terminen en la muerte.

Hasta hoy, todavía nuestros discursos de necesidades no hablan de este tema. La piedra angular del Programa Educativo Estatal es mejorar la calidad, la equidad, la cobertura. O sea, reconocemos problemas de desigualdad en el acto de educar, de no llegar a todos los confines del estado, de que podemos mejorar sustancialmente nuestras acciones de enseñar y aprender. Eso lo reconocemos desde la oficialidad y desde las acciones diarias. Las tragedias ocasionadas por las pistolas, el fuego granado, los comandos suicidas no han brincado el cerco migratorio.

Ahora sí que nosotros tenemos que ponernos como ellos, pero en sentido inverso. Por ninguna razón debemos dejarlos pasar. Debemos tener mayor imaginación; mejor, pero mucho mejor sustentados los valores; estrategias más creativas para que no pasen sus fuerzas destructoras. Muchos problemas tenemos ya como para cargar otros nuevos. Cada uno de nosotros –como profesores, estudiantes, directivos, o profesionales relacionados con la educación- tenemos una tarea concreta que realizar. Estemos donde estemos debemos ser capaces de discernir y de diferenciar. La escuela norteamericana está sumida en el hoyo porque el sistema de vida la ha envuelto en su propia crisis. Captar eso y dar la pelea por la tolerancia, la dignidad y el ejercicio responsable de la libertad, es algo que no debemos postergar.

“Cuando veas las barbas de tu vecino cortar, pon las tuyas a remojar”. El asunto es complejo y apuesten ustedes a que no se va a terminar cuando Clinton declare que va a implementar un programa para acabar con la violencia en la escuela. Para nosotros es doblemente complejo, porque nos vemos con demasiada frecuencia en el molde de los vecinos, y porque su influencia es tan peligrosa, que desde las altas esferas hasta el ciudadano común, no nos cansamos de importar desde las inofensivas y a veces deshabridas hamburguesas, hasta la alta tecnología para rediseñar un nuevo proceso de enseñanza-aprendizaje.

Al tiempo.

p.d. Se oyen voces en la prensa nacional que nuestros ilustres diputados andan tratando de armar una ley para reglamentar el uso del armamento. ¿Será cuestión de legislar o de educar? ¿Será cuestión de quitarle la palabra “prohibido” al uso del arma para volver menos violentas nuestras sociedades?

DE COMO SE LE RESQUEBRAJA LA PIEL A LA EDUCACIÓN

-¡No, no, no!... No tienes razón Bernardo. No estamos hablando de casos aislados. La presencia de este fenómeno en los Estados Unidos tiene ya manifestaciones de crisis colectiva". Quien hablaba con tanta vehemencia era el maestro Vergara, hombre que tenía fama de crítico y de no rehuir a los debates.

-"No Vergara, date cuenta que, de los millones de estudiantes que hay en las escuelas públicas y privadas, 3, 5 10, 20, 50 casos no son de ninguna manera representativos de todo el sistema. En todo caso, admitiría que esas situaciones son potencialmente un problema que puede, a futuro, causar daños estructurales a un país como ese".

Bernardo y Vergara eran dos maestros de la Facultad que sostenían esa acalorada discusión en una mesa redonda organizada con el tema: ***educación como un vehículo de la esperanza***. Al igual que estos dos hombres, Sara Quevedo, filósofa especialista en valores y Rosa Bernal, pedagoga de profesión, habían sido invitados a exponer sus puntos de vista al respecto.

La exposición de Rosa Bernal había sido sumamente interesante. De hecho, sus planteamientos fueron los que provocaron la discusión de estos dos hombres. Rosa Bernal jugó con los tiempos de la educación. De manera breve comentó la experiencia del trabajo que habían ofrecido a la humanidad durante la primera mitad de este siglo dos relevantes autores educativos: A.S. Neill y Celestin Freinet.

-"Miren, en plena crisis de la modernidad, envueltos en las terribles experiencias de la primera y segunda guerra mundial, tanto Neill como Freinet levantan una bandera denunciante a propósito de lo que la educación estaba provocando. Neill crea Summerhill y Freinet desarrolla un trabajo frenético en el campo, sustentado el primero en la libertad para explorar al mundo, a los demás y a uno mismo; el segundo centrado en la cooperación, en el desarrollo de las capacidades del niño, en la escuela para la acción".

-" Perdóneme maestra -había dicho Vergara- pero sin que usted se sienta ofendida, no estamos hablando de la historia de la pedagogía, sino de lo que pasa con la educación en estos momentos".

-“Espéreme maestro Vergara. Con todo respeto, casi siempre queremos resolver o explicar los problemas con lo que estamos viviendo en el presente. Se nos olvida cómo la historia no sólo enseña, sino también aporta elementos para la solución de los problemas presentes. Bueno, les decía que estos dos hombres revolucionan la educación porque la basan en la comprensión, el amor y la libertad. Cierto es que estos son valores que ya se habían manejado en otro momento, pero tanto Neill como Freinet son hombres profundamente congruentes, porque a esos fines unen sus acciones, y crean experiencias como Summerhill, en el caso de Neill donde efectivamente los niños viven la libertad individual y de grupo; se le da una gran importancia a las emociones, y en general, se les enseña a la gente a cómo vivir”.

A decir verdad, el auditorio todavía no le encontraba mucho sentido a lo que estaba exponiendo Rosa Bernal. A los maestros y algunos de los alumnos que estaban ahí, se les veía cara de desconcierto. La única que sonreía complacida era Sara Quevedo, la filósofa que parecía entender a la perfección a la expositora.

Rosa entendió el mensaje de desconcierto del auditorio. Revisó sus apuntes un segundo y dijo:

-“No se desesperen mis estimados, ya pronto llego a donde voy. Congruencia es el concepto que debía guiar a todos los que estamos en educación. Veamos los siguientes casos. Todos fueron de la opinión pública y seguramente ustedes se enteraron.

a. Meses atrás, un trío de niños no mayores de trece años, saliendo de la escuela, se pusieron de acuerdo y robaron dinero a sus padres. Hurtaron una pistola. Salieron a la calle y robaron un auto. Se fueron por las autopistas de la región y al cabo de dos días, cuando estaban a punto de provocar un accidente, fueron detenidos por la policía. Al momento en el que los agentes se acercaron al auto, dos de ellos se dispararon y se quitaron la vida.

b. Hace algunas semanas, un adolescente de trece años, molesto porque le habían llamado la atención en la escuela, se fue indignado. Al día siguiente regresó convertido en un Rambo juvenil, cargando con el odio y envalentonado con las balas. Hace sonar la alarma de fuego y cuando los niños y maestros salen por el pasillo corriendo, el maniático Rambo los riega de balas provocando una tragedia que va más allá de los lamentos.

c. Otro joven de diecisiete años, en pleno salón de clases, y ante el azoro y desconcierto de sus compañeros de clase, saca una pistola y se dispara en la cabeza. El resultado fue la muerte instantánea.

d. Muere asesinado un maestro universitario a manos de la violencia de sus alumnos porque les había reprobado.

e. A una maestra de treinta y tres años que laboraba en una escuela primaria, le entró el amor compulsivamente, del tal manera que sus ansias se enfocaron hacia un adolescente de trece años, con el cual tuvo relaciones sexuales y procreó un niño.

f. El porcentaje de niños estadounidenses de ocho años que no saben leer es del 40%.

g. Recién acaba de ocurrir. El escenario: una escuela de Miami. Un tipo entra a ese lugar, mata a una maestra e inmediatamente se suicida.

Todas esas tragedias ocurrieron en Estado Unidos. ¿Por qué ocurren? ¿Qué mueve a la gente a actuar de esa manera? ¿Cómo se manifiestan los valores y los antivalores?”. Bien, parte de esa reflexiones las hará mi compañera Sara Quevedo”.

Rosa guarda silencio. El público no tiene respuestas. Las narraciones hechas por la mujer habían sido contundentes. Pinta un espectro educativo donde pareciera ser que la educación está muy cerca de ser una cantina o un duelo de pandillas de baja ralea. El micrófono pasa a Sara, y esta dice:

-“Lamentable cuadro, ¿no es cierto?. Experiencias como esas jamás se vivieron en el Summerhill de Neill o en los múltiples centros educativos que creó Freinet en su país. Rosa decía, para definir la labor de estos dos hombres, que los fines de la educación para ellos estaba sustentado en el vivir con tres valores sustantivos: la comprensión, que significa entender al otro, la libertad y el amor. Dijo también que la labor de ellos, es decir, las acciones que llevaban a alcanzar esos fines, eran congruentes con esa filosofía. Las ideas, las estrategias y los hombres eran coherentes entre sí.”

Sara esconde por algunos momentos las palabras como esperando una pregunta, un comentario o una respuesta por parte de alguien. Ese alguien fue Bernardo.

-“Yo tengo un comentario y una pregunta. El primero es que yo no creo que esos casos específicos nos lleven a generalizar para decir que el sistema educativo en Estados Unidos es un desastre muy próximo a un destino sin salida. Creo que son casos que llaman la atención, pero hasta ahí. Ahora, mi pregunta va en este sentido: ¿Es sólo una responsabilidad de la escuela las causas y consecuencias de esas tragedias?”

-“Parecieran obvias las respuestas a ambas cosas maestro, aunque no es así, –dijo Sara de manera pausada -. Que no se puede generalizar desde el punto de vista de la ciencia, estoy de acuerdo. Que este es un problema individual en Estados Unidos y no estructural, ya no estoy tan de acuerdo. Fíjese usted como el asunto es ya altamente preocupante. La semana pasada Bill Clinton hizo una declaración sobre la violencia en la escuela. Yo no sé si le asuste, le aterre o le preocupe, pero el hombre dijo que la violencia en la escuela es ya insostenible. Muchas armas, muchos odios, muchos enconos, muchas revanchas. Cuando el presidente de un país habla en ese tono, vamos preocupándonos, porque el escenario se pone de un gris intenso. Por otra parte, claro que la escuela no es la única ni más importante responsable, pero como diría el buen filósofo Fernando Savater, “ahora que la familia no cubre plenamente su papel socializador, la escuela no sólo no puede efectuar su tarea específica con lo que se le demandaba en el pasado, sino que comienza a ser objeto de nuevas demandas para las cuales no está preparada”. Haga de cuenta que le estoy diciendo que la familia contemporánea es un ente que se vuelve más hacia afuera del hogar, y que espera que la escuela y otros organismos sociales suplan su función esencial, porque papá y mamá se encuentran muy ocupados en sus respectivos centros de trabajo, enfrentando problemas y batallando con el jefe”.

Sara toma un vaso con agua e ingiere un poco de ese líquido, lo que aprovecha el maestro Vergara para reflexionar en voz alta:

-“Déjame ver qué voy entendiendo de este planteamiento Sara. Para mí la educación es la parte más vital de los seres humanos, y ahora resulta que vienen Rosa y tu a tratar de cambiarnos todo el esquema. Estados Unidos se jactan de ser el país más democrático y libre del mundo, y resulta que son un verdadero caos. La escuela norteamericana es la que tiene el mayor financiamiento, los más altos estándares de calidad, la mejor infraestructura, y resulta que con todo eso, sus sistemas no

valen tres pesos. ¿Cómo se puede entender eso? Entonces, ¿por qué tenemos que decir que la educación es un vehículo de la esperanza?

-“Espérame profe Vergara, no malinterpretes conceptos. Una cosa es la educación y otra es la escuela; una cosa son los fines que persigue una sociedad, una escuela o una universidad (algo así como su misión) y otra cosa son las acciones que estructuren para alcanzar esos fines. Yo no trato de cambiar esquemas, sólo digo que la escuela tiene severas fracturas (por lo menos la de los Estados Unidos), y digo que es de esa manera porque sus relaciones, sus formas de vida cotidiana, su interacción en el aula, la excesiva premiación a la individualidad, la exagerada competitividad por el éxito personal, está generando altísimos grados de violencia. Los casos que cita la maestra Rosa no son otra cosa más que la pérdida de la identidad escolar. ¿Qué implica eso para Estados Unidos? Algo hasta cierto punto simple: una tremenda disonancia con respecto a sus postulados de libertad. No puede haber libertad y convivencia como grandes valores en un marco de vida como el de Estados Unidos, dominado por una arrogancia belicosa, expansiva e imperialista. A eso agréguele la caracterización valoral de Rambo: la fama, la gloria, el poder indestructible, el liderazgo, la soberbia, la inmortalidad, y entonces ya sabrá usted lo que puede ocurrir con todo eso”.

Por allá en la parte final del auditorio levanta la mano un estudiante. Sara le invita a participar y el muchacho va recorriendo algunas notas de su cuaderno.

-“Creo entender lo que dijeron Freinet y Neill. Creo entender también que el problema de Estados Unidos y de muchos otros países y sistemas educativos no es la construcción de fines, sino lo que a estos dos pedagogos les sobraba: congruencia”.

-“¡Exacto,- dijo Rosa emocionada-, eso es exactamente lo que queríamos decir!”.

-“Permítame maestra, todavía no he terminado -dijo el muchacho- También creo entender que la escuela, metida de lleno en una realidad determinada, no puede por sí misma cambiar los males estructurales, puesto que su tarea estaría muy limitada, pero creo también tener en claro que otra vez los ejemplos de Freinet y de Neill, que se dan en ambientes similares (aunque no tan críticos como los de hoy en día) nos ofrecen la lección que nos lleva más allá del fatalismo o del inanimismo. En pocas palabras, sus historias nos invitan a la acción. ¿Así es verdad?”

-“Oye muchacho, -dijo Sara-, nos has quitado de una maravillosa manera las conclusiones que teníamos preparadas”.

-“ Discúlpeme, pero quiero decir una cosa más antes de que la idea vuele y ya no regrese –dijo el estudiante-. La educación como vehículo de esperanza significaría en primer lugar una toma de conciencia respecto a esos actos trágicos. En segundo implicaría tener y manifestar una postura ante ellos, que preferentemente debe ser de rechazo, pero, de un rechazo consciente, inteligente, emocional. Tercero: el rechazo no sería suficiente cuando no se traza un camino distinto, que nos lleve a mejores rumbos, y cuarto, el trazo no tiene sentido alguno, si no emprendemos el camino por eso que estamos diseñando. En pocas palabras, la esperanza está en apostar que a través de la educación podemos tener acceso como sociedad, o como humanidad, -y no como meramente individuo- a mejores condiciones de vida”.

Vergara guardó silencio. Bernardo le imitó. Las maestras Sara y Rosa no podían ocultar su satisfacción. El mensaje había llegado directo a la conciencia de por lo menos de uno de ellos. Eso ya resultaba esperanzador. Sólo flotaba en el ambiente la duda que nadie se atrevió a plantear: ¿México tiene una realidad educativa distinta a la de Estados Unidos? ¿Estamos próximos a las tragedias? Nuestro afán imitador, o cuando menos receptor, ¿nos pone cerca de esas vicisitudes? ¿Tenemos suficiente capacidad para la resistencia y para la respuesta divergente? Nadie lo planteó, así es que la duda se fue flotando en la conciencia de los asistentes.

p.d.

Mario y las letras con sangre entran...

Ante el azoro reflejado en el rostro de sus compañeros, el pequeño entrecerró los ojos y se dispuso a soportar los embates del "metro" que la maestra Dionicia tenía en sus manos. Era difícil explicarse que era lo que el niño evidenciaba en su cara: ¿molestia, dolor, vergüenza, indiferencia, coraje, rebeldía? No lo sé. El acto de que la profesora le bajara pantalón y calzoncillo lo presencié desde una ventana del salón de clases. Ella sí se veía enojada; que diré enojada: ¡furiosa, cansada, hastiada....qué se yo!

Cuando ví que le bajaban el pantalón a aquel niño, inmediatamente volteeé a ver a la pequeña Norma, mi pequeña vecina. La niña se había llevado las dos manos al rostro como tratando de que esa imagen no entrara a su conciencia de infante de nueve años, en tanto que Dionicia descargaba uno tras otro (hasta el infinito) los metrazos en las nalgas amoratadas del pequeño.

Cuando la profesora concluyó con su obra de violencia, mandó a un rincón al niño. Este se acomodó calzoncillo y pantalón y se fue con todo y las pocas lágrimas que rodaban por sus mejillas. La energúmena se arregló el pelo, dejó el metro en el pizarrón y con las dos manos en forma de jarra (al más puro estilo de las películas de superhéroes) se dirigió a su impactado auditorio infantil para decirles: "*bueno pues: ¿Quién quiere seguir ahora? Sigán dando lata y verán lo que les pasa, al cabo traigo la mano caliente, estúpidos*".

La escena me había dejado estupefacto. Se me figuraba que si daba un paso la gansteril actitud de aquella tipa me iba a alcanzar con todo y metro para darme mi merecido. Como pude me repuse y seguí caminando por el largo pasillo. Afortunadamente mi cometido no estaba en esa cárcel que hacía las veces de un salón de clases.

Debo reconocer que el haber sido testigo de esa prepotencia de poder me hacía cómplice de la misma. Cuando estaba saliendo de la escuela llevaba una especie de cruda moral que a cada paso se acrecentaba. ¿Cómo es posible que no haya evitado que le pegara a ese niño? Es más, ¿cómo es posible que después de pegarle no

haya interrumpido en el salón para cuestionar duramente la actitud de la maestra de marras? Su lenguaje soez y enano no fue capaz de motivarme a actuar.

Cuando estaba a punto de subirme al automóvil ví que el niño golpeado (después supe que se llamaba Mario) salía de la escuela con la mochila a la espalda. Por la vestimenta deduje que viviría por una de las calles aledañas a la primaria. Colonia clasemediera venida a menos, de esas que se construyen con casas que se adeudan eternamente, donde el pavimento sólo alcanza para la calle principal, y donde la luz mercurial es una promesa ancestral de campaña política mal cumplida. Por curiosidad me dí a la tarea de seguirle los pasos a Mario. Pronto llegamos a su objetivo: las maquinitas de la tienda de la esquina le permitirían evadirse del mundo.

Al cabo de dos juegos ya no tenía más monedas en su bolsillo. Sentí que esa era mi oportunidad y entré a la tienda como cualquier hijo de vecina. El resto fue sencillo, intercambiamos información por monedas, de tal manera que en menos de diez minutos estaba en la puerta de la casa del niño.

Si ustedes se imaginan que vivía en un vecindario, permítanme que les diga que no acertaron. Si piensan que la casa estaba chica, maltrecha y era de adobe, volvieron a equivocarse. Es más, si suponen que salió su mamá con una escoba en la mano, recogido el pelo con una pañoleta y oliendo a detergente ariel con un recién nacido bajo el brazo, volvieron a equivocarse, porque no salió nadie. Eran las 11 de la mañana y una vecina me dijo que la dueña volvía de su trabajo hasta las tres de la tarde.

Regresé a eso de las cinco. La curiosidad por saber de Mario y sus conductas ya era algo que me estaba punzando. Toqué la puerta y salió una señora joven con cara de oficinista de alguna dependencia gubernamental. Afortunadamente el niño no estaba porque eso me permitiría manejar las cosas a mi manera.

“Buenos tardes -le dije- soy inspector de la primaria donde va su hijo Mario”.

-¿“Que hizo ahora ese idiota?”- me dijo sécamente.

Con esa respuesta ya se imaginarán ustedes lo que fue aquella entrevista. Le relaté con lujo de detalles la acción de la profesora Dionicia esperando encontrar en su gesto algún signo de

reprobación, pero no sólo fue inútil, sino que aplaudió gustosamente el hecho.

-“Bien merecido se lo tiene el chamaco. Oiga, si es un latoso insoportable que no se está quieto. Yo no sé que va a ser de él cuando sea grande, pero ni su padre lo puede meter en cintura”.

Yo sí sé que va a ser ese niño cuando sea grande señora -pensé mientras huía de esa casa de confusiones-. Será drogadicto, ladrón, asaltabancos, paria, lo que usted guste pues. En el camino a mi casa pensaba en los motivos de todo esto. Creo que ahora si acertaron...¿a qué horas le dan amor a ese niño? Si su padre llega diariamente a casa a los días a las nueve de la noche, ¿qué sabe de Mario? ¿Qué márgenes de ternura y comunicación se perciben entre ellos como matrimonio?

Cuando metí la cabeza en la almohada reflexionaba tratando de entender que este ritmo de vida actual te obliga a buscar las formas de sustento que te alejaban físicamente de la casa; sé que hombre y mujer deben trabajar porque de otra manera no podrán pagar la mensualidad de la casa; sé que la velocidad como cambian las cosas, la competitividad, el tener para ser, no es culpa exclusiva de la mamá ni del papá de Mario, porque son circunstancias que los rebasan, ya que son provocadas por los gobiernos, los países, por las empresas del mundo, etc.. Pero bueno, Mario es un niño de sólo nueve años ,al cual le estamos creando un futuro que ya se imaginarán, y al cual además, su presente le está enllagando el corazón, la sensibilidad y el cuerpo....ya sé y ya lo saben....¡no es justo!

Al otro día desperté pensando en Dionicia, la profesora golpeadora. Como Norma (su alumna) era mi vecina, fui rápidamente a preguntarle como se portaba su maestra en clases.

-“Fíjese que seguido le pega a Mario. Es que ella ya no aguanta ni a otros dos niños que son muy latosos. Les pega bien fuerte y a nosotros a veces nos da miedo porque como ellos la hacen enojar, a veces también nos grita muy fuerte. Pero, si es buena maestra, nos deja mucha tarea; a veces nos deja sin recreo porque no acabamos con alguna lección, y a diferencia de otras profesoras de la escuela que faltan mucho y no dejan tarea, mi profesora Dionicia falta pocas veces”.

-“¿La quieres Normita?”

- *"Mmmm. quiero más a mi profesora Elisa. Ella era bien buena. No faltaba y a todos nos hablaba bien bonito. Casi nunca se enojaba, ni siquiera con Mario fíjese. Es más, a él era al que más caso le hacía en el salón".*

No sé por qué pienso que sí es posible hacer las cosas de una mejor manera. Dionicia y otras muchas profesoras dirán que ellas sólo tienen que cargar con las culpas de la familia. Sólo parcialmente tendrán razón, porque por muchos años se ha pretendido considerar a la escuela como un reformatorio o como la gran formadora de valores del ser humano. Eso es un grave error. Sería tan grave como el justificar que un padre de familia vaya con un director de escuela preparatoria a reclamarle que su hijo llega borracho a altas horas de la madrugada, como consecuencia de lo que se les enseña en la escuela.

La peliculesca escena de Dionicia y Mario donde la "buena" le pega al "malo" me ha hecho pensar en las posibilidades de los humanos. Yo no le pediría a los profesores que contaran hasta mil antes de pegarle a un niño, pero si apelaría a su juicio y a su razonamiento para que se explicaran los usos de la violencia. Sólo por esos momentos les pediría que sus argumentos emocionales los dejaran arrinconados para que su conciencia les dicte las líneas correctas de su acción.

Mario y sus conductas (como las de nuestros hijos y las propias) son productos de cuatro ambientes: ellos mismos, su familia, la escuela, el medio social en el que se desenvuelven. Si leémos ésto más allá del enunciado, verán que los profesores sí podemos contribuir a empequeñecer las diferencias, o bien, a hacer más grande la zanja.

p.d. Conste....me voy a trabajar....y conste también....Mario se convierte en un recuerdo que cada que beso a mis hijas, abogo porque la madre de este niño cambie el "idiota" de la violencia, cuando menos por una mirada que acompañe al: ¿cómo te fue hoy en la escuela?.... No es difícil.....de veras....

¿LOS PROFESORES LES PEGAN A LOS NIÑOS?

Yo crecí al ritmo de las charlas que entablaba tarde a tarde Don Alejo Casasgrandes con aquel compadre de siempre, amigo de jornadas y de calles.

La escenografía era la misma cada tarde: la sombra de un pino salado que acumulaba toda la tierra de las largas sequías mexicalenses, y la malla ciclónica de la línea fronteriza, perforada una y otra vez por las poliformas muestras de ingenio de los que vivimos de este lado.

Las pláticas eran tan recurrentes como pueden ser las palabras de dos amigos cuyas experiencias de vida están movidas por los mismos escenarios, y por años que se han vuelto lustros de manera imperceptible. Los temas eran la vida en su ser y en sus formas, rellenas de anécdotas y aderezadas con la filosofía de un personaje como Don Alejo que olía a tierra, y que de ella y sus misterios abrevaba para encontrar las respuestas que permanentemente lo llevaban al campo de las felicidades.

He dicho en otra oportunidad que Don Alejo murió en una mañana de invierno. Era enero y una silueta se filtró por su ventana llena de frío. Don Alejo la esperaba y cuando se espera a la muerte ya no se opone resistencia. He dicho también que esa silueta ya no volvió más por esa ventana, pero sin saberlo (a lo mejor sí lo sabía) infinidad de cosas quedaron en el silencio de las penas, pero al fin hombre sabio, las escenas de sus diálogos -muchas veces monólogos- fueron renovando algunas otras.

En ese amasijo de verdades que este hombre fue desparramando en todos sus auditorios, fortuitos o cautivos, recién en estos días recordé una de esas explicaciones que me daba alguna vez sobre los golpes infantiles. El recuerdo me saltó así como de repente a propósito de una discusión que se suscitó en un salón de clases de posgrado en educación, teniendo como punto de debate una pregunta con entrada doble y con salidas múltiples: en antaño, ¿más golpes a los niños en sus casas y barrios, y a los alumnos de primaria en particular, los volvía más buenos? Hoy, ¿menos golpes los vuelven más malos?

El día al que hago alusión fue uno donde llegué al pino salado cargando mis ocho años junto con una vergüenza que me entraba por la yema de los dedos y se me arremolinaba en los ojos. Don Alejo estaba sentado en un banquillo de madera que había construido especialmente para descansar después de pasear por los barrios de Loma Linda los olores,

sabores y colores de las frutas y verduras. Había terminado de cepillar la crin del caballo que utilizaba para jalar la carreta de las verduras. Bien es cierto que Don Alejo me guardaba aprecio porque a pesar de mi edad, no pocas veces cambié una cascarita de futbol en la calle por una de sus pláticas inmensas. El percibió mi presencia y con el silencio de un gesto me invitó a que le preguntara:

-“Don Alejo, ¿por qué los profesores le pegan a los niños?”

El buen hombre advirtió en el matiz afligido de mi voz que la pregunta tenía una historia reciente. El quiso saberla.

-“Pláticame chatito, ¿por qué te pegó tu profesor?”.

-“Porque sí”.- Le dije en voz baja.

-“Nadie hace las cosas porque sí. Vamos a ver, ven para acá -me sentó en sus rodillas- dígame que hizo este niño bueno para que el ogro de su profesor le pegara”.

“Sonó el timbre para salir a recreo y todos los niños de mi salón nos fuimos al patio a jugar una cascarita. -franca referencia a un partidito de futbol- Jugamos toda la media hora, y cuando sonó el timbre para entrar al salón, pues estábamos empatados y un amigo mío iba a tirar un penalty. El otro equipo decía que no había sido penalty. Se nos hizo tarde y cuando entramos al salón el profe estaba bien enojado. Nos regañó a todos -éramos doce jugadores- y nos puso enfrente de todas las niñas. Agarró el metro y nos dió 5 metrazos a cada uno en la yema de los dedos.”[recuérdese como brevario cultural que el instrumento aludido era de madera].

-“ Oye chatito, ¿tu profe nunca ha llegado tarde a dar clases?”. Me desprendo de sus rodillas y me voy a sacarle comezón al suelo.

-“Si Don Alejo, no muchas veces, pero si ha llegado como a la una y media. A veces el director nos mete al salón y nos pone a hacer planas de nuestro nombre, mientras llega el profe”.

-“¿Y alguno de ustedes le ha pegado a su profesor porque él llega tarde?”

La pregunta fue desconcertante. -“¿Cómo cree que le vamos a pegar al profesor?. El está más grande que nosotros; además, si le pegamos nos reprueba y luego nos expulsan”.

-“ ¿Por qué les pegó, Chatito? Siguió preguntando incisivamente Don Alejo.

-“¿Cómo que por qué Don Alejo. Qué no le estoy diciendo que porque entramos al salón después de que sonó el timbre?”

-“Pero él también llega tarde Chatito. -Don Alejo hace una pausa, le acaricia la crin a su caballo y dice- ah, ya sé! Seguramente que a tu profesor el director de la escuela le ha de pegar porque llega tarde; o a lo mejor su papá, no crees?”

-“Qué le pasa Don Alejo?- le dije entre atolondrado y medio enojado-. A mi profe no le pega el director porque mi profe ya está grande, y a las personas grandes nadie les pega, nomás a los niños. ¿Qué no sabe usted eso Don Alejo?. Que se me hace que usted no sabe por qué los profes le pegan a los niños” - le dije medio desilusionado.

-“Espérate chatito, -me dijo el hombre con su voz parsimoniosa, esa voz que utilizaba como preámbulo para sus lecciones de vida- estoy tratando de comprender tus palabras. Primero me preguntaste que si yo sabía por qué los profesores le pegaban a los niños. Yo fui a la escuela sólo dos años, así es que no tengo mucha experiencia en eso; por eso quería saber por qué te habían pegado a tí, que eres un buen niño. Me dijiste que entraron tarde del recreo, entonces, como que quiero creer que tu profe les pega como disciplina para que no lleguen tarde. ¿Así es? ¿O quebraron algún vidrio de una ventana?”

“-No Don Alejo, lo único que hicimos fue lo que ya le dije”.

-“ Entonces, si les pegó por eso y él ha llegado muchas veces más tarde que ustedes, a él también alguien le debería de pegar. Creo que eso es simplemente un sentido lógico de justicia, ¿no te parece?”

No le respondí. En aquel momento no me cabía en la cabeza esa mentada lógica de justicia a la que hacía mención Don Alejo. Era inconcebible que nosotros o el propio director de la escuela le pegara al profesor por ese motivo.

-“Tu quieres mucho a tu papá Chatito, eso yo lo sé sin que me lo digas. Que tu recuerdes , ¿cuántas veces te ha pegado en tu vida?”

No sabía a qué venía la pregunta, pero le dije que si acaso una vez me había dado unos cintarazos en las nalgas porque le había dicho groserías a mi madre.

-“Fíjate lo que son las cosas Chatito, como quien dice tu padre nunca te ha pegado y tu eres un niño muy bueno. No eres grosero, no te vas de tu casa de vago, haces tus tareas de la escuela, y haces todo eso porque tu papá y tu mamá te hablan, te dicen lo que es bueno para tí y

para todos tus hermanitos, y no necesitan pegarte, ¿te das cuenta? O sea, puedo decirte que los grandes que pegan a cada rato y sin razones son malos, o lo mejor ellos también se acostumbraron a que sus papás les pegaran, pero eso sólo va creando rencores innecesarios. Por eso también la gente grande que ahora le pega a un niño, cree que esa es la manera natural de hacerlos crecer como hombres de bien, pero yo creo que no es así la cosa. Que en ocasiones los niños y los grandes nos merezcamos algún cintarazo, no lo dudo, pero yo creo que aún ese castigo, -tres buenos cintarazos en las nalgas- deben de hacerse con amor, no con violencia ni con coraje. Cuando yo le pegaba a mis hijos - porque alguna vez les pegué- siempre procuré hacerlo duro pero haciéndoles sentir las razones y poniendo el corazón por delante”.

Ahora que veo a Don Alejo tan a la distancia, y que además lo asocio con estos de los golpes, entiendo por qué lo quise tanto. El era como mi abuelo, pero nunca jamás me pegó, aunque según mis padres, podía haberlo hecho sin ninguna represalia por parte de ellos.

Cuando se discutía en ese salón de posgrado en educación si los niños de antes eran “más buenos” porque los padres y profesores les pegaban duro y macizo y ahora son “menos buenos o más malos “ porque se ha creado como una cultura académico-científica de protección al menor y de no golpearlos, hubiera querido que Don Alejo estuviera vivo para llevarlo ahí y nos platicara a su manera esto de los golpes y de los niños.

A mi profe de segundo lo recuerdo por los metrazos en la yema de los dedos, pero ni con mucho fue el mejor maestro que he tenido. Estoy absolutamente convencido que esos golpes no me hicieron ni más ni menos responsable. En todo caso eso lo aprendí bajo el ejemplo cotidiano de mi padre, que día a día se levantaba a las seis de la mañana para ir a ganarse el alimento; o a la luz de las palabras de mi madre, que se sentaba con todos nosotros junto a la mesa para irnos desenrollando los hilos del pensamiento hasta hacer bien una cuenta, o escribir correctamente una oración. Quizás los padres de hoy en día no tengamos tiempo para darnos ese tipo de lujos: sentar a nuestros hijos en las piernas y revisar pacientemente cada cuenta, cada letra, cada nuevo dibujo. En todo caso, esta no es ni con mucho una cuestión secundaria para la formación de buenos ciudadanos del futuro, al contrario, es una cuestión vital para el bien crecer.

p.d. Diría Don Alejo que los niños de hoy no son ni más buenos ni más malos que los de los sesentas o de los cincuentas. Simplemente son niños de ambientes culturales distintos. Esta mexicalense ciudad ha

crecido de manera desproporcionada con relación a aquellos años, y que un lugar deje de ser poblado o ranchería grande para convertirse en una vorágine de calles, de mercados, de colonias, de diversiones y de escuelas, trae como consecuencia una lucha por los espacios, por las oportunidades, por la disminución de las desigualdades, y por la vida misma. Los golpes físicos deben ser menos por necesidad; con la violencia colectiva y simbólica de la sociedad y de los medios masivos de comunicación es más que suficiente, como para echarle más leña a las conciencias desamparadas de los infantes. Es decir, no podemos contrarrestar todo lo que genera lo contemporáneo más que con palabras, con afectos, con abrazos cálidos. Al menos eso creo Don Alejo, ¿usted cómo la ve desde allá?

Todo el primer semestre ha sido de desgastes. Eso me llena de angustia mezclada con coraje porque llega uno a la escuela a las ocho de la mañana preguntándose tres cosas: ¿irá a venir la maestra? O ¿quién les dará clases ahora? ¿Estará limpio el salón o Romerito está esperando que suene el timbre para agarrar parsimoniosamente una escoba e ir al salón a hacer como que barre?

Estas tres preguntas fueron agarrando fuerza desde septiembre, de tal manera que ya para finales de noviembre no las podíamos sostener por nosotros mismos y las lanzamos al ambiente enrarecido de esa escuela primaria para ver quién era capaz de responderlas. Resultó que le tocó a una madre de familia (quién más si los papás rara vez pisamos el salón de nuestros hijos, y no es reproche para el género masculino, lo que pasa es que estamos muy ocupados en nuestros trabajos, diríamos) con cierta formación en esto de la docencia, (tengo la impresión que es maestra de preparatoria o de la universidad) abordar una mañana al Director para cuestionarlo fuertemente sobre lo que estaba pasando en ese salón. El diálogo suscitado entre ambos se desarrolló más o menos de esta manera:

-”Buenos días señor director, mi nombre es Raquel, soy madre de familia de una niña que está en el primero A, y vengo a manifestarle mi inconformidad por la forma cómo se ha venido trabajando en ese salón”.

- “¿Cuál es el problema señora?”

-”Pues fundamentalmente que no hemos tenido continuidad con los maestros. De repente aparece una, después ya no viene y mandan a otro....”

-”Perdone que la interrumpa señora, pero no tiene usted razón, la maestra Lolita jamás ha descuidado al grupo. Cierto que el maestro Rodrigo se incapacitó por algunos días y el sindicato lo ha comisionado otros días más a tareas muy importantes del gremio, pero de eso a que estén descuidados los niños.....”.

-”¿O sea que me está queriendo usted decir que los niños no han tenido problema; que a estas alturas de noviembre usted apuesta porque hayan desarrollado de manera visible los procesos de lectoescritura; que las ausencias de los maestros en el aula no entorpecen la dinámica de trabajo; que el hecho de que las maestras los dejen en el salón mientras ellas se van a platicar la novela con la

compañera de a lado con un café a la mano no es problema? ¿Qué una buena cantidad de niños anden por las canchas a la hora que deben estar en un salón de clases y nadie les llame la atención no perjudica el avance del aprendizaje?

Bueno, el caso es que cuando el director (un señor ya entrado en años, a punto de jubilarse y con una visión de las cosas ya muy distinta al compromiso colectivo) se dió cuenta que la señora era una persona que conocía de educación, no tuvo más que admitir que tenía razón; que el sindicato no les había cumplido, que prometía regularizar la situación y que estaría más de cerca viendo el desempeño de sus maestros.

Todas estas cotidianidades de un salón de clases de una escuela primaria pública son las que van creando una imagen de ineficiencia y por tanto de descrédito a estas instituciones. Yo todavía no entiendo por qué ni cómo es que sucede eso. Me niego a pensar que las escuelas primarias privadas sean mejores que las públicas, o mejor dicho, no tienen por qué serlo. Quizá sea un iluso que sigue confiando en que las instituciones educativas, sociales, culturales, etc., son el reflejo de lo que es un país, y que este país, a pesar de toda la larga cantaleta de nombres que nos han desmadejado, la conciencia colectiva sigue viva y demandante. El cinismo, la corrupción y el valemadrismo no tienen porque imponerse a las ganas de hacer las cosas, al amor por la profesión, al respeto por los niños, a la expectativa del futuro.

Digo que me niego a aceptar que el sistema de educación pública, en el nivel básico (me refiero sobre todo a los jardines de niños y a las primarias) estén metidos en un enredo de confusiones y de trampas porque así como me causa angustia esa escuela de mi hija, también hay una jardín de niños público donde otra de mis pequeñas asiste a clases, y los ambientes, las capacidades, las disciplinas, son harina de otro costal.

Me gusta ese jardín de niños. Es agradable descubrir que el respeto al tiempo es un valor que se relaciona con la disciplina. Si usted llega al jardín veinte minutos antes de las nueve, puede entrar a platicar con alguna educadora; si llega cinco para las nueve tiene que dejar a su hijo en la puerta y retirarse. Puntualmente a las nueve cierran la puerta y ya no entra nadie. Los salones de clase son todo un lujo de limpieza, de orden y de creatividad. ¡Cómo se percibe en el ambiente que ese conjunto de explicaciones (o pretextos) que se dan sobre los presupuestos, los salarios y la falta de apoyo no cabe cuando se quieren hacer las cosas! El trabajo de la maestra Mary es admirable;

el de la maestra Rosy es trascendente, y vaya que ésta última también desmistifica esa tesis que dice que un maestro entre más años de ejercicio, más rutinario se vuelve.

El trabajo que desarrollaron para navidad fue fascinante. Incorporaron a las madres (otras vez los padres ausentes), usaron galones de leche, cuerdas, palos, cáscaras de huevo, etc.. etc., etc., y le regalaron a los niños un sueño de colores y de derroche artístico sin par. En contraparte, la primaria de mi hija en esa misma época les regaló el frío del ambiente y un notable desinterés por involucrarse ellos mismos (los maestros) y a los niños en la elaboración de trabajos manuales para construir un espacio navideño bonito y significativo.

Será cuestión de enfoques pero creo que a esa primaria le hacen falta varias cosas. Como diría mi amigo Carlos Razo cuando evalúa a una institución educativa, “no ha de tener proyecto de escuela”; tampoco “ ha de tener liderazgo”. Creo que esos dos conceptos se ajustan perfectamente a la mencionada escuela. No hay proyecto de educación propia ni mucho menos liderazgo, y tampoco el personal docente que conforma esa escuela aboga o presiona porque lo haya. El timbre suena a las 8:10 de la mañana inexplicablemente. Los profesores le escuchan y los que no van arrastrando en el maletín sus penas, se quedan todavía algunos minutos más platicando cualquier banalidad en la dirección, ante la displicente y cómplice mirada del “querido” director. Por supuesto, un niño puede entrar a las 8:30 y nadie le impide el paso; lo digo como regla, no como excepción.

A lo mejor el sindicato influye para que se vivan esas cosas; es posible que el presupuesto del gobierno sea insuficiente; a lo mejor la culpa la tiene la pésima formación que reciben de las normales; quizá la culpa la tengan los conserjes por no limpiar los salones a tiempo, pero posiblemente ellos digan que no tienen suficientes escobas y trapeadores. Cualquier argumento podría decirse, pero el querido Jardín de Niños Piltontlicalli y sus comprometidas educadoras echarían por tierra pretextos tan banales.

Sigo confiando en las escuelas públicas. Esperaría que si hay vicios en la dirección y con los maestros, seamos los propios padres de familia los que obliguemos a reconstruir un ambiente mucho más sano, más equilibrado, más atractivo, más ensoñador. Que mi hija y mi sobrino ya sepan leer a estos días de enero, no significa de ninguna manera que sea el fruto de un esfuerzo constante y razonado por parte de la escuela. ¿Y los otros niños, cómo andan?

P.D. 30 de enero. La abuelita de Pedro le dijo angustiada a la maestra que su nieto ¡no sabía las vocales! La “maestra” dijo que esa no era su culpa porque en la casa tenían que enseñarle. La abuela le contestó que con trabajo sabía poner su nombre...Todo esto lo escuchó la señora Raquel, y mejor prefirió dar media vuelta y retirarse.

p.d.2 Pasaron los meses y a la escuela llegó a ocupar la dirección una flamante maestra que acababa de terminar su doctorado en educación. La expectativa por su llegada fue grande. Más educación, mejor nivel y mayor compromiso podría exigirle a los adormilados maestros de la escuela. Lamento decir que los blasones no le alcanzaron para más y muy pronto el dragón de las mis burocracias se la comió con todo y título de doctorado. ¿Dónde están las soluciones para estos dolores miserables?

..”sé que al menos por ahora hay tres cosas que la ciencia no puede demostrar, cosas que pensé, cosas que creo, cosas que espero”

Alberto Alberani

EN EL VESTIBULO DE LAS IDEAS.

“La frase de la cultura sin el otro extremo” sugiere como punto de partida una especie de metáfora, no necesariamente clara, quizá tampoco bien lograda. Concorre hacia Silvina y su título una serie de circunstancias que pueden ser explicadas desde diferentes trincheras. Sobresale la perspectiva de la cultura y también de la sociología de la educación. Muy posiblemente la tesis de Alberto Alberani* sobre las fuerzas, racionales e irracionales, que impulsan a individuos y sociedades , a través de una destrucción creadora, hacia algo que intuyen como meta final, podría explicar desde un escenario de lo macro, toda las relaciones familiares, sociales y educativas que vive Silvina en los ambientes de San Quintín.

Pierre Bourdieu sería otro intelectual pertinente para confrontar los ritos de vida de Silvina y los suyos, sobre todo porque son clases sociales (¿subclases; microclases; clases “underground”?) que juegan el papel menos deseado en aquellas latitudes. “Espacio social y genesis de “clases”** de Bourdieu, aportaría los suficientes elementos para entender todo esto. Foucault desde la microfísica del poder ayudaría; en fin....

Pero no sólo los grandes intelectuales internacionales podrían darle un tratamiento distinto al que se le da en este artículo a Silvina. Estoy convencido de algunos plumas sociológicas regionales destacads como la de José Luis Molina explicaría desde variadas ideas sociológicas de la posmodernidad esos eventos. Sin duda José Moreno Mena lo haría atendiendo a la problemática laboral del campo y teorizaría al respecto.

* Para profundiazar en la teoría de Alberani, bastaría leer el texto “**el árbol de la vida**”, un aporte para enfrentrar los cambios de la sociedad actual, de la editorial Gedisa.

** El texto mencionado se puede encontrar en el libro de Pierre Bourdieu, “Sociología y cultura”, edit. Grijalbo.

Creo que la descripción, la reflexión o el análisis de la realidad y su consecuente atrapamiento en una serie de letras, no sólo es cuestión de enfoques, sino también de estilos para decir las cosas. Bueno, dejo los vestíbulos y las autojustificaciones de un estilo muy posiblemente superficial y anecdótico, para pasar al centro de lo que nos ocupa.

¿SILVINA Y LA FORMACIÓN INTEGRAL?

Cuentan por ahí una anécdota sobre el hijo de un afamado hombre de negocios, cuya cuantiosa fortuna lo ubicaba como una de las cinco personas más ricas en el mundo.* El jovencito tenía a sus servicios a los mejores y más reconocidos maestros de las diferentes áreas del conocimiento. Uno de ellos tuvo la ocurrencia de pedirle un trabajo escrito -algo así como un ensayo-. *“Quiero que escriba usted algo sobre los pobres. Describa cómo viven los pobres pobres. Para eso tendrá que salir de la mansión y recorrer las calles de la ciudad, o bien, piense usted en la mejor manera de hacerlo, y dentro de una semana me lo entrega.”*

Dicen que Fortunato -que así se llamaba el adolescente- estuvo pensando por algunos días en cómo hacerle para escribir sobre el pobre más pobre. El asunto es que el día de la cita con el maestro el muchacho entregó su ensayo que empezaba de esta manera: *“Esta semana descubrí al pobre más pobre que pueda haber en el mundo. Nadie me dijo que era él pero yo pude saberlo porque fui a su casa y la conocí de arriba a abajo. Qué no será tan pobre que en su jardín, que no es tan grande como el mío, sólo tiene una pequeña alberca sin trampolín. Además, las alfombras de sus habitaciones son corrientes; en el cuarto de juegos sólo tiene una mesa de billar y una de ping pong. En la cochera había un Mercedes Benz viejito. En fin, profesor, yo no creí que pudiera vivir alguna gente con esas condiciones de pobreza”*.

Esta pareciera ser una anécdota llevada al extremo de lo increíble, pero no lo es. Los seres humanos podemos desconocer cualquier cantidad de cosas cuando los ambientes en los que nos desarrollemos no nos dan otros parámetros. En el caso de Fortunato es fácil adivinar cuál es su mundo y dónde se ha desenvuelto. En ese

* Esta es una anécdota de uso popular. Es probable que alguna persona de esas “leídas” la haya rescatado de un libro de cuentos árabes; el caso es que cuando se habla de ricos y de pobres, se cuenta en las tertulias, en los patios, en una que otra cantina, y en todo aquel sitio donde sea bien recibido el diálogo fácil pero profundo.

sentido, su concepto de pobreza no tiene nada que ver con lo que muchos de nosotros entendemos de ella.

Silvina es otro asunto. Si tuviera que dar una definición de ella, antes de explicar cualquier cosa sobre su vida, tendría que decir que Silvina son sus **trece años y los rituales de una cultura sin el otro extremo**. La ausencia de la otra orilla es sólo una indefinición endilgada por el destino colectivo de un grupo.

Creo que lo más golpeante del asunto es que Fortunato seguramente existe pero está muy lejos de dolernos*. El caso de Silvina es distinto, ella está por aquí cerca, la conocimos varios y supimos que es de carne y hueso. Nos enteramos por medio de sus ojos que se ha resignado a reproducir lo que ha visto siempre. Sus pocas palabras dejaron traslucir que ya no hay remedio, y que además, eso es lo que su raza siempre ha hecho, de modo que: ¿pa' que darle vuelta a la tortilla?***

Inicialmente supimos de Silvina por medio del director de una de las varias primarias bilingües de San Quintín. Llegamos a su modesta oficina a realizar una entrevista informal sobre la situación educativa de los mixtecos. Su charla estuvo matizada por una toma de partida no negociable. Entiende que los niños mixtecos no son mejores ni peores que los otros; defiende la tesis de que en aprovechamiento y coeficiente intelectual no hay diferencias significativas; tiene claro que a pesar de todas las circunstancias del medio, los pequeños alumnos de su escuela siguen siendo niños que les gusta correr por las canchas de basquetbol, que fugan su mentes tras la alfombra mágica o el caballo con alas; y que les duelen las miradas duras o el reproche injusto.*

* A estas alturas del partido, cuando la globalización lleva y trae chismes de unos y de otros, ya no estoy tan seguro de esa afirmación. Las escalofriantes fortunas de los conocidos por sus apellidos y también de los desconocidos cada vez hacen más mella en la conexión bolsillo-conciencia de los marginados. Sólo comento un dato que se hizo público a través de la prensa en días pasados: el presidente de la Suprema Corte de "Justicia" (el entrecomillado es nuestro) de la Nación, devengará por concepto de aguinaldos, bonos, regalías, sic., sic., la cantidad de \$998,000 pesos mexicanos o algo así, en tanto que sus ocho ministros solo llegarán a los \$750,000 pesos...¿Ya empieza a doler, verdad?

** Parece que los sentimientos de Silvina no tienen palabra de honor, porque contradicen la enorme e inquebrantable fé que deja traslucir las palabras de Juan Pablo VI cuando dice que **el ser humano tiene la capacidad de conservar la alegría de manera natural, aún en condiciones adversas**. A lo mejor Silvina no conoció al dicho papa, o nunca leyó alguna de sus encíclicas, puesto que de haberlo hecho sus ojos perenemente tristes rebosarían de santa alegría.

* Aquí se abriría todo un terreno especulativo sobre la calidad de la educación que se imparte en distintos escenarios, considerando desde la escuela bilingüe (mixteco-español), hasta las escuelas urbanas privadas que también pretenden ser bilingües (español-inglés). El aspecto psicogenético del desarrollo de la inteligencia del niño no varía significativamente, pero tendríamos que hacer un análisis de la perspectiva de sociología de la educación para dar cuenta de que los procesos formativos son sustancialmente diferenciados.

Nos habló de Silvina como el caso justo de las diferencias. ***“Cuando ella llegó a los doce años su esperanza se fue acortando con la aparición del primer sangrado que la hacía mujer. Como pudo sacó el quinto grado y yo tuve que batallar todas las vacaciones con sus papás para convencerlos de que la dejaran terminar el sexto año. Ellos se negaban argumentando que la ocupaban en el campo porque en la pizca de tomate entre más manos más dinero se junta, y “pos orita está muy duro profe, ya ve que no alcanza ni pa’ los frijoles”. Yo les hablaba de las bondades de la escuela, de lo importante que era para los niños terminar a la primaria y después entrar a la secundaria. Les explicaba que de esa manera más temprano que tarde Silvina no tendría que trabajar en el campo y podía hacerlo en alguna oficina de San Quintín.”***

Tarde tras tarde era la misma cantaleta. Yo había agarrado como algo personal el caso de Silvina. Me dolían mucho sus doce años adheridos a esa covacha de las galeras de la compañía de tomate; me dolía el fatalismo de sus padres y su propia indiferencia. No podía concebir -a pesar de que eso es algo tan frecuente en estas tierras de mixtecos- que Silvina se fuera a juntar con el hijo del vecino que ya estaba a punto de cumplir los catorce; me dolía porque eso significaba que la chamaquita alcanzaría el status de su madre apenas a los trece, y hasta ahí se le acababa la vida”.

Total que lo que más que pude arrancarle a la terquedad de sus padres fue que entraría a sexto, pero que estaría faltando porque no estaban dispuestos a “mantenerla mientras ella perdía el tiempo en la escuela”.

A decir del profesor de la primaria, Silvina terminó el sexto año. Justo en esos días el anunciado vecino la llevó tras las galeras y aprovechando la oscuridad de la noche y la soledad de los surcos silenciosos, le abrió la vida y penetró en ella dejándole la huella indeleble de su hombría. Dicen que al día siguiente se presentó con los papás de Silvina a reclamarla como suya a la vez que les pedía un sitio dentro de la covacha, “enmientras” el encargado de las galeras les prestaba un cuarto para ellos solos”.

Las aludidas galeras son una cosa por demás impresionante. Fuera de la plasticidad con la que se recogen en algunas fotografías o pinturas, el realismo es demasiado crudo. Cientos de familias de mixtecos llegan a estos sitios habilitados por los dueños de los grandes

empaques agrícolas de San Quintín. Pegados unos a otros (para ahorrarse lámina, espacio, techo, aire, cielo, estrellas), los cuartos tienen una extensión máxima de doce o trece metros cuadrados -digamos que en condiciones normales de las casas de interés social en Mexicali, esa dimensión sería la de una recámara-, el piso es de tierra y lo más que cabe allí es un colchón y algunas cajas para guardar algo de ropa y un poco de trastes. Pues esos espacios llegan a habitarlos hasta seis, siete u ocho personas, considerando que las mujeres mixtecas son prolijas con la descendencia, y tienen hijos cada que la naturaleza se los permite.*

Mucho se ha hablado de la explotación de la cual son víctimas los mixtecos, no sólo por las condiciones en las que viven, sino por los salarios, los medios de transporte, la inseguridad laboral, etc. En la otra línea están los que defienden a los patrones diciendo que éstos hacen más de la cuenta proveyendo de fuentes de trabajo a la región, y que son los mixtecos los que malgastan el dinero emborrachándose cada fin de semana, sin importarle que los hijos no tengan ni una tortilla dura para comer. Ambas versiones tendrán su parte de razón, pero el fin de esta reflexión no es justificar a unos o recriminar a otros.** Creo que el caso de Silvina es demasiado crucial como para soslayarlo. Ella representa la manifestación de una cultura, por eso a sus trece años le llamaba “el ritual de una cultura sin el otro extremo”.

Piensa en contrapartida en la cultura que si tiene el otro extremo, no muy claro ni venturoso pero existe. Una niña de la ciudad a sus trece años apenas va entrando a la secundaria. Evoco a mis sobrinas, a las vecinas, a las hijas de mis amigos. Piensen ustedes en todos ellos, en alguna niña de los trece y se darán cuenta que esta cultura (clase mediera, proletaria, urbana), en términos generales te va haciendo concebir un futuro que tiene que ver con la preparatoria, con una carrera técnica, con la propia universidad, con un buen trabajo, con una novia, con casarte, con tener una casa -aunque sea de infonavit o de interés social-, con tener hijos, etc., etc., etc. Pero todo eso a su

* En estas visicitudes cabe decir que esta forma de concepción de la familia no sólo puede explicarse por la vía de los bajísimos niveles educativos de los mixtecos; tampoco la explicación religiosa sería del todo contundente. Es posible que el análisis que hace sobre las familias **Alvin Toffler en su libro la Tercera Ola**, ayude a ilustrar como varios de los rasgos de las familias mixtecas (familias numerosas, colectivas, cercanas) corresponden a lo que el denomina la primera ola.

• ** El tercer involucrado en esta fiesta es el gobierno, que a decir de ambas partes no hace lo justo ni lo suficiente. Manuel Llamada, trabajador de un programa del antiguo SEDESOL en la zona de San Quintín, se enervaba cuando hablaba de que al gobierno le interesa mucho más hacer un bulevar que una a San Quintín y a la Col. Lázaro Cárdenas, que atender las urgentes necesidades de salud, alimentación, educación y vivienda de los marginados.

tiempo, sin mutaciones y sin violencias, fuera de los apresuramientos y de los atropellos a la conciencia.

Esto que enuncio es simplemente una posibilidad. La crisis y el reordenamiento de este sistema muchas veces no da para tanto -si es que eso es tanto-, de ahí que nuestras fábricas estén llenas de mujeres de secundaria; jovencitas que ya no tuvieron para más y que van a jugarse la vida entre los procesos de producción. Pero a pesar de ello, estas mujeres tienen algo que Silvina perdió desde muy pronto. Como quiera que sea, de un modo o de otro, las mujeres urbanas siguen jugando a la esperanza.* Silvina ya no la tiene. Cuando pasamos por su cuarto en la galera y la vimos amamantando a un niño de pocos meses de nacido, el sistema educativo se nos vino abajo. Ni las mejores letras, ni las más hermosas ecuaciones, ni los más espléndidos viajes por el mundo rescatarían -claro que desde nuestra visión cultural de lo que es “rescatar”- el micro mundo asfixiante de Silvina. Yo creo que de ahí le venían los dolores al director de la primaria, porque nuevamente la escuela y la enseñanza tuvo que doblegarse ante la más ingratas de las realidades.**

p.d. Es claro que la filosofía que sustenta a la escuela como factor de movilidad fue agujoneada por la mutilación de los trece años de Silvina. Ella, sin saberlo, ha cuestionado desde los límites de su frontera todo el paradigma que mueve la esperanza de los que actuamos día a día en las aulas de este México tan contrastante.

* Hay un cuento de Carlos Fuentes que aparece en uno de sus últimos libros (“**la frontera de cristal**”) que también me está haciendo dudar acerca de esta idea. El cuento se llama **Malitzin de las máquinas** y el hombre relata con su particular finura las cotidianidades de las adolescentes de las fronteras y de cómo las maquiladoras van sangrando un futuro que cada vez se vuelve más inmediateista y desesperanzador.

** Como es sabido, Pablo Latapí es un intelectual muy sensible a las condiciones educativas del país. Pero me parece que sus ideas sobre los valores y el fomento de éstos por la escuela y la familia no tiene mucho terreno fértil en espacios donde se truncan los futuros, o quizá fatalistamente tendríamos que decir que se nace sin ellos.

LA RECUPERACION DE LA DIGNIDAD HUIMANA: UNA TAREA DESDE EL AULA

COMO PUNTO DE PARTIDA.

Se abre la puerta de la reja como si se le abriera la expectación al mundo. El pequeño grupo que llega va tras las siluetas de una educación que se dibuja áspera, “jodida para jodidos” diría uno de los intelectuales críticos de aquella zona. El grupo grande -la muchedumbre de ojos oscuros y caras sucias- que ahí habita se inquieta con la presencia de los extraños.

Verónica, Cristina y Guadalupe, estudiantes universitarias, dirigen su tarea a la dirección de la escuela. Verónica abre el interrogatorio con preguntas tan simples como: ¿por qué escuela bilingüe? ¿Aprenden los niños? ¿Alcanzan los materiales? ¿Tienen carencias? El director, hombre joven y sensible, paulatinamente va delineando un mapa donde los puntos rojos se incrustan con fuerza en el campo de las desigualdades.

“Si, tenemos carencias. Por ejemplo, ¿cómo le pedimos apoyo económico a los padres de familia cuando apenas les alcanza para comer? ¿Que nos ayuden revisando tareas, poniendo ejercicios en sus casas o leyendo un libro a sus hijos? ¡Imposible! La generalidad de padres no tiene condiciones para eso. ¡Claro que los niños aprenden!, pero si los comparan con otro tipo de escuelas de ciudad, donde hasta los profesores tienen mayores posibilidades de capacitación, pues si hay diferencias”.

Las muchachas seguían escudriñando sobre los niños, su inteligencia, la alimentación, los libros.

“El niño mixteco es como los otros niños. Les gusta jugar, divertirse, sentir el calor de una mano afectuosa. Su capacidad intelectual es similar a la de un niño de la ciudad; o sea, aparentemente no debería haber diferencias, pero si las hay. Les voy a poner como ejemplo esta escuela: tenemos los mismos programas, los mismos criterios de certificación; los maestros son egresados de las normales; entonces, ¿dónde está la diferencia?”

Las estudiantes universitarias entrevistadoras no lo saben pero lo intuyen. El director levanta la vista en una clara manifestación de ir tras las palabras. Regresa y afirma:

“La diferencia está en el valor de los valores. ¿Qué quiero decir? Que la diferencia está en la condición humana. La escuela

es un elemento más de esta totalidad que se llama San Quintín. Esta es una región agrícola por todos sus costados, en donde la tierra genera una brecha de desigualdades verdaderamente impresionante. Los hijos de los grandes poseionarios de los campos no están en estas escuelas. ¿Han visto ustedes a un hijo de un gerente general de un empaque por aquí? ¡Por supuesto que no! Los que llenan de gritos los salones poco ventilados son los hijos de los jornaleros agrícolas, esos que van al campo a levantar la cosecha de tomate, papa, pepino, fresa”.

A esas alturas de la explicación Cristina entendía poco, Guadalupe por el rumbo y Verónica simulaba entender. Como si lo advirtiera, el director señaló enfáticamente.

-“No se desesperen. Les dije que la diferencia está en la condición humana y para allá voy. El padre trabaja en el campo y la madre también. Llegan a su casa cayendo la tarde agotados de tanto sembradío. Tener una condición humana o humanizada sería el disponer de un hogar con un espacio amplio, limpio; una cama adecuada, un lecho tibio; los hijos sanos, ocupando otra habitación que no sea la de los cónyuges. ¿Pero saben cuál es el cuadro real? Que Pancho, el niño que viene a esta escuela tiene cinco hermanos, como en escalerita, uno tras otro, y todos ellos comparten -se hacinan- un minúsculo cuarto de lámina galvanizada donde está una sola cama, una caja de ropa, una estufa. Pedro y María (los padres de Pancho) duermen en el suelo. Cuando tienen ganas de hacer el amor, ponen una sábana como pared para medio cuidarse de Pancho, que ya tiene once años. Todo el placer del acto se entierra bajo el temor a ser vistos; es decir, el placer que igual, que compromete, que solidariza y vuelve permanente el futuro de la pareja, se socava porque entre el suelo y los hijos sólo hay un metro de distancia”.

“Pancho viene a esta escuela casi porque sí; porque otros vienen y porque la educación va teniendo un poco más de significación para esta comunidad de mixtecos, pero no tanto como la tiene el hambre o la sobrevivencia. Cuando estas dos cosas aprietan -lo cual sucede con bastante frecuencia- el niño y el adolescente se convierten en mano de obra y la escuela ve como los espacios van quedando vacíos”.

El director hace un alto en su discurso. Ve su reloj y advierte que ya es hora de que los chiquillos salgan al patio a jugar a cualquier cosa. Pide permiso y sale a la explanada con un silbato de futbolista en la

boca. Lo hace sonar y casi de manera simultánea los gritos inundan el ambiente. Las flamantes estudiantes universitarias se quedan boquiabiertas. Todavía no reaccionan de las palabras del profesor-director, cuando ese insignificante acto de salir “a tocar el timbre” de una forma tan poco ortodoxa las hace comprender con toda su dimensión ese tema de los impactos de la condición humana en la educación.

El entrevistado regresa a lo que queda de la plática. Se cruza de brazos a mitad de la sala y retoma el hilo de sus frases:

“Hay mucha violencia simbólica en todo esto que les estoy diciendo. La dignidad humana y el uso de la libertad está arrinconada por procesos de vida completamente excluyentes. Todo eso se concentra en el temperamento y en las imágenes de un niño que viene a esta escuela. ¿Qué tanto pueden hacer los libros, las palabras y los maestros para resquebrajar esa dinámica y redimensionar esa dignidad que les haga concebir un proyecto de vida donde el futuro tenga un sentido menos tortuoso? Cuando un individuo trabaja tanto merece mucha mejor suerte, pero el asunto sucede a la inversa. De aquí tendría que salir varios doctores, muchos maestros, no pocos ingenieros, porque todos tenemos los mismos derechos y porque la propia condición humana nos empata con personas de otros ambientes. Pero no es así, el condicionamiento social nos dice que de aquí no saldrán ni doctores, ni ingenieros, ni maestros, sino mano de obra que ya está próxima a dejar la energía en esos interminables campos agrícolas de San Quintín”.

El director guardó silencio y ya nadie dijo nada. Cristina dejó de escribir, Verónica de preguntar y Guadalupe de revisar la entrevista. Las tres dejaron de hacer pero no de pensar. Dieron las gracias y salieron de la dirección. Las tres se quedaron un rato en la explanada viendo como la escolta de la escuela ensayaba una o otra vez guiadas por la voz de la “capitana”. Ningún maestro estaba con esas cinco niñas, ellas solas iban y venían con paso marcial de un extremo a otro.

Las muchachas se veían seriamente impactadas. Casi de manera simultánea recordaron el Informe del 97 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que habla sobre la pobreza en el mundo, mismo que habían revisado semanas atrás en una de las clases que llevaban ese semestre. La maestra del curso les había dicho varias veces que el informe refiere a una situación fuerte de crisis y de desigualdad en el mundo que nos pone en una encrucijada. Los seres

humanos, los gobiernos, los países, estamos con un pie en el umbral del caos, y la encrucijada significa la confusión, la duda y la incertidumbre porque los caminos que hasta hoy se han recorrido no han sido los más venturosos.

-“ Esas macrocrisis de las cuales habla el texto se reflejan de manera clarita en esta realidad educativa -acertó a decir Verónica-. Por lo menos en estos momentos tengo que admitir que tenemos más deudas que dudas; que la recuperación de la dignidad humana no es tarea de pocos; que el humanismo y la humanización significan palabras congruentes y acciones coherentes; que no tenemos derecho al discurso educativo que iguala cuando los niños cargan con tantas desigualdades en sus bolsillos”.

El tiempo de trabajo se terminaba. Las muchachas salieron de su ensimismamiento cuando los pasos del director lo llevaron nuevamente a la explanada a tocar “el timbre”, señalando que la hora de recreo había llegado a su fin.

ENTRE EL PROGRESO Y LOS VALORES.

Los valores propios del colectivo, así como los valores propios de la persona se ven altamente condicionados por las relaciones del medio. Pareciera una verdad de perogrullo, pero no es tan simple como eso. Las implicaciones que tiene tanto para entender los valores como para la vivencia, es que debemos comprender qué es lo que pasa en los contextos.

En el centro de todo el esquema de los valores está la tesis de la recuperación de la dignidad humana. Ninguna cosa como esa es más urgente en las manifestaciones sociales de hoy en día. La propia recuperación de la dignidad tiene un alto matiz ideológico y político, pero la construcción de una definición de la dignidad que incorpore otras dimensiones valorales sociales y personales (paz, justicia, responsabilidad, honestidad, libertad, etc.) es impostergable.

La escuela en todos sus niveles tiene una tarea que realizar en esta dirección de la dignidad humana. Se ha dicho muchas veces y de diferentes maneras que la escuela educa para la formación, y ello supone educar para el futuro. Analizando o entendiendo a la escuela desde una perspectiva de construcción, no de alienación a los procesos de vida social, significa que sus actores (particularmente los maestros y los administradores de la educación) debemos luchar en el esfuerzo de la creación de espacios para la dignidad.

La dignidad como valor se concreta en relaciones concretas, pero también, en cierto momento, con profundas utopías. Acceso a la educación es una relación concreta que es reivindicada por diferentes sistemas y tipos de gobierno. Ciertamente, a pesar de la constitucionalidad, no todos tienen acceso a la educación, y desde ahí empiezan los recovecos de la utopía. En segundo término, y siguiendo con este punto, los que acuden a la escuela deben tener, también por decreto, las mismas oportunidades y los mismos niveles de calidad* en el servicio. La realidad nos dice que el ser humano es aceptado en el ideal como uno igual a otro, pero en la materialización, los escenarios educativos, culturales, económicos, tienden a diferenciarnos a unos y otros. El ideal de la igualdad en esa materialización del humano, es una utopía que se ha venido acentuando conforme nos hemos alejado de ella.

* Hablo de calidad no en términos de los procesos productos, sino de esa serie de valores que tienen que ver con la sensibilidad para el trabajo, el gozo por el ejercicio pedagógico, las relaciones entre maestros, alumnos y administradores basadas en los afectos. Todo ello genera la calidad, es decir, la formación adecuada de sujetos para la vida.

Carlos Fuentes hace un planteamiento macro sobre la necesidad de la inclusión que perfectamente se puede aplicar a los espacios micros de convivencia. El libro **Por un Progreso Incluyente**, escrito específicamente a petición del sindicato de maestros mexicanos, no sólo denuncia el campo de las desigualdades, la disparidad de oportunidades, la aparente victoria del monetarismo sobre la sensibilidad, sino que considera sustancial la tarea que tenemos como humanidad de crear renovadas maneras de convivencia donde aprendamos a respetar lo que no hemos respetado hasta el momento: al otro, a su capacidad, a su formas de vida, a sus propios sueños, a sus maneras de comunicarse, etc.

El Progreso Incluyente de Fuentes es la irrenunciabilidad que tenemos como pueblos de este planeta por crecer y por ser cada vez mejores. El Progreso, muy a la vieja usanza de Augusto Comte, ni se oculta ni se sataniza. En todo caso, lo que sucede es que podríamos explicarnos esta forma bajo las letras de Pastel y Mesarovic, en su libro **la Humanidad en la Encrucijada**. Ellos, atendiendo a una necesidad del Club de Roma, hacen un estudio donde con cifras demuestran que la humanidad justamente se encuentra en un punto donde le precede el caos, y tiene que buscar una ruta que no sea el crecimiento no diferenciado que se ha tenido, para arribar al orden y a un bienestar en todo la extensión de la palabra. La solución propuesta por ambos se cristaliza en la categoría de crecimiento orgánico, o sea, crecer de manera armónica teniendo como base un profundo respeto y altos niveles de comunicación entre los actores sociales.

La otra tesis es que el progreso, entendido en la dimensión que le da Fuentes respecto a la inclusión de las personas y de los grupos, no es el enemigo. Creo que la tolerancia, asociada a la sensibilidad y a la inteligencia, tiene que conducirnos a la recuperación de la dignidad humana.

¿Cuál es la asociación que existe entre la dignidad humana y la escuela? Bueno, dijimos que la dignidad es una suerte de categoría valoral superior, en tanto que dialécticamente combina una serie de valores de orden personal, con varios otros sociales o colectivos. Esto significa que la dignidad se recupera desde las vivencias personales (experiencias cercanas, centrales, propias), así como también con las vivencias que se tienen en el orden comunitario. Todo este planteamiento pretende matizar el hecho de que no tiene mucho sentido ser responsable cuando no se es justo, ser honesto cuando no se es solidario, ser exitoso en el plano personal cuando no se tiene participación en los procesos que generan bienestar a una sociedad.

Tanto Pedro Ortega como Ramón Mínguez señalan en su obra **Valores y Educación** que conciben al valor como...”una creencia básica a través de la cual interpretamos el mundo, damos significados a los acontecimientos y a nuestra propia existencia”. Todavía puntualizan un detalle: el valor tiene un sentido histórico; eso le da un sentido de dinamización y de cambio constante. Asumiendo este planteamiento, la dinámica de la sociedad contemporánea nos ofrece algunas lecciones claras, a pesar de que haya muchas maneras de leer en los acontecimientos:

1. los valores hoy en día tienen más que ver con el sentido de los logros y el éxito, que con la propia trascendencia.
2. En la lucha por la imposición o diseño social de la cultura de valores, las instituciones modernas (medios masivos de comunicación, empresas, deporte profesional, entre otras) son mucho más poderosas en esta tarea que las instituciones de antaño (escuela, iglesia, familia).
3. En ese mismo sentido, incluso se puede afirmar que la crisis de valores que se discute en foros, congresos y círculos académicos, emanan de esta lucha entre las instituciones, que sin duda alguna, van perdiendo las segundas. Por eso los valores de hoy son preocupaciones de pocos y confusión de muchos.
4. La escuela como institución social está dentro de esta lucha ideológica. Sus actores son también actores sociales. Maestros, alumnos y las propias curriculas recogen toda esa discusión y la interpretan a su manera. La crisis llega a la escuela en término de preguntas que suscitan largos debates: ¿escuela para qué? ¿Cuál es el sentido de la educación? ¿Qué se debe enseñar? ¿Cómo se debe enseñar? ¿Con quién se debe de enseñar?

LA UNIVERSIDAD

La universidad en nuestras sociedades es excluyente por naturaleza; pero esa exclusión no debe descalificarla, es decir, ciertamente hay una cantidad de jóvenes que quieren hacer una carrera profesional y no pueden, pero también hay otros muchos que no desean hacerlo. Profundizando en este planteamiento, más de alguno podría sugerir que éstos últimos no desean hacerlo porque no se les ha creado la necesidad; la universidad no ha sido suficientemente conquistadora para seducirles, y por ello, esa necesidad no está creada. La educación universitaria y lo que ello significa no es un valor perseguido por los jóvenes. Aún a pesar de ello, con necesidad o sin ella, la diversidad en la manifestación de vida del ser humano nos lleva a señalar que no todos desean estudiar (que no es lo mismo que aprender), así como no todos desean casarse, tener hijos, etc.

Asumiendo como real lo anterior, desde la idea de que la escuela es una institución social, sujeta a, y creadora de ideas sociales, interesa para su proceso de vida aquellos jóvenes que están ahí, a la expectativa de que la universidad les proponga algo.

La universidad (al igual que la escuela en general) se jalonea en el juego de poder que acuña o destruye valores. Eso es notablemente claro; tan lo es que la universidad como institución está creada y manejada por los propios seres humanos. Estos también imponen o aceptan, desdeñan o siguen pautas en la formación o vivencia de valores.

Como tesis creo que la universidad, más allá de como defina sus fines y formas, tiene ciertos deberes que por añadidura le deben de ser propios:

- debe enseñar lo bueno, es decir, lo que ha permitido que la humanidad crezca y se perfeccione.
- Debe ser un escenario de conquista y un escenario conquistable. Eso significa que a la par de los conocimientos, (lo que ha hecho la humanidad) debe motivar, enamorar y sensibilizar hacia lo nuevo (lo que no ha hecho pero que debe hacer).
- La universidad, tanto como la propia familia (en el contagio colectivo y la segunda en la construcción individualizada del sujeto) deben ser una ruta segura en la enseñanza, vivencia y formación valoral.
- La universidad tiene otra tarea que ha venido postergando. Resulta que cuando más se avanza en el logro del éxito, vamos teniendo mayores dificultades en vivir los valores trascendentales, y ello nos lleva a idealizarlos cada vez más. El éxito como institución educativa nos puede volver insensibles. La comodidad del disfrute material nos acerca a un tipo de ideología donde implícitamente podemos volver

“naturales” una serie de relaciones que no lo son: “es natural que unos tengan mejores oportunidades que otros”; “es natural que unos sean mejores que otros”. Cuando este tipo de expresiones se vuelven cotidianas, diría Fernando Savater, es que la escuela está enseñando su rostro deshumanizante. La realidad nos diferencia y en ese contexto el deber ser (la idea) tiende a igualarnos, pero aquella es tremendamente más fuerte que ésta. En ese sentido, la universidad pasa al bando de las instituciones dominantes. Entonces nos preguntamos: ¿qué podemos hacer como actores sociales ante esa avalancha?

Ante esa maraña de ideas, regreso a mi tesis original de la recuperación de la dignidad humana. Hay una historieta muy conocida en nuestra sociedad; en ella, uno de los personajes centrales, al momento de no tener respuesta (encontrarse en crisis) decía: “rayos Batman, estamos perdidos”. Entonces Batman, que era a la mar de ingenioso y sagaz, rebasaba el ímpetu del buen Robin y en el climax de la historieta encontraba una salida que redundaba en el triunfo de los buenos sobre los malos.

Este simil reduccionista no es tan sencillo de aplicar en la universidad. Sin embargo, en cierta medida ésta debe ser como ese Batman sagaz y persistente, aunque mucho más sensible y consciente. No se puede tener espacio para la duda. Cuando más aprieten las instituciones pragmáticas, mayor capacidad de respuesta inteligente debe tener la universidad. Por eso digo que el valor profundo, el valor de los valores, el rector que vertebra todo el sistema de valores hoy en día, no en el renacimiento ni en el siglo XXI, es -debe ser- la dignidad humana.

¿Cómo se enseña la dignidad humana en la primaria, en la secundaria, en la universidad? ¿Cómo se vive este valor central? ¿Cómo se fomenta? ¿Cómo, utilizando la categoría de Pierre Bourdieu, la escuela de hoy es un escenario de resistencia? Todavía más, ¿cómo podría pasar de la resistencia a la dominación?

Insisto en que los otros valores no son menos importantes, pero si son una consecuencia. Es muy posible que la escuela y la propia universidad no eviten directamente la explotación de un obrero, ni el robo de un carro, ni la brutalidad de una agresión, pero tampoco le podemos cargar todas las tareas a la sociedad. También el Batman de la historieta tiene sus limitaciones.

p.d. Una tarea desde el aula. La universidad y la escuela sintetizan todo su esfuerzo en el aula. El ejercicio de la formación empieza desde ahí,

pero los valores no se construyen necesariamente en ese sitio. Todos llegamos con valores, pero lo que nos interacciona en ese momento es una necesidad sustentada en dos acciones principales: enseñar y aprender. Es decir, el aula se convierte en un sitio fértil para abonar los valores. Desde ahí, desde llevarnos el mundo a ese espacio para explicarlo, para dimensionarlo y para reconstruirlo, empieza la verdadera tarea de la recuperación de la dignidad humana, porque el sitio de privilegio de un estudiante universitario por sí mismo ya es producto de una reflexión y de un cuestionamiento. La racionalidad y la sensibilidad cobran sentido en ese lugar. Si ambas se fusionan, debemos esperar que los resultados sean mucho más deseables de lo que hasta hoy han sido.

DESDE UN RINCON ESCOLAR DE SAN QUINTIN.

Minúscula introducción. Ortega y Gasset, Paulo Freire, Alfonso Reyes, José Vasconcelos pensaron la educación. Soñaron entre las nubes desde el mismo techo del mundo. Despertaron y su realidad fueron las palabras que pusieron en los libros que todo educador ha tenido alguna vez en sus manos. Ellos y muchos otros nos dieron las condiciones para que el llano se convirtiera en un valle fértil. Pero, sólo dieron las ideas. Los encuentros, los fracasos, las batallas diarias la dan los maestros de carne y hueso. Muchos dejamos de entender a la educación como un misterio que hay que develar en cada encuentro con los niños o los jóvenes, y por tanto, volvemos de ese misterio una rutina. Un buen número de intelectuales han hablado de ello, y ese parece ser el pensamiento dominante de hoy en día. Quiero, en todo caso, compartir, una narración que refleja de alguna manera lo que escribieron desde el techo del mundo, los grandes pedagogos.

Carlos Fuentes dice que México es el país de las paredes. ***“México las construye primero, con todos los pueblos, para defenderse de la inclemencia del tiempo, del asalto de las bestias. Pero en seguida, la fundación obedece a otras razones. Primero, separar lo sagrado de lo profano. Luego, segregar al conquistador del conquistado, Y finalmente, alejar al rico del pobre.”***¹ Somos el país de las paredes. Las construimos para aislarnos, para segregarnos, para no darnos cuenta. Construimos paredes físicas, mentales, reales e imaginarias. Por eso, cuando vuelve a nosotros el sentido humano de la existencia y traspasamos las paredes para dar cuenta del otro, para reconocer al

¹ Carlos Fuentes, en el texto “una visión desde la altura”. Texto que aparece en el prólogo.

otro, para redimensionarlo en su valor como ser vivo, nos llevamos las lecciones que de aprenderlas, nos van cambiando la vida.

¿Cuántas lecciones juntas en un mismo día, en una misma tarde, en un mismo lugar?

Veía el plato de pozole mixteco y simultáneamente observaba el temple de mis estudiantes, sus actitudes, sus indecisiones para agarrar la cuchara de plástico y hendirla en la masa cubierta por pollo desmenuzado, coronados ambos por un mole compuesto por todos los chiles que se pudieron encontrar en el valle de San Quintín. Ahí estaba una de las lecciones. Con buen rostro y mejor ánimo, los estudiantes del CETYS imaginaron que aquel plato poco estético y desconocido, estaba tan bueno como el mejor filete mignon, y le entraron hasta pasar la prueba.

El propio ofrecimiento del mole mixteco, servidos en platos de plástico y acompañados por un agua que decían era de manzana, era otra de las lecciones. Mesas dispuestas para los comensales en lo que a partir de ese día sería la biblioteca. Un letrero pegado en la parte alta de la pared con el clásico “bienvenidos”. Un librero de madera que todavía olía a recién hecho, y que estaba listo para recibir los libros que fueran necesarios. Un piso de cemento oloroso, por el cual había pasado el trapeador una vez tras otra hasta dejarlo armonioso con la habitación. Una olla menudera en una esquina, rebosante de masa con grano, esperando que la cuchara hiciera su labor de irle vaciando la carga. Varios garrafones de plástico a un lado de la olla; un par de vasijas más pequeñas que contenían, una el mole –ese líquido espeso que intentaba acercarse en su sabor y consistencia a las geografías del centro de la república- y la otra el pollo deshebrado. El toque final de ese cuadro eran las mujeres mixtecas; mujeres profesoras; mujeres de sus maridos profesores; mujeres madres de familia. Mujeres morenas, limpias, con las trenzas en su sitio. Mujeres afanosas cuya mayor diplomacia era la sencillez, la calidez, el agradecimiento. Ante ese cuadro no te queda más que sonreír y comer hasta las piedras, si eso hubiese sido lo que nos sirvieran.

El pozole mixteco había sido el cierre; el sello de agradecimiento. Antes de eso, el escenario donde nos recibieron los maestros y alumnos mixtecos de San Quintín no tenía paredes. Era su explanada, el sitio de la ceremonia cívica de cada lunes. Los niños se movían como un hilo creciente que se va ensanchando hasta tomar posición del lugar que les corresponde. Trescientos niños daban vueltas y vueltas y vueltas, dirigidos por el director, que parecía el amo de la orquesta. Entre giro y

giro, muchos de ellos levantaban el rostro para observar a los extraños que no sabían donde quedarse.

El ruido que producen los pies en movimiento cesó cuando cada niño ocupó el sitio de la costumbre. De frente a las autoridades educativas y dándole la espalda a los salones de clase. Con el silencio como señal para el comienzo, la maestra de ceremonias toma el micrófono y pide a los invitados especiales – es decir, a los estudiantes del CETYS- que pasaran a sentarse en el sitio que asignan para las personas honorables.

El resto de la ceremonia es una lección en sí misma. Las máximas autoridades del lugar se despojan de su investidura de jefes. Cambian sus ropas de gala por trajes de baile; llegan al centro de las miradas, y mueven sus pies, manos y cuerpos con poca elegancia pero con mucha decisión y con más ganas. La sensibilidad aparece entonces para disipar las diferencias, para amansar los temores, para acercarnos en la vivencia. Termina el baile y los niños poetas condimentan el tratado con sus poesías aprendidas de memoria. Todos nos mostramos expectantes cuando hacen las pausas que ellos tan bien conocen y que a nosotros nos dan la sensación de que las palabras que siguen han sido olvidadas. Las pausas son certeras, así como lo son las nuevas palabras y los gestos y movimientos que acompañan a las frases. “Mi hijo no es drogadicto” cobra dimensión en una vocecita de niña de segundo año que dice las cosas como si efectivamente fuera una madre y tuviera a un hijo acabado por la droga. El supuesto hijo está frente a ella, un niño al que le dijeron “engarróteseme ahí”, y al que la voz clara, sufrida, a veces chillona, de la declamadora, no hace mayor mella. Termina su actuación y hace una reverencia desde el techo de la gloria. Sus trenzas caen como desde la parte alta de un barranco y vuelven a levantarse cuando toma al niño de sus manos y se va dejando la estela de su falda rosa mexicana, el aroma de su blusa floreado, la conciencia de su dignidad de niña que todavía tiene futuro.

No estuvieron en ese llano sin paredes los mejores declamadores, ni los mejores bailarines, ni los más brillantes oradores. No hicieron falta para desconcertarnos y acercarnos a su mundo. Lo que si estuvo presente fue la dignidad de una comunidad educativa que se sabe agradecida y que nos da energía para reafirmar el rumbo.

Cuando la voz de la maestra de ceremonias dio por terminado el evento, dijo algo más o menos así. ***“Una vez más agradecemos a los estudiantes y maestros del CETYS Mexicali la donación de estos libros que nos van a ser muy útiles, así como el dinero que nos***

han otorgado para mejorar nuestra escuela. Estamos de acuerdo con lo dicho por el alumno que los representa cuando señaló que somos una misma patria, que no debe haber fronteras que nos distancien y que debemos trabajar unidos mano a mano para encontrar mejores espacios de vida. Ustedes nos acercan un pedazo de esperanza y eso nos ha movido como maestros, como padres de familia y como escuela. Más allá de los libros o del dinero mismo, lo que nos deja esta experiencia es el hecho de que podamos organizarnos para proponernos metas y para ir en busca de ellas”.

Sus últimas palabras fueron “**firmes, ya. Rompan filas**”. Más del 50% de los niños la habían roto desde hacia varios minutos. El resto se dispersó por todos los confines de la escuela. Unos jugando al trompo; otros al fútbol; varios se fueron a la cooperativa; muchos fueron a intercambiar palabras y miradas con los estudiantes del CETYS. Algunos otros se fueron a echarle un ojo a los libros que estaban apilados en una esquina de la plaza. Tantos libros apilados no dejaban de sorprender a más de uno.

p.d. Decía que lecciones hay y son múltiples. En este difícil momento de caos por la sobrevivencia, por el poder, por la esperanza y por los jalones que nos trae la lucha en el magisterio, resulta reconfortante documentar cómo un grupo de los maestros olvidados, de los que transitan al mismo tiempo entre las tradiciones del mundo mágico de los indígenas y de las necesidades creadas por el mundo del progreso, se dan a la tarea de limpiarle el rostro a los niños, acercarles un libro, sentarse con ellos a escuchar como balbucean las palabras que van conociendo. En pocas palabras, con su labor de seres humanos comprometidos, van tumbando día a día, las paredes que no nos dejan ver el mañana.

SAN QUINTIN: TERRITORIO MINADO POR LA INCERTIDUMBRE

Francesco Alberoni remata su libro el **árbol de la vida** con una poética invitación a descorrer el velo del futuro. La convocatoria es la expresión que toma como estandarte para espolear las conciencias del humano. **“Cada generación recibe una convocatoria, y la nuestra más que cualquier otra porque el desafío es total. Pero, ¿cómo reconocer la convocatoria en medio de las mil voces de nuestro tiempo?”** La crisis y la vorágine de los cambios convocan a las personas a ser

juiciosas, a comprometerse, a actuar para no ver como el presente nos vuelve insensibles. Convoca a la sensibilidad como un acto que incluso requiere dejar de ser, dejar de tener, para renovarse en otro entorno.

Las ideas vienen al caso por San Quintín, que nuevamente se convierte en un territorio minado por la incertidumbre y por la desesperanza. Para nosotros, ciudadanos de la frontera, es un espacio virtual que aprehendemos desde la pantalla de la prensa. Apresamientos, invasiones de terrenos, marchas por la dignidad y por la solidaridad hacia el líder, grupos de guerrilleros que se parapetan en los incontables surcos de tomate, niños que están creciendo enraizados al trabajo infantil sin otra expectativa que convertirse en un fruto cruzado por la fatalidad del entorno agrícola. Y apenas hace unas cuantas horas, una muchedumbre de mixtecos arremeten contra uno de los empaques de los Canelos y su fulgor interno se transformó en una llama que acabó con una de las instalaciones.

Es una realidad virtual que nos avisa que al final de la jornada la vida no vale nada, si hacemos de esa fatalidad un cinturón desde el cual no tenemos escapatoria.

Alberoni mismo dice que: **“Quien ha escuchado la convocatoria puede partir o no partir. Si no parte, si se rehúsa, la vida se achatará hasta el nivel del suelo, su mundo se volverá mezquino, porque habrá perdido la relación con el árbol de la vida”**. Para no rehusarnos, con todas las limitaciones que implica la vida universitaria, tomamos la convocatoria de Alberoni y con una timidez no exenta de ingenuidad, nos acercamos al territorio minado. Con cuidado y sigilosamente, pasamos por entre los surcos de fresa y de tomate, casi sin voltear a ver familias completas de mixtecos llenando a dos manos los botes de plástico blanco. Nuestra misión no estaba por esta vez en ese espacio de fronteras borrascosas. Seguimos el andar hasta llegar a un escenario más límpido, auténtico y esperanzador: las escuela Primaria Bilingüe Juan Escutia. Los diálogos fueron fáciles y el diagnóstico no tenía mucho de novedad: los libros escaseaban, los espacios físicos necesitaban remedios serios; las letrinas eran un peligro, tanto por ser un foco de infección, como porque su construcción era endeble. Eso era la parte superficial del asunto, lo sustancial estaba en llegar al núcleo de la tarea educativa: mejorar la calidad de vida. Es decir, sentir y aceptar que la escuela es un sistema donde la esperanza es el común denominador del accionar cotidiano. Entender que como sistema de esperanza, ningún niño puede dejar de soñar con los nuevos horizontes de la razón y del sentimiento. Adherir el lápiz a la mano abruptamente callosa hasta amoldarla a la conciencia, de tal manera

que las palabras fluyeran hasta impregnar cada renglón del cuaderno de las cosas del mundo, y con ello alejar toda posibilidad de que en vez de lápiz se tenga unas tijeras, un puñado de ligas, un mazo de cebollas.

Para los estudiantes universitarios las lecciones se sucedían una tras otra. La ropa rasgada de los niños; la explanada carente de emotividad; los salones sin ventanas; el otro idioma del cual no se entiende una palabra. Las cuarterías, las guarderías, los campamentos; el polvo incesante; la virginidad perdida a los trece años. Todas eran lecciones y la necesidad de aceptar la convocatoria crecía.

Fuímos y venimos varias veces. Los surcos seguían expectantes nuestros pasos pero nosotros seguíamos sin detenernos en ellos. En una de las idas, llegamos con las manos llenas de libros. Todos en buen estado y pertinentes para la edad de los chiquillos. Libros de cuentos y libros de biología. Ejercicios de español y muchos problemas de matemáticas. El esfuerzo de los estudiantes universitarios había estado a la altura de las circunstancias y ya veíamos con orgullo como las autoridades de la Juan Escutia y los niños haciendo valla, nos tenían reservado un saloncito con ventanas, oliendo todavía a aromatizante, con unos anaqueles de madera recién pintandos, listos para poner en ellos más de 2500 ejemplares.

Cierto es que fue una bonita tarea, pero cierto es también que todavía teníamos nuestra convocatoria insatisfecha. Le pensamos un tiempo en cómo contribuir a darle insumos a los sueños de algunos niños de esa escuela, hasta que moviendo maquinarias oxidadas, logramos poner en acción lo planeado.

Seleccionamos a 12 niños de diferentes grados escolares. El criterio no fue exclusivamente de aprovechamiento, sino también de sentido artístico, deportivo, poético, y sobre todo, de cualidades de colaboración y de compañerismo. De hacer el bien y de ser solidario con los demás.

Los nombres se volvieron piel, ojos, oídos, pasos, manos. Tres días de primera paseándose y conociendo el Centro Cultural Tijuana, el Museo Sol del Niño, el Bosque de la Ciudad, el Mundo Divertido, la Bufadora. Tres días aprendiendo de un entorno que de pronto se volvió más grande, más diverso, más inquietante que el propio San Quintín.

La tarea de lograr que la educación le de una nueva dimensión a la conciencia se había alcanzado con estos doce niños. Si bien son pocos, las experiencias son ricas. San Quintín sigue siendo un territorio minado por la incertidumbre y por la desesperanza. Así nos lo dice la realidad virtual a la que hago mención. Pero dentro de esa

incertidumbre, nosotros le apostamos a que desde la educación tendríamos que redimensionar el sentido de la justicia, el de la dignidad y el de la igualdad. Si no es de esa manera, los territorios minados se convertirán en campos donde las bombas tronarán dejando sólo escombros que ya no tendrán futuro. La convocatoria está en el aire, y ya no hay tiempos para los silencios.

p.d. Ninguno de los doce niños de la escuela de San Quintin conocía Mexicali y Tijuana. El viaje en ese sentido representó una completa novedad. Los juegos del Mundo Divertido los volvieron locos y la alberca del hotel fue el “alucine total”. Se llegaron las 10 de la noche de ese primer día de hotel. Sentados en una cama, frente al televisor, voltea a verme un niño. Creo que intuye en mi mirada la pregunta clásica: ¿Cómo te sientes?...”muchos días de estos, ¿no profe?”....”ojalá hijo...ojalá!

Noviembre de 1999-12-16

FIN DE LA SOBREVIVENCIA...INICIO DE LA ESPERANZA”.

Reconozco a mis amigos asesores del Programa de Educación Ambiental de la Universidad Pedagógica Nacional, pero en medio del marasmo, lo que renueva a la educación, es la mirada colectiva de los estudiantes que se mueven con sigilo y actúan con inteligencia defendiendo el territorio de sus sueños. Va para ellos.

Es famoso el mensaje que el Jefe Seattle, dirigente de los piel roja, le hace llegar al presidente de los Estados Unidos, a mediados del siglo XIX, a propósito de la ambición que mostraba éste último sobre las espléndidas tierras de este grupo indígena.

El punto central que manifestaba el jefe era que no podía vender la tierra porque no les correspondía. **La tierra no nos pertenece, sino que nosotros pertenecemos a la tierra.** Otras ideas más se vierten en el mensaje, pero casi en su parte final, entendiendo que su oposición sólo era tratar de poner una frágil barrera a la idea del progreso del hombre occidental, el jefe, con un dejo de impotencia y de frustración, señalaba **que “ese era el fin de la vida y el principio de la sobrevivencia”.**

La expresión me parece más que afortunada para explicar las cosas que nos están pasando en el mundo. Por ejemplo, una buena amiga me acaba de mandar un mensaje por correo electrónico, que a su vez le ha llegado a ella por la misma vía y me pide que lo reproduzca. En pocas palabras, el mensaje dice que un joven acudió a una fiesta en algún lugar de Nuevo Orleans. En pleno jolgorio conoce a una damisela, y al buen estilo de los romances norteamericanos, no terminaban de beber un trago, cuando ya estaban poniendo un pie fuera del lugar. Van a otra fiesta que se desarrolla en un departamento. Siguen bebiendo, y de pronto el galán se siente mareado y muy pronto no sabe de él. A la mañana siguiente despierta en la bañera llena de hielos. Frente a él estaba un letrero que decía: “llama al 911. Te vas a morir”. El muchacho todo alarmado habla a dicho número que es un teléfono de emergencias, el cual le confirma la causa de su dolor en la espalda: una banda del crimen organizado lo drogó para extraerle los dos riñones que valen en el mercado negro miles de dólares. Lo dijo el Jefe Seattle en 1854: el fin de la vida y el principio de la sobrevivencia

Es cierto que si se trata de encontrar tragedias para documentar la frase podemos encontrar y a pasto. Pero como de lo que se trata, -diría la buena amiga Rosa María Romero- es no llorar con los problemas, sino ir proponiendo las soluciones, también hay su maneras de revertir el asunto para decir que ciertas luces nos llevan **al fin de la**

sobrevivencia, y al principio de la esperanza. Para nosotros, los educadores, la educación debe ser el bastión con el que demos vigencia a esta frase.

Me cuenta mi amigo Raúl Espinoza, administrador de un programa educativo para niños en condiciones especialmente difíciles del Valle de Mexicali (hijos de jornaleros agrícolas), que han empezado a operar desde hace algunos ciclos agrícolas, una serie de servicios ligados a la educación, que tienen como finalidad cambiar el ciclo de las tragedias de los niños, abrirles expectativas, en pocas palabras, mejorar su calidad de vida.

-“Es curioso –me dice- pero los más difíciles de convencer para que los niños vayan a la escuela, son los propios padres”. Una anécdota que me platicó a propósito de esto, es estrujante. Cuenta que el año pasado insistentemente estuvieron visitando a un jornalero agrícola para que dejara ir a sus hijos al servicio educativo que proporciona programa. **-“No lo podíamos convencer –me dice Raúl- los argumentos que manejaba eran lo de siempre: “¿Para qué sirve la escuela profe? Sólo van los chamacos a perder el tiempo”.** **Finalmente un día aceptó con ciertas condiciones. La escena parece irreal. Puso a sus cuatro hijos frente a él, en el único cuarto de su vivienda –no tiene esposa- y les dijo con voz autoritaria. – “Aquí el joven ya me convenció de que fueran a la escuela, pero uno sólo va a ir. Ustedes deciden quién.” Los cuatro hermanos voltearon a verse por algún momento. Enseguida señalaron a uno de ellos y dijeron: “que vaya Efraín”. Después nos dijeron que lo seleccionaron a él porque era el más listo. Pero eso no es todo. Nuevamente el padre habló y dijo: -“Va Efraín con una condición, no quiero que amarren menos docenas de cebollín de las que hasta ahora hemos amarrado”.**

Termina Raúl diciéndome que los hermanos aceptaron. El gesto de solidaridad es enorme. ¿Qué implica para uno ir a la escuela y para el resto de hermanos no? ¿Cuántas historias como ésta hay en estas formas de vida de los jornaleros agrícolas? ¿La escuela le dará a Efraín una perspectiva distinta de la vida? ¿Su esperanza le alcanzará para seguir en este campo de la formación humana? Ojalá que el servicio educativo que se le ofrezca a este niño y a los demás sea de la calidad que el esfuerzo requiere; y ojalá la esperanza le de suficientes energías para convencer al obsecado padre de que el que él vaya a la escuela es un triunfo apenas pírrico. Falta mucho camino por andar.

p.d. Las paradojas de la vida: el Programa de Jornaleros Agrícolas tratando de sacar a los niños de los surcos para meterlo a la sintonía del futuro, con miles de esfuerzos, con serias limitaciones teóricas pero como dicen ellos: “con mucha enjundia”. En tanto, acá en la ciudad, unos miopes dirigentes y líderes educativos, dueños de un discurso mareador donde la justicia, la tolerancia, el diálogo y el futuro son sus estandartes verborrécicos, más propio de los políticos falaces que de los verdaderos educadores, le han dado cualquier cantidad de golpes bajos al Programa de Educación Ambiental. Los alumnos mantienen la guardia pero la carrocería oficial parece que se sale con la suya.. Su carta fuerte es un líder sindical que sorprende porque se la pasa defendiendo el vacío, la nada; diciendo que el cariño es subjetivo, que no tiene cabida en la calidad educativa. Me deja perplejo tamaña aberración. El otro defensor es un intelectual que al llegar al poder lo mareó la minúscula altura desde donde mira a los estudiantes. Pide, en sus elucubraciones descabelladas, construir proyectos de universidad cuando no se tiene la certeza básica de la pertenencia, y cuando, por otra parte, excluye enfáticamente a un cuerpo serio de académicos. ¿Dónde dejamos la voluntad y el buen juicio?

LA EDUCACION DE CLASE MUNDIAL Y LOS RESBALONES DE LA REALIDAD

En días pasados tuvimos oportunidad de asistir a un panel de expertos en educación. La mesa estuvo compuesta por especialistas de Estados Unidos, Canadá y un mexicano.

En términos generales, manejaron las ideas que se fueron acuñando con más fuerza en la década de los noventa, a partir de que el fenómeno de la globalización fue impulsado por los países altamente desarrollados. Evidentemente que como sujetos históricamente determinados, sus visiones de la economía y de la educación están matizados por toda la ideología que se construye desde esos escenarios. Entresacando algunas notas, fueron coincidentes al señalar que la nueva economía tiene como características: el ser global; altamente competitiva; con un amplio manejo tecnológico; de cambios muy rápidos; basada en el conocimiento. Que está habiendo una gran movilización de capital, de compañías multinacionales, de grandes alianzas, de fuertes inversiones en investigaciones para abrir mercados. Obviamente la aparición de tratados internacionales y de reconformación de bloques regionales están a la orden del día.

Dijeron, por ejemplo, que el motor del crecimiento dio un giro notorio. Según ellos, (especialmente lo comentó Thomas Wood, del Mount Royal College) está pasando de lo cuantitativo a lo cualitativo. Lo viejo era sostener el crecimiento con la tierra, el capital, los recursos naturales. Lo nuevo es tener como fuente de energía a la gente; (calidad en la mano de obra, bien organizada, altamente motivada, con una fuerte dosis de autodisciplina) la tecnología; un buen entrenamiento basado en la educación de la fuerza de trabajo. O sea, y en pocas palabras: el crecimiento económico está sustentado en la tecnología y en el capital humano.

Ante ese entorno económico, los roles que debe jugar la educación, -según los propios expertos- son: levantar las habilidades académicas de la población en general; entrenar y reentrenar la mano de obra existente; impulsar la competitividad de los corporativos regionales; enlazar la economía con el desarrollo de la comunidad; incrementar la prosperidad.

En concreto, las escuelas deben desarrollar habilidades en los estudiantes que les ayuden a comunicarse, a pensar, a aprender, a trabajar en equipo, a ver globalmente. ¡Esas son las llaves del éxito!

Si bien los panelistas no habían dicho cosas nuevas, sus posturas venían a reforzar el sentido ideológico neoliberal de “o te subes al tren, o vez desde el andén como el mundo se va detrás de aquella loma”.

Parecía que el mensaje era más o menos en los términos de: ahí están las coordenadas, ajústate el cinturón y empieza a caminar ó, sigue caminando, pero ahora a pasos del nuevo milenio, si es que ya te estás moviendo.

El mensaje está claro en su superficie, en sus formas, pero no en el fondo. Un día después de ser expectador del panel aludido, fui a una comunidad del Valle de Mexicali a hacer un par de entrevistas a instructoras comunitarias que son las meras profesoras de los servicios educativos que se ofrecen a niños de jornaleros agrícolas.

Caminas entre los surcos y te acercas a la carpa que hace las veces de escuela y como que lo que dijeron los expertos no cabe en esa desnudez académica. No hay paredes por lo tanto no hay material didáctico pegado en el vacío. No hay pizarrón de ningún tipo (ni de los viejos, ni de los nuevos) y la instructora se ve obligada a refugiarse en los cuadernos de los niños. No hay dirección, por lo tanto no hay fotocopiadora ni máquina de escribir “remintong”, ni internet que se pueda conectar a los sueños modernos de los niños. No hay áreas de juegos ni jardines de lectura, ni biblioteca ni cuarto de enfermería, ni porterías o canchas de basquetbol.

Cuando los niños salen al recreo salen a nada; es decir, por los cuatro puntos cardinales hacia los cuales dirigen su mirada, encuentran lo mismo: surcos, cebolla, hombres y mujeres en afanoso trajín. Surcos, cebolla, hombres y mujeres en afanoso trajín. Curioseando me acerque a un grupito. Afectuosos nos reconocemos y me invitan a jugar. – **“Vamos a jugar profe”**. – **“Sale”** dije yo, aceptando el pasaporte de entrada al clan. – **“¿A qué jugamos?”** me reviraron la pregunta emocionados. – **“A caray”** dije para mi. Al futbol no se puede, ni al basquetbol, ni al beisbol. – **“Vamos jugando a lo que ustedes quieran”**, les dije como queriendo salir del atolladero. Ningún instrumento ni espacio que tienen las escuelas de clase mundial hizo acto de presencia para aliviar nuestras carencias de infraestructura. Al final los plebes jugaron, porque era su recreo y no le iban a desaprovechar. Jugaron a corretearse, a meterle el pie al otro en plena corrida para que cayera en la tierra suelta, en el surco polvoriento. Se caían, se levantaban, se reían, se volvían a caer y ninguna instructora podía evitar ese desenfreno. En serio que yo tampoco.

El resbalón de los niños juguetones me da la impresión que es similar al que se dan los países que tienen sueños de clase mundial, pero que sus geográficas realidades tienen más venas abiertas que las que los poderosos países permiten. Queremos jugar a ser clase mundial, pero nos faltan los balones y las canchas. Los niños saben, y lo saben perfectamente, que la escuela sería mucho más atractiva si tuviera esas canchas y albercas y bonitas salas alfombradas para sentarse con un pavoroso libro de cuentos ilustrados en tercera dimensión. Basta con decirles que dibujen a la escuela ideal para ver que si saben, pero con eso no basta, y su realidad es que tienen que jugar a corretearse para reírse de las cosas. Al final de cuentas son niños.

Ellos y 40 más de cada 100 que no van o no terminan la primaria, son parte de un país que aspira a ser clase mundial, pero que no tiene la suficiente información, ni las computadoras de punta, ni la navegación por internet. En pocas palabras, nos levantamos un poquito por encima de lo plano, volteamos hacia los cuatro puntos cardinales, y desafortunadamente la geografía se encuentra invadida de pobrezas, de carencias, de miseria. Las clases mundiales que se aprecian son pequeños lunares, muy pequeños: algunas empresas, ciertas escuelas, pocos edificios.

Terminé las entrevistas y me quedé con una pregunta que no halle como hacerla a las instructoras: ¿enseñas, estimulas y/o desarrollas habilidades para la comunicación, el pensamiento, para aprender a aprender, para trabajar en equipo y para pensar globalmente a tus alumnos?

p.d. Regresando del recreo no pude sustraerme a contarles el cuento de la ballena gris. Me ayudó que la carpa estuviera sin paredes porque pude dibujar en el suelo el cuerpo de 15 metros del cetáceo. Les dije que Laguna Ojo de Liebre en la Reserva de la Biosfera del Vizcaíno no estaba muy lejos y todos quisieron ir. Les dije que los ballenatos brincan, mojan, se divierten. Al final, todos excepto Andrea, hicieron el mejor dibujo posible y le pusieron un nombre. La niña simplemente dijo que el mar no existe, por lo tanto las ballenas tampoco. Como en el cuento, habrá que llevarla a la playa. Algún día.

Enero del año 2000

LA EDUCACION COMO PRINCIPIO DE LA ESPERANZA

La comunidad existe, el problema también. Los niños a los ocho años ya saben lo que es el dinero, pero también sus espaldas frágiles empiezan a reconocer el dolor prematuro que provocan los interminables surcos. Como ya saben lo que es el dinero, hasta con cierta arrogancia van a la tiendita de la esquina y se compran con un billete de veinte pesos una soda. Sin ánimo de ponerme trágico está cerca el día que entren a comprar una cerveza, después un cigarro, y más después comprarán todas las borracheras juntas.

Es cierto, Pablo, Oscar, Ramiro, y todos los otros niños de seis, siete, ocho, nueve años que están en las mismas condiciones de vida, son utilizados (por no decir explotados) tanto por los padres de familia, como por los dueños o renteros de las tierras. Quizá valga aquí una primera apreciación: los padres dirán que se ven obligados a sacar (o bien no llevar) a sus hijos a la escuela toda vez que la cantidad de dinero que les dan por su mano de obra, no alcanza para comprar los frijoles y el pollo, y que por esa razón, los hijos sirven para colaborar con la economía familiar. Asumamos que el argumento sea válido, y que efectivamente con el ingreso del niño se logre la sobrevivencia. Lo que queda en ese campo de misterios es la duda de si ese es el mejor destino del niño. Si es así, ¿por qué los otros si van a la escuela?

El caso lo discutía con un conjunto de maestros rurales. Me llamó la atención desde el hecho que se discutiera una cosa que para mi no tenía discusión. ¿Cómo es que a estas alturas del siglo XX sigamos negando ese precepto de la educación para todos como un deber ser social? Algunos profesores se empeñaban en demostrar con cifras y datos que un niño trabajador podía tener ingresos que en ocasiones eran mayores que los de los propios maestros (mire, en estas épocas no pocas profesiones u oficios tienen mayores ingresos que un profesor), y si eso era ahora que estaban pequeños, la expectativa para su futuro laboral se veía alentador. –**Además, decían-, el niño tiene un poco más de independencia, y por si fuera poco, no quiere, no le gusta la escuela y se aburre estudiando**”.

A primera vista los argumentos de los maestros defensores apabullaron a los otros. Podían rebatir lo de los ingresos, lo de la independencia, pero el no quiere, se aburre o, “él mismo se va de la escuela”, no hallaban como minimizarlo.

Pienso que el problema ofrece dos aristas que hay que analizar. La primera es el sentido que debe tener la escuela para los seres humanos.

Si bien es cierto que es una institución socialmente constituida, el estudiar, el aprender es una característica profunda y completamente arraiga en la conciencia y en el sentimiento de los hombres. Jacques Delors, en el informe que preparó a la UNESCO el año pasado a propósito de la educación, escribe una de esas conclusiones que por sencillas, parecen poco trascendentes, pero no es así: **“Con relación al sistema formal de educación, nadie puede reemplazar ese espacio donde cada uno se inicia en las materias del conocimiento en sus diversas formas. Nada puede sustituir a la relación de autoridad, pero también de diálogo, entre maestro y alumno”**.

La expresión es contundente y derriba todas las acechanzas que hay en torno a la escuela. La historia de la humanidad, nuestra insuperable inteligencia, la intuición que se liga al arte y la expresión humana que se liga a la ciencia, todo eso es el arsenal que espera en las escuelas. En cada rincón, en cada libro de texto que se abre, en cada historia que el profesor comprometido se atreve a contar acerca de Ptolomeo, Cicerón, Miguel Angel, Marx o Einstein, ahí está la humanización de las culturas, de los hombres, de las mujeres, de los niños.

Por eso, lo socialmente creado y validado por los sistemas y las culturas, debe prevalecer. El truco de los pedagogos es encontrar los rumbos para que la necesidad creada, sea una necesidad interiorizada, como diría el filósofo Ortega y Gasset.

El segundo asunto se liga directamente con esto que acabamos de señalar. Se refiere a las formas cómo se vive y se desarrolla el acto educativo. Es decir, las dos cosas se sitúan en el terreno de las significaciones: ¿qué significa para el niño, para el padre y para el maestro la escuela? ¿Qué procesos se viven y cómo se viven en la escuela, de tal manera que podamos conformar un escenario que compita con la ferocidad del trabajo infantil?

Jacques Delors vuelve a plantear una postura al respecto: **“Hay una recurrencia en los grandes pedagogos: es el maestro quien ha de transmitir al alumno lo que la humanidad ha aprendido sobre ella misma y sobre la naturaleza, todo lo que ha creado e inventado de esencial”**. La posición tiene los dos filos que caracterizan a nuestra historia; por una parte le confieren el papel de insustituible al profesor, pero por otra ponen en sus manos una tarea enorme. Es como “sacarse la rifa del tigre”. Salimos premiados, pero la tarea es monumental.

El profesor va encontrando en la reflexión de su trabajo cotidiano las formas de resolver los retos. Pero sin duda también se va topando con

ciertas inercias que tienden a volver de la escuela una pesadilla. Cuando nos gana ésta última, y nos levantamos en la mañana cargando la loza del deber, pensando, -mientras nos cae el chorro del agua- en las angustias y en los corajes que nos ocasionan más de un estudiante, la escuela estará muy cerca de convertirse en un campo de batalla. Y entonces sí, el niño que va llenando de tomates el balde, en vez de ir llenando de ideas y proyectos su mente, pensará que su futuro ligado al surco, es lo mejor que pudo haberle pasado.

Quiero terminar con una idea esa discusión de que es mejor que el niño desarrolle un trabajo en el campo, en las esquinas o en el supermercado, en vez de ir a la escuela, **“porque en ésta no gana dinero, y al final de cuentas, no le enseñan a desenvolverse en la vida”**. Es obvio que por lo que acabo de señalar que, ¡de ninguna manera esa idea es sostenible! En esa posición no hay ningún principio de esperanza, sino de tragedia para una persona y para un pueblo. No nos puede ganar la inmediatez por el futuro. La esperanza consiste en que, en última instancia, el niño y los padres de familia puedan elegir, pero en el caso de los niños trabajadores, ellos no están decidiendo, simplemente porque no están optando en condiciones de democracia y de integralidad. No se puede optar cuando no se tienen opciones, y la educación es la que ofrece la posibilidad de hacerlo. Si no se vive en ella, no es cierto que el camino de los surcos, de las pangas, de las calles, sea el más acertado o el que se haya elegido con mayor conciencia.

p.d. Como para concluir, otra vez Jacques Delors le hecha más vitamina al acto de educar: **“Se trata de aprender a vivir juntos conociendo mejor a los demás, su historia, sus tradiciones, su espiritualidad y, a partir de ahí, crear un espíritu nuevo que impulse la realización de proyectos comunes o a solución inteligente y pacífica de los inevitables conflictos, gracias justamente a esa comprensión de que las relaciones de interdependencia son cada vez mayores”**. ¿Optamos por esta utopía o la dejamos en simple letra? Pero vamos haciéndolo en condiciones de mayor igualdad y democracia.

EN MEDIO DE LAS POSADAS...¡"OTRA VEZ...OTRA VEZ...OTRA VEZ"!

En uno de los números de año 1999 de la revista **Muy Interesante**, aparece una entrevista que le hace Jorge Alcalde al filósofo y sociólogo francés Jean Boudrillard. La conversación gira en torno al mundo virtual que recibimos a través de los medios masivos de comunicación y los reacomodos del mundo que esto provoca. Un punto llama particularmente la atención y nos sirve como introducción de este artículo. Dice Boudrillard que: ***"En este mundo virtual que vivimos ya no hay "espacio" para la esperanza o la desesperanza. No cabe el optimismo o el pesimismo"***. Esto se liga con una breve descripción que hace del humanismo y de lo humanitario. Dice que los grandes valores del humanismo que nacen con la modernidad, han cambiado...***"Se ha sustituido el humanismo por lo humanitario. Lo malo es que lo humanitario es un valor débil que se basa sólo en la sobrevivencia y que afecta al ser humano como especie, no como género. (...) Durante los buenos tiempos del pensamiento humanista, se creía en la utopías; en los tiempos donde domina lo humanitario la única utopía es la mínima posible: sobrevivir"***.

Hasta aquí dejaría por el momento las polémicas ideas de Boudrillard. Me quedo con el último concepto para narrar un acontecimiento en el cual se ven involucrados niños de jornaleros agrícolas y mis estudiantes universitarios. El concepto es la sobrevivencia. Por diversas razones, hemos estado en contacto este semestre con un proyecto que desarrolla el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas con estos niños del Valle de Mexicali. El Programa funge como un gestor de la educación y se vincula tanto con el CONAFE como con los empresarios de hortalizas, para establecer servicios educativos para los niños en cuestión. Propiamente, y lejos de toda metáfora, el esfuerzo se encamina a cambiar las ligas del cebollín, por cuaderno y lápiz. La convivencia forzada en los surcos, por la convivencia del recreo, que es mucho más infantil y recreativa; el tipo de futuro chato, plano, pegado al cielo, por uno más abierto, más expectante, más volador. O sea, se pretende salir de la sobrevivencia para ir en pos de la calidad de vida.

Sabrán ustedes que las condiciones en las que los Instructores Comunitarios de CONAFE desarrollan su labor es -tomando las expresiones de Boudrillard- hasta pesimista. En varios sitios no hay salones de clases, pero si carpas. Si las mamás y papás terminan su jornada de hacer docenas de cebollín a las 10 de la mañana, a esa hora llega el camión por los niños y se acabó la escuela. Que el instructor tiene que irse una semana a tutorías según lo dicta el modelo

académico de CONAFE, se va y deja a los niños nuevamente en manos de los surcos. Que el frío atroz de la mañana se cuele por las paredes inexistentes de las carpas, y que la única defensa de los niños para sobrevivir son las flemas y los mocos que se hacen costras en sus rostros, también es cierto. En pocas palabras: las cosas en ese ambiente educativo están crudas y la realidad no pocas veces supera al optimismo.

En ese contexto y viendo que los posadas se filtran por todas partes, hablamos con Raúl Espinoza, administrador del PRONJAG, sumamos voluntades, asumimos riesgos, nos responsabilizamos como equipo, enfrentamos carencias y resistencias, y más pronto que lo que se cae el sol en el desierto, armamos un festival académico-cultural-social-prenavideño, y fuimos a ofrecerlo a los niños y a las madres de los niños. El PRONJAG puso las piñatas, los dulces, el pastel, nosotros armamos el programa, montamos una obra de teatro, llevamos un juguete para cada niño.

Tuvimos dos presentaciones en el mismo día. La primera fue meritoria, la segunda fue sublime. A ella me voy a referir más a detalle.

Cuarenta niños y otras tantas madres de familia hacían un semicírculo sentados en sillas pequeñas. El anunciante habla con voz fuerte y dice: **“esta es la tercera llamada, comenzamos. Niños, no se asusten, el diablo, la muerte y el Jesús que van a ver, son de a mentiritas. ¿Están listos?”** “Siii” contestaron en coro. Acto seguido, sale el narrador (Everardo), haciendo la introducción de la obra. Después el indio Macario y su esposa (Juan Manuel y Luz María, que no es la esposa de Juan Manuel, sino su compañera de carrera y novia de Everardo); los hijos de Macario que se pelean por un taco ya que el hambre los corretea (Alejandro, Adrián, Carolina). Termina el primer acto y Macario pide que la vida le de un pavo. La vida no se los da, pero si su esposa. Macario se va al bosque a comerse su pavo, pero en eso se le aparece el diablo (Luis Fernando) que busca por todos los medios convencerlo pero no lo logra ni siquiera con la belleza de la diablita (Patricia). El diablo corretea a Macario pero a éste lo salva Caperucita Roja, otra de las bellezas (Mayra) que se había equivocado de cuento, pero ahí estaba. Se va el diablo y llega Jesús arrastrando los huaraches (Rommel). Tampoco logra que Macario le de parte de su pavo, dado que los consejos del árbol (Norma) reafirmaban la convicción del indio de no darle nada a nadie. El último en aparecer es la muerte (Juan José) que causa terror y expectación en los niños. Macario no le quiere dar, pero la muerte “lo mata” y se lleva burlonamente el pavo. Fin.

Con fuerte dosis de creatividad, de responsabilidad y de afecto, estos muchachos estudiantes de Administración de Empresas del CETYS lograron prender la imaginación de los niños y de las mamás de los niños. El grito de “Otra Vez, otra vez, otra vez”, no era otra cosa más que la complacencia de los chamacos porque el cuento de Traven, Macario, hecho obra de teatro por los alumnos, les había fascinado.

p.d. Contraviniendo las expresiones de Boudrillard, tengo que mostrarme optimista por lo que hicieron los estudiantes universitarios el día de ayer en esos parajes desolados del Valle de Mexicali. Si ese es un acto humanitario que nos permita movernos hacia los valores humanistas, parte de las tareas de la formación integral que deben hacer las universidades, se están cumpliendo. El tumbar las piñatas, el obsequiarles una bolsa de dulces y pastel, el regalarles un carrito o una muñeca, fue un precioso momento que tiene un sentido especial en estas épocas decembrinas.

Lo que alienta al trabajo es que los chavos grandes, los que tienen necesidades de otros tipos, no económicas, hayan regresado con la firme convicción de que la tarea apenas empieza.

Dic. Del 99

NIÑOS QUE SUMAN CON PIEDRAS Y EL AÑO 2000

Hace un par de días vi al pequeño Alfredo con sus doce años y su pelo enmarañado y sucio. Me senté frente a su pequeña mesa de trabajo que compartía con otros niños más pequeños que él, y percibí sus ojos inquietos y al mismo tiempo huidizos.

Insistentemente llamaba a su maestra Janeth para que le revisara la tarea. Esta joven instructora-maestra no tenía tiempo para él, dado que 10 o 15 niños de preescolar la agobiaban con sus gritos y ella se veía obligada a atenderlos, porque la instructora de preescolar se la “había pinteado”.

“-Vamos a hacer unas sumas, Alfredo”, le dije. El jovencuelo no opuso resistencia, pero Janeth sí, que me comentó que no podía hacer sumas dado que no sabía leer.

12 años, la cara sucia, las manos roñosas, la ropa en mal estado, dificultades para articular frases o enunciados. Ese era Alfredo, el niño grande que está en primer año de primaria del programa PRONJAG-CONAFE, hijo de jornaleros agrícolas, y miembro de una generación que, según las cuentas de Alvin Toffler, debe ser la 801 de todas las generaciones humanas.

Hice a un lado el comentario de Janeth porque no había argumentos que lo sostuvieran. Le pedí a Alfredo, en un arranque profundo de postmodernidad, que fuera al montículo de arena que estaba a 20 metros de distancia, y que trajera un montoncito de piedras. Algún avezado de la pedagogía del siglo XXI nos sugeriría que a través de la computadora Alfredo aprendería más rápido. No lo dudo, pero en ese momento, las paredes que nos cobijaban eran el frío y por techo teníamos el sol de enero. O lo que es lo mismo, la escuela no tiene ni biblioteca, ni tira cronológica, ni sala de computadoras, ni pizarrones blancos.

“**Escribe el número cinco, el signo de sumar y el número 3. Pon una rayita y haz la suma.**” –“**¿Cómo le hago?**” Me contestó. –“**Utiliza las piedras, que de algo te han de servir**”, le dije. Alfredo agarró el caminito de las piedras, y al rato quitaba, ponía, escribía, borraba, tachaba, le entendía.

Dije de Alfredo que tiene la cara sucia, el pelo enmarañado y la mirada huidiza. A su favor debo de decir que es el niño más grande del salón, el

de mayor responsabilidad y el que hasta el momento no ha faltado a clases. Le gusta verse con el lápiz en la mano y también le agrada ver como las hojas de su cuaderno van llenándose de signos que antes no les conocía y hoy identifica más de uno. Temo que Janeth, su maestra, esté muy por debajo de comprender y manejar ese tremendo potencial, y también temo que sus padres se queden con la equivocada imagen de que su hijo no sirve para la escuela, y le cambien sus pocos, menguados pero cada vez más significativos descubrimientos escolares, por el inminente bote de ligas que sirven para amarrar el cebollín.

Como decía, Alfredo es un integrante de la generación 801, y seguramente alcanzará los aires del siglo XXI, es decir, será ciudadano de dos siglos, pero desafortunadamente para él, seguirá siendo el ciudadano de la tercera ola, de la muchedumbre marginada, de los soldados que sostienen el oropel y el brillo de los otros, de los que permanecen con el horizonte de sus ojos reducidos a los surcos y al polvo interminable de la tierra contaminada por tanto agroquímico.

De cualquier manera, es imposible sustraerse al brindis y a los buenos deseos de principio de año, y más cuando lo que cambia no es el mundo sino los cuatro dígitos de lo que los humanos hemos nombrado como el tiempo. El siglo XX nos ve desde el ocaso; se lleva todas las contradicciones y nos deja el compromiso; se lleva a los grandes como Einstein, Gandhi, Octavio Paz, pero nos deja sus lecciones; cierra la puerta a las negras desesperanzas y nos invita a cruzar el umbral de la esperanza.

El siglo se fue y con él nuestro pasado se va a los estantes de la historia; nos quedamos nosotros, los hermanos, nuestros hijos y el futuro; se quedan también los saldos que las pasadas generaciones nos fueron heredando, y que nosotros habremos de pagar de la mejor manera posible.

Pero el mundo también es nuestro micro espacio, es nuestro trabajo, el comedor de la familia, la tarea escolar de nuestros hijos. Por ello quiero brindar olvidando por un momento a aquellos grandes que generaron estas forma de vida; quiero brindar por los que tuvieron alegrías y por los que pasaron sus rencores, siendo el saldo favorable a los primeros. Brindo por los que amaron y odiaron porque la vida es de todos los sentimientos posibles, pero deseo que el amor sea su punto de partida para el nuevo año,

No brindo ni por los corruptos, ni por los explotadores, ni por los que se olvidan que la vida es lo primero, ni por los que son causantes de que niños como Alfredo existan en esas condiciones. No brindo por los que

creen que a los 50 se es millonario o la vida no vale la pena, ni tampoco brindo por los que estuvieron más ausentes que presentes en ese sentimiento que se construye en familia cada día o cada fin de semana; tampoco brindo por los que se obsesionaron con un proyecto personal, dado que las obsesiones solo enajenan y van haciendo de la libertad un mito.

Brindo por los que lloraron y sufrieron y sintieron, porque del llanto, del dolor y la fortaleza debe salir una mejor y más solidaria persona; brindo por aquellos que tienen proyecto y lo comparten, dado que los proyectos solitarios sólo crean una felicidad efímera.

Einstein fue una gran científico y nos heredó su ciencia y la sencillez con la que se debe vivir. Gandhi nos enseñó que la libertad se busca con convicción y con respeto por la dignidad humana. Octavio Paz nos enseñó la belleza de las letras, la sabrosa armonía de las palabras, la delicada trascendencia de la sensibilidad humana.

Mi brindis va para que podamos acercarnos un poco a esa sencillez profunda, a esa convicción por la libertad y la dignidad y a esa deliciosa sensibilidad que nos dice que aún seguimos vivos y con sueños. Y también para que podamos ver, a través de esos valores, a los niños que aún en las condiciones que se acercan a la catástrofe, son capaces de demandar una palabra, un libro, un pedazo de atención. Salud!

p.d. Janeth, la instructora comunitaria, tiene un fuerte reto por delante: no dejar que a Alfredo le gane el cebollín. Está tan cerca de esas faenas, que no resultaría raro que en un día de estos el mesabanco donde Alfredo se aferra a las letras, permanezca vacío para todo el ciclo escolar. Ojalá pueda seguir aprendiendo.

Enero del 2000

¿POR DONDE VA A NACER EL NIÑO?

Cuando uno se mete dentro de la madeja de la realidad, y en este caso de la realidad educativa, va encontrándose con hechos insólitos. En páginas anteriores hacía referencia a Andrés, el niño de jornaleros agrícolas que a sus doce años apenas identificaba algunas letras y los números del 1 al 10, pero a pesar de su edad y de estar en primer año, era el alumno más constante que se veía en la escuela peregrina a la que acudía.

En otro momento relatamos la escena donde el padre jornalero agrícola ponía a sus tres hijos frente a él (al estilo paredón) y les decía que sólo uno iría a la escuela, y que además, iría con la condición de que no amarraran un docena menos de cebollín. A pesar de las secuelas que históricamente acarrearía esa acción, los niños tuvieron la entereza para elegir al que ellos consideran era el más listo, y por tanto podía aprovechar mejor las letras. El resto seguiría encontrando su futuro en las cebollas.

Una de las promotoras rurales que conoce a la perfección los puntos de miseria críticos del Valle de Mexicali, contaba admirada una anécdota que está a tono con las dos anteriores.

-“En un tiempo fui con mucha regularidad a un conjunto de colonias donde viven los jornaleros agrícolas. A fuerza de ir, la gente te va conociendo y tomando confianza. Mi trabajo como promotora es diagnosticar las condiciones de vida de las familias y ser un especie de gestor con las instituciones sociales que pueden ayudar a mejorar esas condiciones”.

-“Digo que a fuerza de ir te van saltando la miseria y los problemas que ella conlleva. Así conocí a Angeles, una adolescente de 15 años, morena ella, fuerte, elástica, bien formada de cuerpo y con unos ojos negros de azabache; pelo negro, largo y lacio que le caía en la cintura”.

“Su vida había pasado entre los surcos. Yendo de una parcela a otra y de un valle a otro². En ese trajinar peregrino, pisó un par de escuelas por aquí y por allá, de tal forma que lo más que aprendió fue a leer silabeando.”

“A los 15 años Angeles era una fruta apetitosa para más de un “gallo”. El gallo mentado le cacaraqueó y más pronto que tarde la chamaca estaba embarazada. La panza le fue creciendo de manera paralela a sus

² Una buena cantidad de familias jornaleras agrícolas terminan su trabajo en el Valle de Mexicali por el mes de mayo e inmediatamente emprende el vuelo para los valles de la Trinidad u Ojos Negros. Ahí trabajan hasta octubre, noviembre y luego se regresan a empezar el ciclo nuevamente.

temores. En el octavo mes me la encontré en la única calle del poblado. Al verme me toma de las manos y se agarró llorando. Yo traté de calmarla como pude, diciéndole que no se preocupara, que lo difícil ya había pasado, que sus padres ni la mataron ni la corrieron. –“No, me dice con los ojos llenos de lágrimas- no lloro por eso”. Entonces, ¿por qué lloras? Le contesté. –“Es que... ¡no sé por dónde va a nacer el niño!”.

“Angeles lo había dicho en serio. Bastaría con percibir el tono de su voz y ver su rostro para descubrir que el terror había hecho su puerto de conquista y se enraizaba en los desbordantes grados de ignorancia que tenía esta criatura.”

“¿Le preguntaste a tu madre eso?” . –“Si le pregunté y ella me contestó: “¿Por dónde te lo hicieron, pendeja? “¡Pues por ahí te va a salir!”.

Hasta aquí dejo la voz de la promotora. Cuando le manifiesto mi incredulidad me dice que en efecto así pasó, que nos es fantasía ni mucho menos. En esencia, la realidad es más rebelde y más profunda que cualquier invención. Angeles existe y la pregunta es tan real como el hijo que ya no cabe en su vientre.

La pregunta la retomo para irme al terreno de la educación. Angeles es un recurso para estos casos y de ella seguramente podríamos decir que es uno de esos 43, 44 niños-adolescentes mexicanos de cada 100, que se ven excluidos de la escuela primaria. Se podría cuestionar esta parcial visión de los hechos diciendo que no se necesita entrar a una escuela para saber por dónde nacen los niños, lo cual sería cierto. Muchos pueblos antiguos pudieron vivir sin mayores complejidades sin tener que enviar a sus hijos a la escuela.

Pero lo que si podemos decir a favor de la educación formal, es que adolescentes como Angeles son las menos en las escuelas secundarias y preparatorias. La escuela ayuda, orienta, informa, nos pone las condiciones para por lo menos añorar una vida con mayores expectativas, pero, (ese pero que nunca falta en la sopa), la escuela no determina, no prescribe, no obliga a hacerlo o no hacerlo. Esa es una decisión personal y en el mejor de los casos, familiar.

Cabe plantearse como hipótesis que si Angeles hubiera terminado la primaria y anduviera terminando la secundaria, la seducción por tener un tipo de futuro diferente a través de lo que los libros lograron enseñarle y de las esperanzas que ella misma se fue creando en las escuelas, la hubieran alejado de los peligros que entrañan las relaciones sexuales a tan corta edad, o por lo menos, le hubieran dado elementos para saber que pisaba aguas fangosas. Ahí estriba el papel de las

escuelas en la formación de las personas: dar pautas, construir explicaciones, potenciar los sueños, establecer futuros posibles. Como decíamos, al final de cuentas, la decisión sobre lo que se hace o se deja de hacer, es enteramente personal.

p.d. A propósito del tema, no sé que está pasando en las escuelas universitarias. A pesar de que son las menos, es alarmante el número de muchachas que hoy en día están embarazadas. Como hipótesis arriégome a decir que la cultura mexicana está viviendo una fase de transición muy peligrosa: las relaciones sexuales prematrimoniales son cada vez más comunes, pero esas relaciones no se acompañan de los métodos que impedirían que las jovencitas salieran embarazadas, porque el pudor, la tradición, la religión les prohíbe ser más liberales. ¿Cómo actuar en este tiempo de transición, y por tanto, tiempo de caos?

febrero del 2000

SAVATER, LA EDUCACION Y LAS FRONTERAS DE LA AUTORIDAD

Imagine usted esta escena: cierta madre de familia llega hecha una energúmena a la puerta de la oficina de un director de escuela universitaria. El director muy quitado de la pena “navega” por las novedades del Internet cuando la secretaria le avisa que una “señora quiere hablar con usted”. Pasa la dama en cuestión y le suelta una larga cantaleta sobre los “valores” y la calidad educativa que la escuela le está inculcando a su hijo. El director no acierta a comprender por qué la madre le echa la culpa de que la hija no estudie, de que repruebe y de que los fines de semana se la pase en las discotecas de la localidad e incluso de otras ciudades de la región.

-“Señora, ¿qué quiere que hagamos? Los profesores que le dan clase a su hija regularmente dejan tareas. Si su hija no las hace, seguramente no tendrá manera de pasar los exámenes. ¿de eso tenemos la culpa nosotros”

- “Pues claro, no es poco lo que les pago para que todavía me salgan conque mi hija no va a pasar de semestre.”.

-“Muy bien señora, ¿su hija se queja con usted porque los profesores no le dan clase; no les entiende; le faltan al respeto; no están dispuestos a darle asesorías?”

-“No, de eso no se queja, pero de cualquier manera no estoy dispuesta a seguirles pagando para que mi hija siga perdiendo el tiempo”.

Ante ese argumento tan “contundente” nada se puede decir. Esta breve historia termina con la salida de la escuela porque la madre buscaría una escuela donde si pudiera pasar de año su hija. Evidentemente que por la forma de argumentar, ella nunca se refirió al papel que tienen los padres de familia en la formación de hábitos para la vida. Ella paga y quiere los resultados que suponen debe ser, como si la educación se tratara de ir a comprar jabón al supermercado.

Hay un texto que escribió recientemente el filósofo español Fernando Savater que a juicio personal deja muy en claro los horizontes de esta discusión. Entre las bondades del libro “**el valor de educar**” está el hecho de que lo escribió un filósofo, no un pedagogo. Eso significa tener una visión un poco más amplia y menos tecnicada sobre el campo. La segunda bondad es que el lenguaje de Savater

siempre ha sido accesible. Escribe con un lenguaje llano pero profundo; sencillo pero enormemente reflexivo.

El problema de la formación parece ser un asunto de fronteras. ¿Qué significa ésto? La frontera normalmente se le identifica con un límite. La frontera es la línea divisoria entre lo que se es y lo que no se es. Lo meritorio para los seres humanos es reconocer las fronteras de su quehacer (sea éste individual o de las propias instituciones), porque eso es lo que va definiendo su campo de responsabilidades y de autoridad.

Con este planteamiento, exponemos algunos extractos de la obra de Savater, sobre todo aquella que se refiere al concepto de autoridad, que se liga con la familia y con la escuela.

1ro: golpe a la soberbia: **“Lo primero que transmite la educación a cada uno de los seres pensantes es que no somos únicos. Lo segundo, ciertamente no menos importante, es que no somos los iniciadores de nuestro linaje. El tiempo es nuestro invento más característico, más determinante y también más intimidatorio”.**

2do: golpe al pragmatismo del presente: **“Por vía de la educación no nacemos al mundo sino al tiempo. Quien no tiene tiempo tampoco puede tener presente.”**

3ro: la regla básica de la enseñanza: **“Lo primero para educar a otros es haber vivido antes que ellos, es decir, no el simple haber vivido en general, sino haber vivido antes el conocimiento que desea transmitirse. ...nadie puede librarse de instruir y ser instruido, sea cuales fueren las circunstancias.**

4to: regla de oro de la pedagogía: **El hecho de que cualquiera pueda enseñar algo, no significa que cualquiera sea capaz de enseñar cualquier cosa.**

5to: la línea humanista de la educación: **La propia habilidad de aprender es una muy distinguida capacidad abierta , la más necesaria y humana quizá de todas ellas”**

6to: una regla de trascendencia: **“Según el conocido dictamen de Jaime Balmes, el arte de enseñar a aprender consiste en formar fábricas y no almacenes.**

En ese planteamiento sobre lo que es la educación, y sobre el hecho de que el aprender y el enseñar es una de las cosas más

humanas que existen, Savater cuestiona el papel que la familia está jugando hoy en día en la educación.

7mo: regla de participación familiar en una tarea que no se transfiere, sino que se comparte: **“Ahora que la familia no cubre plenamente su papel socializador, la escuela no sólo no puede efectuar su tarea específica con lo que se le demandaba en el pasado, sino que comienza a ser objeto de nuevas demandas para las cuales no está preparada”**. Venimos arrastrando un déficit que cada vez se hace mayor en el campo de la formación.

7.1 Apéndice de una regla que cuestiona una forma de vida moderna: **“Para que una familia funcione educativamente es imprescindible que alguien en ella se resigne a ser adulto. El padre que no quiere figurar sino como “el mejor amigo de sus hijos”, sirve para poco; y la madre, cuya única vanidad profesional es que la tomen por hermana ligeramente mayor de su hija, tampoco vale mucho más. Sin duda son actitudes psicológicamente comprensibles y la familia se hace con ellas más informal, menos directamente frustrante, más simpática y falible: pero en cambio la formación de la conciencia moral y social de los hijos no sale demasiado bien parada. Y desde luego las instituciones públicas de la comunidad sufren una peligrosa sobrecarga. Cuando menos padres quieren ser los padres, más paternalista se exige que sea el Estado o la escuela”**.

En este campo de indefensión, las crisis morales y valorales en general son recurrentes. La autoridad suele ser cuestionada continuamente, pero cuestionada no desde una nueva propuesta de relación, sino desde la propia **crisis de la pertenencia**.

8vo: regla que pretende ver la paja sólo en el ojo ajeno: **“Se trata, como suele decirse, de una crisis de autoridad en las familias. Pero, ¿qué supone dicha crisis? En primer lugar, una antipatía y recelo no tanto contra el concepto mismo de autoridad (se oyen cada vez más críticas a las instituciones por su falta de autoridad y se reclama históricamente “mano dura”) sino contra la posibilidad de ocuparse personalmente de ella en el ámbito familiar del que se es responsable. En su esencia, la autoridad no consiste en mandar: etimológicamente la palabra proviene de un verbo latino que significa algo así como “ayudar a crecer”. La autoridad de la familia debería servir para ayudar a crecer a los miembros más jóvenes, configurando del modo más afectuoso posible lo que**

en la jerga psicoanalítica llamaremos “principio de realidad”. El principio significa aplazar o temprar la satisfacción de algunos placeres inmediatos en vista del cumplimiento de objetivos recomendables a largo plazo”.

9no: una regla de oro de la naturaleza: **“Los niños, los jóvenes y los propios adultos, son educados para que crezcan mejor, no para que crezcan.... puesto que de todos modos, bien o mal, van a crecer irremediabilmente. Si los padres no ayudan a los hijos con su autoridad amorosa a crecer y prepararse para ser adultos, serán las instituciones públicas las que se vean obligadas a imponerles el principio de realidad, no con afecto sino por la fuerza. Y de este modo sólo se logran envejecidos niños díscolos, no ciudadanos adultos libres”.**

“Si lo más desagradable del principio de realidad es que tiene su origen en el miedo, (...) entonces el objetivo de la educación es aprender a respetar por alegre interés vital lo que comenzamos respetando por una u otra forma de temor”. Desde mi punto de vista aquí esta el principio toral de todo el sentido valoral de las instituciones (sea la Familia, la Escuela, el Estado). El miedo es sólo un principio que tiene que ser prontamente superado por otros principios: entre ellos el amor, el respeto, los afectos, el propio conocimiento científico. El principio del miedo no desaparece, pero si se minimiza como argumento de tal manera que el padre debe olvidarse del cinto y la escuela debe imponerse a través de las letras, la razón, la historia.

P.d. Una regla de oro para el dogmatismo que se va con una gran facilidad a cualquiera de los dos extremos **“...nada resulta pedagógicamente menos aconsejable que las grandes declamaciones virtuosas tipo “todo o nada” lanzadas de vez en cuando por los políticos que no saben que decir y secundadas con morbo por los medios de comunicación. Los maestros deben siempre recordar, aunque lo olviden los demás, que las escuelas sirven para formar gente sensata, no santos. No vaya a ser que por querer hacer a los jóvenes demasiado buenos no les enseñemos a serlo lo suficiente”.** ¡Punto!

julio del 97

El final de un semestre escolar es siempre la avenida del caos. Los profes universitarios nos encontramos atareados calificando exámenes finales, metidos en los cubículos; cerramos puertas; nos olvidamos de platicar con los colegas; las horas se nos van sin piedad ni demora. Mi vecino de pasillo está sacando decimales cuando de pronto llegan Mario, Rosa, Karem, Claudia, a pedir cualquier cosa, siempre y cuando les ayude a mejorar su calificación.

Oscar es más reiterativo en sus peticiones. El maestro le puso un 9 final y él no está de acuerdo, por eso viene a quejarse conmigo. –“Me merezco un 10”, dice lacónico el modesto muchacho.

–“A ver, vamos a ver, ¿en qué te basas para decir que te mereces un 10?”, le pregunto entre intrigado y un poco fatigado por los trajines de cierre de semestre.

–“El me dijo que casi no participaba en clase y sí lo hacía. Me dijo que el video que entregamos al final del semestre no tenía muy buen audio, pero pues nosotros no somos técnicos en eso. Además, el profe faltó mucho y a Claudia, Ramiro y Alejandra si les puso 10, ¿por qué a mi no?”

¿Estos son argumentos?, dije para mis adentros. Desangelado voy con mi amigo Larios, -maestro del Departamento y colega de profesión- y le pregunto: –“ ¿en que ha cambiado la universidad amigo? Vienen a pelearme un 10 porque el profe a otros si se los puso y a él no. ¿Cuándo hicimos eso nosotros en nuestra época de estudiantes?”

–“No lo hicimos, -me dice- y no necesariamente porque haya sido otro época, sino porque los valores que se vivían en los salones de clases eran de otro tipo. Te voy a decir por ejemplo uno: el valor de ser grupo. Para bien o para mal, para hacer movimientos en contra de la dirección o bien para organizar prácticas académicas, o fiestas, o reuniones de estudio, o proyectos colectivos. Ese era un valor importante, no así la competencia individual; el ser el número uno, el tener una buena calificación como fin sin importar los medios. Eso es lo que ha cambiado.”

Eso de querer un 10 como principio, como medio y como fin es de las cosas que más me aterra en los sistemas de educación formal. Casi nunca los estudiantes se preguntan si lo hecho en el semestre corresponde al nivel de sus exigencias numéricas: si leyeron lo suficiente, si escribieron más allá de resúmenes o síntesis, si no se “fusilaron” una investigación o un proyecto ya hecho. Eso no importa, lo

que realmente vale la pena es tener el 10 para la beca, para el mérito escolar, para la medalla....

Quise traer como preámbulo este ejemplo del acontecer cotidiano, para que sirviera de contrapeso a los planteamientos que hace la UNESCO sobre la educación universitaria en el espacio macro. Este organismo también advierte problemas, pero de otra índole, considerados mucho más cruciales para la humanidad que la simple calificación de un estudiante. Digamos que mientras a ellos les corresponde “filosofar” sobre lo que la educación es, ha sido y será, a nosotros, simples profesores de pizarrón y acetatos, nos toca resolver si ponemos o no un 10. ¿Qué dice la UNESCO sobre la educación en los últimos 30 años? Veamos.

LA UNESCO Y LA UNIVERSIDAD

La educación como un sistema socialmente concebido, es un sistema para humanizar al hombre. La cosa se complica cuando revisamos a la universidad en el campo de lo real, porque por muy sistema humanizador, las vicisitudes de convivencia son muchas veces más crudas que como éstas se conciben.

El proceso para humanizar la educación es complicado, pues vivimos en un tiempo de interrogantes. El informe Faure de la UNESCO³, donde se habla de la educación y sus perspectivas a principios de los años 70's señalaba que el vértigo del futuro nos está ganando, y que sería posible descubrir saltos cualitativos en los niveles educación, producción y calidad, pues **“las perspectivas del desarrollo científico son la mismo tiempo excitantes, impresionantes y aterradoras”**⁴, y debe reconocerse que hasta tal punto hemos caminado, que la frase se cumple cabalmente a veintisiete años de distancia. Curiosamente el nombre del informe es precisamente **Aprender a Ser**, pues el equipo de especialistas que participó en su elaboración capta perfectamente que la educación tiene razón de ser en la medida en que es un camino para que el hombre sea él mismo. Por ello, para ese año de 1972, y pensando en los años por venir, se puntualizaba que la educación debía tener también una doble dimensionalidad: **“Debe preparar para los cambios, hacer a los hombres aptos para aceptarles y beneficiarse de ellos... Paralelamente, la educación debe desempeñar el papel de antídoto contra numerosas deformaciones del hombre y de la sociedad, pues una educación democratizada debe poder**

³ FAURE, Edgar, et al; Aprender a ser; 1972

⁴ Ibid, pág. 157

remediar la frustración, la despersonalización y el anonimato en el mundo moderno.⁵”

Para 1996, el informe que la Comisión Delors entrega a la UNESCO, es más profundo, más denunciante, dicho de otra manera: es más desafiante. Las circunstancias de 1972 a 1996 se han modificado. Tenemos más expectativa de vida, pero la brecha de las desigualdades es más ofensiva⁶. **“La educación tiene una doble misión: enseñar la diversidad de la especie humana y contribuir a una toma de conciencia de las semejanzas y la interdependencia entre todos los seres humanos”⁷**. La educación como sistema formal y como proyecto no formal, incluyendo de manera muy significativa a la universidad. **“La forma misma de enseñanza no debe oponerse a ese reconocimiento del otro. El enfrentamiento, mediante el diálogo y el intercambio de argumentos, será uno de los instrumentos necesarios de la educación del siglo XXI”⁸**. La inclusión y la tolerancia, dos argumentos esgrimidos más que como fines, como acciones. La intransigencia nos seguirá polarizando, de ahí que, ante expresiones como éstas, el humanismo y su labor en la universidad sea una urgente necesidad, más que una moda intelectual.

“Más que nunca, la función esencial de la educación es conferir a todos los seres humanos la libertad de pensamiento, de juicio, de sentimientos y de imaginación que necesitan para que sus talentos alcancen la plenitud y seguir siendo artífices, en la medida de lo posible, de su destino”⁹. La educación que se ofrezca en una universidad debe entonces ser capaz de ver por el hombre, por esa primacía de la ética sobre la técnica y sobre la economía. Precisamente porque se reconoce que la educación debe beneficiar no exclusivamente a quien recibe la educación, sino a todos, es por lo que el informe Delors establece que el educando debe ser capaz de aprender a hacer, aprender a aprender, aprender a ser, y además, aprender a vivir juntos.

LA CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE LA EDUCACION

⁵ Ibid, pág. 174. Las palabras en itálica aparecen así en el original.

⁶ Paulo Bifani, consultor de la ONU, hombre inteligente y profundo defensor del Desarrollo Sustentable, ha dicho en un seminario que impartió para el Programa de Educación Ambiental de la UPN, Mexicali, que el grave problema de África y de América Latina es la pobreza. Sólo por citar un dato, dice que para 1994, los países altamente desarrollados tenían un ingreso per cápita de \$17, 000 dls. anuales, en tanto que los países pobres o en vías de desarrollo, apenas alcanzaban los \$283.00 dls anuales, lo que da una brutal diferencia de 60 veces más, o 60 veces menos, según como quiera verse.

⁷ Jacques Delors, “La educación encierra un tesoro”, edic. Unesco, p. 99

⁸ Loc cit

⁹ Ibid, p. 101

Apenas en octubre de este año, la UNESCO llevó a cabo la conferencia mundial sobre la educación superior. El título de la conferencia fue el de “la educación superior en el siglo XXI: visión y acción”. Hasta el momento, lo que se tiene de ese evento son sólo un par de documentos mimeografiados. Sin embargo, por el tipo de información que ahí se discutió, y por los perfiles de la educación superior que generaron, ya en distintas agrupaciones universitarias esos materiales son fuente de discusión. La ANUIES (Asociación Nacionales de Universidades e Institutos de Educación Superior) acaba de tener una reunión de trabajo en Ciudad Juárez, para debatir la información que se presenta en dichos textos.

En síntesis, ¿qué **señala la Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI?**:

- a. Enfrentamos los albores de un nuevo siglo con una demanda de educación superior sin precedentes en la historia educativa del mundo. El número de estudiantes matriculados creció hasta en seis veces de 1960 (13 millones) a 1995 (82 millones).
- b. El proceso de expansión espectacular no ha logrado reducir las brechas entre los países industrialmente desarrollados, los países en desarrollo y en particular los países pobres. Al contrario, las brechas se van volviendo cada vez más grandes, aún a pesar de que se reconoce que el papel del conocimiento en las sociedades futuras, jugará un papel de singular importancia.
- c. Estas circunstancias de empobrecimiento y de establecimiento de brechas, exige la transformación y una renovación radical que jamás haya tenido la educación universitaria, puesto que se va en busca no de los satisfactores económicos, sino “de asumir dimensiones de moralidad y espiritualidad más arraigadas”.

Ante esos problemas, y partiendo de una larga tradición que la propia modernidad ha venido reglamentando, como aquello de las “Declaración Universal de los Derechos Humanos”, el derecho que todos los humanos tenemos a la educación, las conclusiones de un sinnúmero de encuentros internacionales que reivindican la educación para la convivencia y la paz, la conferencia se proclama, entre otras cosas, por:

- a. crear espacios abiertos para la formación superior que propicie el aprendizaje permanente.
- b. Contribuir a comprender, preservar, difundir las culturas nacionales.
- c. Contribuir a proteger y consolidar los valores de la sociedad.

d. Preocuparse seriamente por crear las condiciones de igualdad para el acceso. El fortalecer y promover la participación y el acceso de las mujeres. El planear a mediano y largo plazo para tener una educación superior sustentada en la pertinencia. El reforzar la cooperación con el mundo del trabajo y el análisis y la previsión de las necesidades de la sociedad. El diversificar conocimientos, metodologías y procesos de educación como una medio para reforzar la igualdad de oportunidades. Por supuesto, el concebir métodos educativos innovadores, partiendo de un pensamiento crítico y creativo y poniendo en el centro a los principales protagonistas de la educación superior: el personal docente y los alumnos.

Concluyo la síntesis del texto de la Declaración Mundial. Como se aprecia, no difiere notablemente de los problemas que ya se venían enunciando desde la década de los sesentas. Más bien diríamos que se acentúan. Los posiciones y las directrices convergen en la médula del problema: buscar las maneras de volver más humanos los sistemas de educación. Desde las más altas esferas educativas, hasta la madre de familia que vive en los lugares más apartados y que manda a sus hijos a la escuela de la comunidad más cercana, se hermanan en un principio que recorre profundamente el acto educativo: la esperanza, traducida ésta en los sueños de cada uno: del que planea, hasta del que se sienta en un pupitre a escuchar una vieja cátedra de un profesor.

A pesar del ejemplo que poníamos en el preámbulo de este escrito, debemos, tenemos, queremos reconocer que los sistemas educativos en plena crisis se están reconstituyendo de esperanzas, dado que las grandes líneas de lo que debe ser la educación para el siglo XXI, está creando una nueva cultura en la forma de hacer educación. Los grupos, los intelectuales, los centros donde se piensa y donde se hace educación no están satisfechos. Eso es un buen síntoma, porque como diría el buen Quijote: los árboles nos miran Sancho, señal de que vamos caminando.

p.d. La educación universitaria da visos de mostrarse como aquello que hace muchos años escribió Platón en la época de oro del pensamiento griego: “la finalidad de la educación es conquistar al mundo de las ideas, es decir, acercarse a la perfección y al vivir bien”. Veinticuatro o veinticinco siglos después, no pretendemos conquistar al mundo de las ideas para llegar al ser supremo; nos basta con conquistar, desde las relaciones de la universidad, la porción de tolerancia y de dignidad que nos corresponde, para, parafraseando otra vez a Platón, dar al cuerpo y al alma, toda la perfección de que son capaces. Sólo es cuestión de sincronizar lo que pasa en el aula con lo que escriben los intelectuales

de la educación. Fácil para un profesor. Bueno, fácil fácil no está, pero....

Junio de 1999

DE PROFESORES Y DE ACCIONES

Tiene usted razón, en esta historia caben muchas percepciones. Por ejemplo, podríamos referirnos a aquella del maestro Dionicio, tan peculiar y tan reprobable. Cuando llegaba a su final el semestre, veladamente le decía a aquellos muchachos que andaban con bajas calificaciones que tenía que hacer un viaje al extranjero, y que su auto no estaba en las mejores condiciones. Casi siempre los jóvenes caían en el garlito y cuando mal le iba a Dionicio le prestaban un carro. En sus mejores tiempos llegó a conseguir motor nuevo para su auto y hasta una casa a todo lujo para algunos fines de semana. Sin embargo, toda acción tiene un límite y apenas hace algunas semanas un grupo demandó ante la dirección las peticiones de este “recaudador moderno” e inmediatamente lo pusieron de “patitas en la calle”.

También pudiéramos mencionar a la maestra Salvatierra, aquella que le daba una pereza enorme preparar sus clases, de tal forma que a los veinte minutos de estar en el salón, ya no sabía que preguntar, que decir, que aportar, y entonces abortaba sus clases ante el desconcierto de los estudiantes. En cierta ocasión me tocó de manera providencial estar en un salón contiguo a donde daba una clase sobre un tipo de insectos del desierto. Me llamó la atención porque los primeros quince minutos estuvieron hablando de la última actuación del seleccionado nacional de fútbol (es decir, de nada que tuviera que ver con los insectos). Por fin decidió entrarle al tema diciendo algunos puntos bastantes generales sobre éstos (que si son chicos, que si vuelan, que si son invertebrados, etc.). Total, pasaron diez minutos de eso y por primera vez preguntó si había dudas. ¡Por supuesto que no las había! Como pudo, habló cinco minutos más sobre el calor del desierto y presiento que para ese momento los veinte minutos que le restaban de la clase se le hacían eternos. Por segunda ocasión preguntó si había dudas, aunque su voz sonaba un poco más aprehensiva. Nuevamente un silencio acompañó su petición. Ya entrada en la desesperación utilizó cinco minutos más para las amenazas. *“Que si no les interesa la clase. Que si van a reprobare. Que todo eso va a venir en el examen y que ellos ni se preocupan por anotar lo que dice. Que si se vienen durmiendo porque se la pasan de fiesta en fiesta los fines de semana”*. El grupo permanecía entre incrédulo e impertérrito. Total, cuando la maestra Salvatierra no encontró más reproches en su bolsa de gises, decidió dar por terminada la infortunada sesión.

Pero qué le parece si traemos a esta reflexión el caso del maestro Nicandro. Ese si que vale la pena tomarlo como bandera. El señor emocionaba a sus alumnos de tal manera en torno a los viajes de

estudio a la historia del estado o del país, que con meses de anticipación los muchachos tomaban mapas y libros en manos, y viajaban emocionalmente decenas de veces antes de que su cuerpo tocara aquellas geografías. Nicandro era un motivador nato, pero toda la energía le venía de su amor por lo que hacía y del gran conocimiento que tenía de la cultura de su país. Recuerdo que la primera vez que organizó un viaje la muchachada lo asoció automáticamente a la pachanga y a la convivencia social. Pero cuando vieron el material y las actividades que les proporcionó el maestro a cada uno de los interesados, sus paradigmas sobre los viajes se empezaron a mover entre las dudas. Cuando llevaron a efecto la tarea y regresaron de las cadenciosas serranías de la península, no tuvieron menos que admitir que sus visiones sobre la historia y sobre la vida ya no serían la misma a partir de aquellas aventuras.

Cuando hablamos de esto tampoco se me olvida el caso del Maestro Contreras. ¡Ese sí que era todo un caso! El señor gozaba buscando las más difíciles ecuaciones en las que él mismo tardaba hasta cuatro o cinco horas en resolverlas, y pretendía que sus alumnos lo hicieran en un examen de dos horas. El aludido era terrible. Cuando los muchachos lo buscaban afanosamente en su cubículo para que les diera asesorías, tenían que hacerlo en horas que no fueran de los teledramones de Verónica Castro o de cualquier actriz mexicana, porque el mentado se encerraba a piedra y lodo y encendía su televisión portátil para no perderse capítulo alguno. No contento con ello, Contreras se identificaba con los papeles de moda y los asumía en el salón de clases. Recuerdo perfectamente como la figura de Catalina Creel, (aquella famosa villana de los ochentas) fue su bandera por más de dos semestres. Los muchachos lo conocían con el mote de “Contreras Creel”, porque veía copiones donde no había; enredaba las relaciones de las parejas inyectándoles celos fantasmales; hacía palidecer a los alumnos con altos promedios poniéndoles los más complicados ejercicios. En fin, “Contreras Creel” tuvo que abandonar la escuela porque ya había acumulado muchos resabios.

Un caso que resulta particularmente relevante es el de la maestra Aguirre. Cuando los alumnos van a buscar sus hojas de cursar materias y no la ven como una de sus maestras, forman largas procesiones en la dirección solicitándola para alguno de sus cursos. Alguna vez le pregunté a un grupo que por qué la buscaban con ahínco y la respuesta me dejó atónito. -***“La maestra Aguirre es la señora de lo inesperado. Clase a clase nos deslumbra con alguna nueva dinámica o con un ejercicio diferente. Sus respuestas y su motivación nos hace que nos esforcemos con alegría. Nos hace leer***

pero siempre los artículos tienen un sentido para ella y para nosotros. Además, con la maestra Aguirre se puede platicar, se puede cuestionar, se puede negociar”.

El caso del maestro Tomás también es notable. No se ha acabado el semestre cuando ya está armando los contenidos del siguiente. Es un obsesivo ratón de biblioteca y cuando descubrió el mundo ilimitado de las redes de información, se metió hasta lo hondo. Los compañeros dicen que no saben cómo le rinde el tiempo para tanto, porque siempre le ha dado por tener bastantes grupos con diferentes materias. Tomás no se pierde eventos que tengan que ver con las materias que imparte; de ahí se derivan sus grandes dificultades para el trabajo en el salón, puesto que quiere meter todo en un mismo recipiente, ocasionando un abultado programa, inalcanzable e irrealizable.

La maestra Oropeza también es un caso que se cocina aparte. Sus clases no son otra cosa que una sucesión interminable de conferencias tras conferencias. Normalmente el administrador le programa dos horas seguidas, y ella alegremente “agarra monte”. Los alumnos dicen que por más que el tema sea atractivo, de vanguardia o central para su formación, a los veinte minutos de estar hablando Oropeza, las neuronas se van alejando del pizarrón y de los sonidos que se emiten en un mismo plano y sin variar los decibeles, de tal manera que a la media hora, sólo el más temerario (el más “near” dicen los muchachos) es el único que soporta estóicamente la andanada verbal que no pocas veces se prolonga hasta después de sonar el timbre salvador.

Me gusta el estilo de Pepe Figueroa; tiene algo de actor y de apasionamiento. El puede ser conferencista, pero de un tipo distinto al de Oropeza. Casi siempre plantea problemas que exigen relaciones, pero conduce de tal manera las mecánicas de trabajo que normalmente los alumnos quedan satisfechos y despiertos. Figueroa sabe conciliar a la perfección el conocimiento y las relaciones. Siempre le dice a sus colegas de pasillo que el conocimiento puede convertirse en el más dulce de las mieles, o en el más amargo de los tónicos; “depende de cómo se dicen las cosas. El estudiante promedio, esto es, el que viene a la escuela buscando su futuro, normalmente tiene una carga motivacional que le hace caminar para delante. Lo único que tiene que hacer uno es acercarles la medicina dulce, para que le agarren sabor y la sigan tomando por su cuenta. De veras que no es difícil, ni es cuestión de gran sabiduría, todo está en reconocer los futuros de las personas”.

Yo no se si eso de la medicina sea una metáfora , el caso es que Pepe Figueroa es un docente triunfador, y sus estudiantes no sólo lo quieren, sino que también aprenden.

Las formas del profesor Vasconcelos son dignas de comentarse. Lo menos que le dicen los alumnos avanzado de historia es la expresión: “lástima de apellido”. En los últimos años no he conocido a un maestro que tenga su potencial. Estupendo comunicador; gran lector; excelente escritor de artículos y ensayos; espléndido en el arte de variar estímulos en el salón de clases....pero...chantajista, manipulador de grupos, parcial hasta el exceso, descalificador apriori.. ”nombre, ni le hagas la lucha, tu no vas a pasar el semestre....hombre, si nomás con verte a la cara se ve que la vida te quedó a deber las neuronas”. Esa expresión de Vasconcelos que la dice a determinado estudiante al inicio del semestre, fotografía plenamente su conciencia. Con catorde años en la palestra educativa, Vasconcelos cada vez se envuelve más en sus intrigas y preferencias, olvidándose de poner en juego sus múltiples y esplendorosas capacidades.

Recuerdo una última historia, la de la maestra Guerrero. Muchos autores dicen que el aprendizaje significativo es aquel que trasciende el aula para manifestarse pleno en la realidad. También dicen que se detona por las relaciones de afecto, amor y pasión por el conocimiento. Creo que la maestra Guerrero era apasionada, afectuosa y rebasaba a las aulas llevando a sus alumnos a conocer parte del mundo urbano, rural, pesquero, etc. En los pasillos de la administración se le conocía como “la mil usos”, porque igual agarraba una materia de corte y confección que una de física, aunque no tuvieran que ver entre ambas. Ella le entraba de emergente; cubría ausencias; le atoraba a las materias feas, a las bonitas, a las centrales, a las periféricas...a lo que fuera. El resultado era desastroso. Si el tema era sobre la economía de mercado, empezaba hablando de los insumos y a los diez minutos ya iba en el relato de la última película de Steven Spielberg. Si en otro sentido, la clase era sobre el papel de los romanos en la historia universal, daba una rapidísima biografía de Julio César y como flecha explicaba con vehemencia la actuación de Sandra Bullock en alguna de sus emocionantes aventuras del asfalto.

El asunto es que la maestra Guerrero demostraba constantemente que no todo es buena fé, amor y afecto; falta también entenderse con los que administran y pagan sus servicios para que le definan el rumbo de sus talentos.

Lo decíamos al inicio. En esta historia caben muchas percepciones, tantas como la vastedad de las ideas; tantas y tan contradictorias como las formas en las que se aprende y se crece. Sin embargo, en el ser docente, las acciones tienen una intención y las palabras un efecto. Establecer relaciones que hagan del conocimiento un vaiven atractivo es cosa complicada. Se requiere de pensar con tino y de ejecutar con razón y sentimiento.

p.d. Dionicio, Nicandro, las maestras Aguirre, Salvatierra y el resto, forman un complejo de manifestaciones del acto docente. En el interjuego de sus acciones van prensados los conocimientos, las actitudes, su historial académico. Inmanente al trabajo en el aula queda hacer las cosas pensando en nosotros y en los otros. Reconocernos para entendernos y para darnos. Actuar con la responsabilidad, con el sentido de justicia y con las intuiciones que ameritan los espacios educativos. No hay mucho porque darle la vuelta a la tortilla, simplemente hay que percibirla en su justa dimensión para saber que las cosas pueden ir por la ruta adecuada.

julio del 96

“¿LISTO PARA QUE ME PONGA MI DIEZ?”

Así se expresó Angélica, una alumna de profesional, en la víspera de los exámenes finales. Dentro de toda la cotidianidad que tiene la frase, no deja de llamarme la atención, porque es la expresión típica de un alumno que centra gran parte de su aprendizaje en la calificación.

No se que tiene de embrujo la evaluación en los procesos de trabajo en el aula. Cuando se llegan los exámenes finales, la rutina en las escuelas cambia de sobremanera. El ambiente se vuelve denso; en los pasillos los tenis se arrastran invadidos por el temor y la esperanza; los ojos de los muchachos le dan cabida al desvelo, al hastío, a la desventura; el stress llega primero a los cuerpos y después a las conciencias, lo hace con tal fuerza que los dolores de cabeza, la gripe y las alergias rondan como sombras en sinfonía por todos los salones. Todo ese cuadro de inusualidad es lo que viste la finalización del semestre en todas y cada una de las escuelas profesionales de las universidades.

Lo terrible de esos momentos no es “esa nube de enfermedades” en los estudiantes. Ellos y nosotros nos enfermamos pero cada uno a su manera. Para un docente que se asuma como equilibrado, el peor momento del proceso de enseñanza-aprendizaje es el periodo de evaluación. A nosotros nos puede gustar enormemente convivir con los alumnos; preparar un material novedoso para desarrollar un tema y sorprender a los muchachos; llevarlos a una práctica a una empresa, a una comunidad o a ver como el sol le hace una agujero al mar al caer la tarde; encender una fogata en la montaña o en el desierto y acompañar a ésta con una guitarra y con una buena charla informal sobre las zonas semiáridas del país.

Los estudiantes se deleitan con este tipo de expresiones. La lumbre de la fogata va perforando su memoria para depositar en ella un contenido valioso. La maquinaria de la empresa y su forma de organización los hace imaginarse dentro de pocos años, ocupando él o ella algún puesto de importancia en ese espacio. El maestro que llega el día de hoy con una nueva dinámica o una técnica distinta para enseñarles el difícil arte de pensar los problemas abstractos, los vuelven aprehensivos, cooperadores, participativos. La comunidad les enseña a ambos (maestro y estudiante) que la realidad se compone de diversas pasiones y que para planear, tomar decisiones e inventar el mañana hace falta pensar en el viejo campesino, en el obrero desempleado, en la madre que manda a sus hijos a la escuela y después va a ayudarle a su viejo en la pizca de tomate.

Si asumimos que buena parte de la educación es así (bueno pues, debe ser), ¿por qué tantos corazones rotos, corajes profundos e ilusiones que se van al cesto de la basura cuando llega la hora en que la institución pide los famosos números finales?

La pregunta tiene distintos matices. Para abordarla, pudiéramos problematizar un poco sobre una serie de caracterizaciones de alumnos tipo, en este tiempo de las evaluaciones finales.

a. El caso de Favio del Angel. La charla se suscita en un cubículo determinado. La alumna Sara está inconsolable. El maestro Favio del Angel la reprobó en Trigonometría Aplicada. Busca las razones en el llanto desconsolado y expresa lo siguiente:

-”Me reprobó el maestro”.

-”¿Cómo que te reprobó Sara, no serías tú la que te reprobaste sola?”, -le digo tratando de defender lo indefendible, porque ciertamente la negligencia de Favio del Angel la reprobó.

-”¿Cómo cree maestro?, usted me conoce. Llevo cinco semestres en la escuela y nunca me he sacado un 8. En esta materia llevaba 8.9 de promedio y estoy segura que en el examen final me fue bien. Estudié mucho, pero según este viejo (refiriéndose a Favio del Angel), me saqué un tres, pero nunca me quiso enseñar el examen”. ¿Por qué no me lo quiere enseñar? ¿Por qué Tere y Lorena si pasaron si ellas llevaban un promedio de 4? Estoy segura que si pasé (el llanto se volvió a desbordar, pero ahora de impotencia), y con esto voy a perder hasta la beca. No es justo maestro”.

Cierto, no es justo. Efectivamente el historial de Sara nos dice que ha sido una estudiante dedicada y disciplinada. Su promedio de calificación hasta antes de encontrarse con “Favio del Diablo” era de 9.6. ¿En dónde estaba este tipo cuando le dio zancadilla a esta muchacha?

b. Actuación para el premio a la mejor actriz. Esther se acercaba sigilosa al cubículo del maestro Oscar. Este señor tiene fama de ser más duro que las fórmulas químicas que enseña en el laboratorio, pero ella estaba dispuesta a hacerle la lucha. Llega al cubículo, ve la puerta abierta y se atreve a entrar, no sin antes poner en su cara la expresión de la mayor tragedia del mundo.

-’¿Qué me saqué en el examen final, maestro Oscar?”

-**"No la hiciste, reprobaste"**, -dijo el profesor apenas levantando el rostro de la lista de calificaciones que está llenando.

-**"¿Cómo que no la hice maestro, pues qué me saque en el examen?"**

-**"Déjame ver"** -.pausa para buscar entre una montaña de papeles. Finalmente lo encuentra y le dice: -**"te sacaste un 2.37 y ocupabas un 8.76** (nótese la precisión matemática del juego pedagógico del maestro). **Estás muy lejos del mínimo"**.

A Esther se le empieza a cambiar el rostro. De la imagen de sorpresa pasa a una cara de necesidad y de sufrimiento atroz. Para ablandar al "duro de convencer", le habla, le ruega, le suplica, le pinta un cuadro donde su madre la va a correr de la casa y su padre la va a casar con el primero que se encuentre en la calle. Las lágrimas desfilan por sus mejillas para darle un toque de drama a la actuación. La muchacha se hinca, casi le besa las manos al profesor; está dispuesta a todo pero nada de lo que dice causa efecto; el 2.37 no se mueve ni un ápice. Termina el trance. El maestro Roca, amigo y compañero de cubículo se encuentra a Esther que va saliendo del edificio. La muchacha se va limpiando las lágrimas al tiempo que va diciendo:

-**"Viejo baboso cara de piedra, no lo pude convencer, por más que le lloré y que le dije que se moriría mi madre, me mandó a extraordinario....Ni modo** (nótese la frase de resignación) **ahora si voy a tener que ponerme a estudiar"**.

c. La enésima reprobada....ya ni duele. Pedro es un alumno que se ha acostumbrado a llegar a los finales para reprobado cuando menos cuatro de siete materias. -**"Estoy bateando más de 500"**, le dice a sus amigos como si fuera un gran jugador de beisbol. Los maestros se han acostumbrado a verlo poco en los salones; a percibir como no cumple con las tareas; a verlo como hace la ley del mínimo esfuerzo. Pedro aprovecha a la perfección la analogía que se hace de las carreras universitarias, al decir que éstas son como un tubo elástico: hay alumnos que pasan sin tocar sus paredes, pero existen otros como Pedro que lo estiran hasta el máximo posible. De cualquier manera el muchacho no tiene prisa. Cada que algún amigo lo cuestiona por sus flojeras les dice: -**"No hay prisa carnal, voy lento pero seguro. El futuro me espera y mientras no venga por mí, yo voy por él pero paso a pasito"**.

d. Una estrellita para el notablemente competitivo. Adrián es el reverso de la moneda a Pedro, pero también se convierte en un dolor

de cabeza para los maestros normales, sobre todo por sus actitudes perfeccionistas y demandantes. El joven busca con un afán desmedido los dieces. Desde el jardín de niños lo acostumbraron a ser un “triunfador” y para él un nueve es un fracaso. Cuando un maestro tiene la osadía de ponerle menos de diez, va y le busca en su cubículo, en la oficina, en la calle, en su casa, donde sea, con tal de lograr su objetivo.

-”Pero maestra, yo me merezco el diez, ¿qué no acaso hice todas las tareas? ¿Qué no acaso expuse? ¿Qué no acaso fui con todo el grupo a la práctica de campo? ¿Qué no acaso falté solamente una o dos veces en el semestre?”

-”Estaba esperando que me dijeras: “qué no acaso aprendí su materia, puedo usar el conocimiento, aprendí a como plantear y solucionar problemas”, pero parece que eso nunca han sido tus argumentos para pelear una calificación, Adrián”.

Así le respondió la maestra Rosalba. Él seguía insistiendo con sus propios argumentos, pero por lo menos en ese, ella estaba muy bien plantada en sus razonamientos como para acceder a los caprichos del alumno altamente competitivo.

Casi de despedida Adrian todavía tuvo el arrojo de decir: ***“de aquí en adelante ya no voy a hacer trabajos de más, ni voy a participar en el salón de clases, y a lo mejor no voy a una práctica de campo, no tiene caso, si no van a ponerme puntos por eso, ¿para que lo hago?”.***

Hay muchos ejemplos más sobre esta parte álgida de la educación universitaria (el problema no es exclusivo de las universidades, pero a ellas nos estamos refiriendo en este escrito), pero en todos hay constantes que no embonan con una pedagogía del gusto por lo que se hace. Pocas veces un estudiante llega en estos periodos con el maestro para discutir conocimientos, no calificaciones. Normalmente no se valora lo que se aprende, sino que se valora el número que aparece en una boleta, independientemente de que el mismo corresponda o no al grado de apropiación de un conocimiento determinado.

La maestra Rosa María Romero, coordinadora de un programa de maestría en la región, estuvo impartiendo en semanas pasadas un curso a un grupo de maestros universitarios sobre problemáticas en el aula. En síntesis, decía que uno de los problemas más graves en la educación es que se trabaja mucho más en los procesos de los contenidos y en los procesos de la evaluación (numérica, cuantitativa y

no cualitativa) que en los procesos de las emociones y los sentimientos. Una buena parte del origen de esos momentos crueles tanto para los alumnos como para los docentes es precisamente todo ese complejo sistema de acreditación que premia el número por encima de la razón, la competencia por encima de la colaboración y el estrellato individual por encima de la trascendencia.

Es difícil romper con las inercias de la tradición, de eso no hay duda, pero no podemos seguir sufriendo con estos avatares de la vida porque no somos capaces de introyectar en nuestras conciencias la política del árbol de manzanas: el alumno sacude el árbol con violencia y a veces lo mutila para alcanzar la manzana, pero no hizo nada por abonar la tierra, por regar la planta. Por qué es tan difícil hacer entender que la apropiación es un proceso que va volviendo sistemáticamente madura a la manzana, de tal manera que cuando llega el momento de cortarla, no es necesario sacudir, cortar o subir por ella, solita va a desprenderse del árbol.

-“Nosotros preferimos al maestro Fernando que a la maestra Rodriguez”, me dijeron hace poco un grupito de estudiantes”.

-”***¿Por qué?***, les pregunté ingenuamente,

-“Porque con aquel maestro si hay buenas calificaciones”.....quisiera pensar que las buenas calificaciones se cosechan después de un curso plétórico de creatividad, imaginación, trabajo, esfuerzo, compromiso y crecimiento...., como era posible que me llevara un desengaño, ya no les quise preguntar más...

p.d. El profe Arturo estaba consternado. Hace días me preguntó que si qué estaba pasando con los estudiantes universitarios. ¿Por qué?, le pregunté. -“Fíjate -me dice- resulta que iba yo por la Av. Colón rumbo a Calxico. Me acompañaba mi hija de nueve años. De pronto, veo por el retrovisor que viene un carro y cada vez se me acerca más. Cuando ya estoy a su alcance, se me empareja y empieza a zigzaguear. Lo primero que pensé es que era un narco o un judicial y que me estaban confundiendo con alguno de ellos. Pronto salí de mi azoro. Una muchacha que iba de copiloto y que identifique como alumna mía de la clase de macroeconomía, saca un cartelón al estilo de los partidos de fútbol en el que se leía: -“maestro, no sea gacho, con un siete me conformo”. Le expliqué a mi hija de que se trataba y sólo atino a decirme: -“¿Así se portan los estudiantes de la universidad?”

EL CHATITO Y LOS ALBORES DE UNA LARGA TRADICION

Victor Hugo Garante Rivas, mejor conocido en los barrios de la Pueblo Nuevo como “el Chatito”, tenía días en los que las manos le sudaban sin control. De pronto se veía ansioso, distraído, platicaba sólo, mumuraba cosas. La razón es que el muchacho había sido invitado por un amigo suyo a que diera clases en una de las muchas carreras que hay en la universidad. Ciertamente es que siempre le gustó eso del estudio, pero también es claro que de ser alumno a ser maestro, él percibía una diametral diferencia. Las clases empezarían la próxima semana, y conforme se acercaba la fecha en la que regresaría a un salón de clases con una nueva función, la ansiedad crecía.

El Chatito siempre tuvo en Don Alejo Casasgrandes un confesor para esos momentos difíciles. Como es sabido por otras crónicas, Don Alejo era vecino del muchacho. Tenía su casa justo frente a la línea internacional que nos divide con Calexico. El hombre era sabio no por sus lecturas, sino por su sensibilidad para vivir la vida. Igual hablaba de la familia, que del trabajo, la educación, o de la muerte. El muchacho recién concluía un curso de inducción para nuevos maestros que daba la escuela, cuando decidió que era un momento oportuno para escuchar a Don Alejo.

El hombre viejo se encontraba como cada tarde sentado bajo la sombra de su pino salado. Había terminado ya la faena y veía hacia el horizonte al tiempo que ingería la cerveza de sus preferencias.

-“¿Qué tal don Alejo, cómo le va?”

-“Aquí Chatito, ¿qué novedades me traes? ¿Estás ya listo para ser todo un maestro de universidad?”

- *De eso precisamente quería hablarle Don Alejo. Ya ve que fui a tomar un curso donde le dan a uno algunas orientaciones para trabajar en el salón. Pero fíjese que hoy el instructor nos decía que en esa escuela hay dos tipos de profesores: los duros y los blandos. Decía que hay algo así como una creencia por parte de los profesores a pensar que los duros hacen que efectivamente los estudiantes aprendan, en tanto que los blandos, son más bien maestros “barcos”, o sea, de esos que no exigen y que de todas maneras le ponen dieces a los estudiantes. A mí eso me desconcierta, porque de bien a bien, yo no se por cuál partido debo optar.”*

- “Pues si tú no sabes, que vas a ser profe Chatito, imagínate si voy a saber yo, que soy un viejo iletrado”.

- *“Vamos Don Alejo, deje la modestia para el que no le conoce. Usted ya me ha sacado de varias, y me parece que de esta también me va a sacar”.*

Don Alejo se levanta, se recarga en el pino salado, y cual buen socrático –a pesar de no haber leído diálogo alguno- empieza a preguntar en voz alta .

- *“A ver Chatito, en esa escuela hay dos tipos de maestros, los duros y los blandos. ¿no es cierto?”.*
- *Si, eso mismo fue lo que dijo el instructor.”*
- *“Bien, y los duros, por lo que me dijiste que los estudiantes aprenden, se consideran como los buenos; por tanto, con los blandos no aprenden y entonces esos son los malos. ¿Así es? –El Chatito asiente sin convicción- Entonces, está fácil muchacho, tienes que entrar al bando de los duros.”*
- *–“Perdóneme Don Alejo, pero no creo que sea tan fácil, porque primero de bien a bien no se cómo pueda definirse un maestro duro, porque por ejemplo, si ser maestro duro es acercarse a enseñar a través del terror y la amenaza, entonces no estoy dispuesto. Además, creo que el problema fundamental en todo caso es determinar cómo aprenden los alumnos”.*
- *–“Muy bien Chatito, eres inteligente porque saliste de la primera trampa. Mira, yo no sé de maestros pero si he vivido lo suficiente como para saber de padres y de hijos. Voy a tratar de hacer una comparación entre unos y otros sólo para saber si eso mismo se puede aplicar a los profesores y a los alumnos.”*

El hombre hace una pausa, toma un trago de cerveza, se sienta y con una vara en la mano hace trazos en la tierra sin orden determinado.

–“Mi compadre Teófilo alguna vez dijo que lo importante no es que los hijos crecieran, porque de cualquier forma, con o sin ayuda, van a crecer, sino que debían crecer bien¹⁰. Para que crezcan bien requieren de la ayuda de los padres, de la familia, de los profesores.”

–Déjeme entenderle Don Alejo, –dijo un poco excitado el maestro en ciernes- lo importante no es que el alumno aprenda, de cualquier manera, con o sin maestro va a aprender, sino que el chiste está en que nosotros debemos ayudarlo a que aprenda bien, ¿cierto?

¹⁰ * Esta idea de crecer bien la maneja Fernando Savater en su obra “El valor de educar”, a propósito de la importante tarea que tiene la educación en la formación de los humanos, y específicamente referida al papel que tanto a padres de familia como a maestros les toca jugar.

-“Lo dices tú, no yo, Chatito. El compadre Teófilo entendía que crecer bien era que sus hijos fueran respetuosos, que estudiaran, que sintieran devoción y orgullo por él y por su madre, y algo muy importante: que les tuvieran un enorme amor a la vida, al mundo y a las personas que les rodean.”

-Espéreme un poco, –el muchacho agarra otra vara y hace también algunos garabatos en la tierra- aprender bien para un muchacho de universidad significa que sea responsable y disciplinado, inteligente para resolver problemas, para entender lo que lee y para escribir sus ideas, pero quizá y sobre todo, el estudiante universitario debe tener un profundo amor por su profesión para entender que con ella va a ser un mejor ciudadano y de una u otra manera, ello le ayudará a construir una mejor sociedad”.

-“Yo no podría haberlo dicho tan bonito muchacho, pero déjame seguir con mi compadre Teófilo. Te podrás dar cuenta que mi compadre era casi sabio. El decía mucho que quería que sus hijos crecieran bien y tenía claro que significaba eso. Como nadie nace sabiendo ser padre, Teófilo volteaba hacia los lados para ver, más que el comportamiento de los padres, cómo actuaban los muchachos grandes. A partir de ello, entonces sí hacía sus juicios sobre los padres. El me comentaba bajo la sombra de este árbol en el que estamos tú y yo platicando, que un muchacho serio, violento, mustio, por lo general tenía un padre muy duro, que lo había educado a base de golpes. Un muchacho relajiento, sin responsabilidades, medio vago, había tenido un padre muy blando, que lo dejaba hacer cuantas cosas se le pegara la gana, sin que el chamaco tuviera gobierno alguno. Si te das cuenta, en ninguno de los dos casos estaban ayudando al hijo a crecer bien..., bueno, al menos eso creo yo”.

-“Creo advertir algo Don Alejo: un profesor duro, entendiendo que duro es ser inflexible, tener el poder y casi ser despiadado, puede traer como consecuencia a un alumno desmotivado, inseguro, dependiente de las órdenes del profe y hasta violento cuando salga a ejercer. Por otra parte, un maestro blando puede generar alumnos indisciplinados, poco sistemáticos, superficiales y con un talento escasamente desarrollado. O sea, que en ninguno de los dos casos estaríamos ayudando a que el alumno aprendiera bien”.

-“Es posible Chatito. Lo que yo le aprendí al compadre Teófilo sobre este asunto del tratar a los hijos es que un padre golpeador, duro, seco, de esos que no se muestran ni se sienten orgullosos por los logros de los hijos, que no les ayudan a ir a la escuela, que quieren arreglar todo a base de gritos y de cintarazos, de ninguna manera están formando hombres de bien. Si algo tenía el compa Teófilo es que amaba a los hijos,

lo cual significaba que también amaba el ser padre, y eso se veía muy clarito. Los llevaba al campo, jugaba con ellos beisbol, les hacía de comer de vez en vez, los sentaba en sus piernas y les acariciaba la espalda, les exigía disciplina, entrega y responsabilidad, pero siempre bajo la sombra del afecto. Con todo esto Chatito, yo no se nombrar lo que era mi compadre, o quizá lo que soy yo mismo, pero creo que ni duro ni blando, o sea, ni golpeador ni desatendido. Por eso me extraña que ese profesor que te dió el curso diga que hay esos maestros”.

-“¡Válgame! Querer a los estudiantes es querer a la docencia. Y querer significa escuchar, dialogar, acercarse y compartir. El profe duro no se acerca y el blando no se compromete. El primero no dialoga y el segundo no forma. Si para aprender hace falta más que una clase bien ordenada, el primero no da más y el segundo no la prepara. El duro es vertical e intransigente, el blando no tiene planos.”

-“¿Qué cosas dices Chatito? Ya no te entiendo con tanto palabrería”.

-“Cómo no me va a entender Don Alejo, si usted es el que me hace decir esas palabras. No se puede educar a los alumnos desde esas dos referencias. Si quiero que los alumnos aprendan bien, debo de ser un profe diferente a esos dos, ¿y sabe qué? Por lo menos le prometo que voy a intentarlo”.

-“Si te creo que lo intentes, aunque me quedo con la duda de saber por qué los profes duros son duros; qué no se darán cuenta, los que son padres de familia, que esa no es la mejor forma de educar a los hijos. Hombre, si no educas con amor, entonces no educas¹¹”.

-“A que Don Alejo, cómo quisiera llevarlo a que usted le diera clase a los profes”.

-“¡Cállate muchacho! Yo que voy a saber de tantas complicaciones. Déjame aquí con mi caballo, con mis frutitas, con mi carreta y con mis nietos, que ya con eso tengo más que suficiente para bien morir”.

El maestro en ciernes se fue a su casa a repasar las ideas de Don Alejo. Próximo a su primera experiencia en un aula universitaria, por lo menos sabía que ninguno de los dos extremos era bueno.

p.d. Aborda el diálogo de Don Alejo los asuntos centrales de lo que significa abrir la puerta y participar en un proceso formativo de las personas, sean estos niños, adolescentes o adultos: educar en valores; formar integralmente a los sujetos; tomar conciencia de lo que se es y de lo que se hace como docente; fundamentar la práctica docente en la necesidad de incorporar dos valores que van más allá del aula: la

¹¹ Existe una larga tradición en la historia de la pedagogía que revalida esta frase de educar con amor. El cultivo del alma de los griegos; el Emilio de Rousseau; la mamá Gertrudis de Pestalozzi, entre otras.

tolerancia y la dignidad de los humanos. En el fondo, lo que se dice es que el conocimiento nunca es suficiente para ser profesor universitario, tanto las habilidades como las actitudes juegan un papel relevante en la docencia

Mayo de 1998

LAS TAREAS QUE NOS CORRESPONDEN

A MANERA DE SIMPLE INTRODUCCION TECNICA:

Voy a escribir de Muñoz Izquierdo, de las políticas educativas, de los números y los sexenios, de los maestros y el Estado, de la universidad crítica y creadora, del T.L.C. y de otras cosas, de la manera como sigue. Advierto que no es una forma muy ortodoxa; también reconozco que me alejo de la síntesis y quizá de las formas cómo se abordan los problemas. Me atengo a la divergencia del pensamiento de los hombres; me escudo también en una tendencia literaria hacia la anécdota que se inventa o recrea a partir de las relaciones en el aula. Para mi las formas caben en el fondo. En ese sentido le hago llegar **las tareas que nos corresponden**, con el simple ánimo de volver menos fatigosa su tarea de lectora de reportes de alumnos. Espero que lo disfrute y que podamos encontrar en las minihistorias los conceptos fundantes de esta amalgama de cosas que es la educación en México. Vale pues!

Así dicen las tareas que nos corresponden.....

-“Y eso no es nada. Una buena cantidad de las escuelas mexicanas tienen esos signos. Si tu dices que la entrada es a las ocho de la mañana, pero los profesores vienen entrando a los salones a eso de las 8:15, di que tienes suerte, porque en otras llegan a colgarse hasta las 8:30”.

-¿Quieres decir entonces que esa escuela no es una excepción, sino la regla?” Le dije aún con palpables signos de incredulidad. Eso significa que las cuatro horas de clase se viene convirtiendo en dos horas y media, aproximadamente, quitándole la media hora del recreo, la entrada tarde y la salida temprano.

-”Por supuesto querido amigo, la excepción son aquellas poquitas escuelas que cumplen con el horario establecido, pero eso como dicen luego “son garbanzos de a libra”. Y deja tú que sólo fuera eso, pero ahí no para la cosa. Te voy a pasar al costo las siguientes anécdotas para que te vayas formando un juicio sobre la educación en este país”.

Caso 1. La semana pasada mi sobrino no fue a la escuela (curiosamente fue viernes) porque la profesora les dijo que se iba a jubilar una compañera de esa primaria, y como le iban a hacer pachanga en la propia escuela, les pidieron a los niños de primero, segundo y tercero que no fueran porque a esos profesores les tocó la “organización de tan magno evento”.(espantosamente real).

Caso 2. En la escuela secundaria donde está mi sobrina Dora (que por cierto tu conoces muy bien), tienen tres meses sin recibir clases de contabilidad. Cada que mi hermana va a pedir razones de esa anomalía, el director le dice que ya se va a solucionar el problema. No conforme con no hacerlo, ahora si que la calificación de los alumnos ahí es de “acuerdo al sapo es la pedrada”; es decir, la administración les pone la calificación que les da su regalada gana. (no quiero ser mal pensado, pero a veces también va en proporción a la “mochada”, en dinero o en especie).

Caso 3. Este si es un caso no tan cotidiano, pero que ya forma parte de los anales de la historia de una escuela de nivel profesional de la frontera norte del país. Cuentan que la directora de dicho plantel padecía de “mal de amores”, y que en una de esas, había elegido por compañero de placer a un individuo cuya edad no llegaba a los treinta años, y que entre sus “virtudes” estaba el entrarle por igual al alcohol, a las drogas, y a manejar vertiginosamente una motocicleta que hacía un ruido infernal. Por su parte, ella estaba próxima a cumplir los cincuenta. Tan dispareja edad también se reflejaba en el compromiso amoroso; ella se sacudía de placer y el Romeo en cuestión jugaba con esa relación. Cuentan testigos presenciales que muchas veces llegó de manera insolente hasta la dirección a exigirle cantidades respetables de dinero. Dicen también que cuando les ganaba la pasión, ella cerraba la puerta de su oficina y ahí se regocijaban ante la verguenza, el morbo o el desconcierto de secretarías y maestros.

La gota que derramó el vaso de tan sonado caso fue una vez que la “respetable” directora estaba dando una clase a un grupo de tercer semestre. De pronto se escuchó un ruido que se aproximaba rápidamente al salón; el sujeto de marras entró con todo y motocicleta ante el pavor de las estudiantes. El patán amenazaba a su querida porque quería dinero para drogarse. El asunto terminó cuando los conserjes sacaron con todo y motocicleta al Romeo. A los pocos días, la directora fue removida a otra escuela. (Nótese, ¡No corrida, removida!).

Caso 4. Tengo una amiga economista que da clases en una universidad de la región. Al empezar este semestre estaba muy desconsolada porque de dieciseis horas a la semana que tenía el periodo pasado, esta vez, sin explicaciones de por medio, sólo le dejaron un grupo. Ella se dedicó a ofertar su capacidad intelectual en otras escuelas. Total, una vez que empezaron las clases en la dichosa escuela de mi amiga, su “coordinadora” le salió con el chistecito de que su materia de economía mexicana se la había cambiado por la de literatura universal, y que si quería (las clases tenían tres días de iniciadas)

estaba un grupo sin maestro en el curso de Culturas de Oriente. Ella se quedó boquiabierta. Cuando se repuso de la impresión, abandonó el cubículo con un portazo como despedida. (Esta bien que haya necesidad, pero no se vale jugar de esa manera con la calidad educativa, murmuró camino a la salida).

Caso 5. Este si que hasta daría pena ajena. Sucedió en una preparatoria de la localidad. Un padre de familia buscaba culpables por todas partes sobre el mal comportamiento de su hijo. Los buscaba en todas partes, menos donde debería, que era dentro de las cuatro paredes de su casa. Cuando no aguantó más ver que el jovencito de diecisiete años le llegaba cada fin de semana a las cuatro de la madrugada, en evidente y notorio estado de embriaguez, fue y plantóse en plena oficina del director de la prepa en cuestión, para reclamarle airadamente sobre el tipo de formación que le estaban dando en esa dizque escuela a su pequeño. **“¿De qué se trata?”** Le decía todo atolondrado el administrador? **“De que mi hijo se emborracha aquí en la escuela, también fuma y nadie se lo prohíbe”**, dijo notablemente molesto el susodicho señor. **“¿Aquí en la escuela o con compañeros de la escuela?”** ¡Es lo mismo, la escuela se los permite!. **“Perdóneme -dijo el director-, aquí en la escuela tenemos estrictamente prohibido tomar y fumar; la cafetería ni vende alcohol ni cigarrillos; los maestros tampoco son tiendas vendedoras de drogas....en conclusión: sabe usted quiénes son y que hacen los “amigos” de sus hijos?”**(no crean que esa demostración de lucidez por parte del director hizo cambiar de parecer al cegado padre de familia. ¡Por supuesto que sacó a su hijo de esa “cantina escolar”!)

“Ya párale”, le dije a mi grandilocuente amigo, que iba raudo y veloz enfilando hacia el caso # 6. Con eso es suficiente para una reflexión larga y profunda sobre la cuestión educativa en este mexicano país. Muchas veces se piensa que los grandes problemas de la educación son principalmente originados por una mala formación de los docentes. Se dice hoy que la docencia se manifiesta en los diferentes niveles educativos como un quehacer sin rutas precisas; no hay metodologías claras ni únicas para ser exitoso, y los profes se confunden y además no profundizan en la importancia que tiene el pensar en los cómo enseñar significativamente. Las ideas sobre la pedagogía moderna llegan a este tipo de países tarde y sin la estrategia completa. Nos dejan espacios para la imaginación, pero cuando se viven ambientes donde se sujeta el principio de la creación, los resultados no son muy halagadores.

Pero la escuela no es todo eso. Cómo decir que el único culpable de que se empiece a trabajar tarde en una escuela es responsabilidad exclusiva de los maestros; dónde está el director; los conserjes; los padres de familia; el inspector de zona; el director de las primarias en el Estado, etc., etc., etc. Por otra parte, la ausencia de docentes en una materia: ¿es sólo culpa de éste o de una pésima selección por parte de los administradores?; ¿de una mala preparación en la formación de las normales?; ¿de un inadecuado programa de capacitación y actualización? Aun más: ¿esto es exclusivo de un tipo de universidad, de bachillerato, de secundaria, o entran en el mismo costal las eficientistas, las progresistas, las escuelas críticas?

¿Dónde quedan los proyectos de educación en los que se busca un ciudadano distinto, mucho más participativo e incorporado a la discusión de un país justo y equitativo? Si a los padres hasta nos cuesta trabajo el encauzar los rumbos valorales de nuestros hijos, la escuela no tiene mucho que hacer en ese sentido, por más definido que tenga una filosofía sustentada en valores, o por más que se empeñen en tener procesos de selección de docentes de excelencia.

Como diría por ahí Victoriano Arredondo en una de sus pláticas, los docentes, las instituciones y la educación en general nos movemos en una laguna de sensaciones contradictorias, donde sus aguas nos pasan muy rápidamente del optimismo ingenuo a un escepticismo crítico. O como lo diría Angel Díaz Barriga, pasamos de la innovación a la obsolescencia en ambos sentidos y en múltiples direcciones, pero en esencia, ambas cosas significan cómo se paran los sujetos y las instituciones ante las rutinas y ante los escenarios del mundo.

p.d. En síntesis, los problemas no sólo son integrales y de múltiples dimensiones, sino que también ameritan soluciones en ese tenor. Los maestros no podemos evadir responsabilidades, pero ese no es el asunto; nuestra tarea es despertar el interés por las letras, por los números, por la naturaleza, por la historia; pero más que evadir, todos deberíamos de ser conscientes que de lo que se trata es de **compartir; compartir y repartir**. Como diría un viejo amigo, “todos nos tapamos con la misma cobija”; la duración en el uso de ésta no sólo depende de uno sino de todos. Lo que nos estamos jugando en la educación es el futuro, y creo que a ese respecto, los saldos no nos están siendo muy convenientes...

¿OCUPA USTED UN MAESTRO COMPETENTE?

....”el espectro actual de la educación, sin embargo, es éste: que el ciudadano educado no encuentre trabajo. Que su talento no pueda rendir frutos por falta de ocupación”. **Carlos Fuentes... el Progreso Incluyente**

Con todo esto, no puede uno menos que preguntarse a cada momento: ¿para que te esfuerzas tantos años de escuela? ¿Para que estudias una carrera profesional? Si esto fuera un problema personal, dijera que mi desempleo es mala suerte, o que las energías no me alcanzan para agarrar un buen trabajo; pero no mi hermano, esta es una bronca generalizada; como diría el buen Wriht Mills en su momento: este es un problema estructural. Una buena cantidad de compañeros andan deambulando por escuelas, empresas y oficinas de gobierno, paseando el hambre, sus letras y el futuro en busca ya no dijo de un buen empleo, sino de migajas.

Seguramente desde la silla de su escritorio se estará preguntando por qué me vine desde Veracruz hasta la frontera, si cuando menos allá tenía una clasecitas; A lo mejor cuestionará mis conocimientos en el área de las Ciencias Sociales; posiblemente pensará que soy un irresponsable, o en el peor de los casos su conciencia le sugerirá que algún problema serio tuve con mi esposa y que por eso la salida en “busca de chamba” es una huída de la fatalidad”.

No está usted para saberlo, porque apenas se quien es, es decir, si no le pido una cita a su secretaria para solicitarle empleo y usted acepta escuchar mis argumentos, ni siquiera le haría en el mundo. Pero me parece conveniente aclarar sus pensamientos. No, no huyo de la fatalidad de un hogar maltrecho, es más, del poquito dinero que traía una buena parte me lo he gastado llamando a mi esposa y a mis tres pequeñitos. Cada una de las seis llamadas que hice en la semana me costó cincuenta pesos. Yo no se si usted sepa lo que es irse a la aventura teniendo cuatro sonrisas que a la partida se convierten en temores y llanto. Hice mal, lo se, debí de haberles llamado sólo una vez, pero le juro que la nostalgia me agarró desprevenido y volvió loca a mi razón.

Aclarado el punto de lo familiar, paso a lo laboral. Efectivamente tenía yo unas **clasecitas** en una escuela particular. Subrayo lo de clasecitas porque en toda la dimensión de la palabra eso eran: clases minúsculas en una escuela particular de nivel bachillerato. Déjeme le explico este asunto, nomás no se me vaya a desesperar y discúlpeme tanta explicación, aun a sabiendas de que su tiempo es muy valioso, pero ésta es una manera de llegar a la esfera de su sensibilidad, y recuerdo que mi finalidad es tocar sus emociones para que me contrate y pueda yo impartir algunas materias.

Le decía: en el verano de 1986 egresé de la Facultad de Comunicación de la Universidad Veracruzana. No me lo tome a mal, pero dicho sea entre paréntesis, puede usted observar en mi historial de calificaciones universitarias que tiene en ese folder que no reprobé materia alguna. Bien, egresé y después de pasarme el verano, el otoño y parte del invierno buscando donde colocarme, vine consiguiendo las clases aludidas en la prepa en cuestión. Pagaban poco pero como iba empezando, (como empezamos muchos de los egresados de las universidades públicas de este país) supuse que al cabo de algunos semestres la cosa se compondría.

Mi primera experiencia en un salón de clases fue traumática. Fijese usted que la coordinadora del área de ciencias sociales me dijo así como entre burlona y retadora . -“*Renato, vamos a ver si tienes madera para dar clases. Te tocó el grupo de sexto semestre. Les vas a dar metodología de la investigación III. La clase va a ser en el salón 4-b, el que está a un lado de la dirección. Mañana empiezas*”. -“*¿Cómo que mañana? acerté a preguntar*”. -“*¿Pues que no querías trabajar? El titular de la materia abandonó al grupo, y ésta es tu oportunidad*”. Y vaya oportunidad. Llegué al otro día al salón y me encontré con que todos los estudiantes de Veracruz estaban inscritos en metodología. No le exagero: **¡113 alumnos estaban en ese cuarto!** Aquello era asfixiante. Si me volteaba a escribir en el pizarrón, hasta corría el peligro de que mi honra fuera perpetrada y yo no me diera cuenta de quién a quiénes habían sido los culpables. Pasar lista era menos que imposible. Todos contestaban presente a nombres que no les correspondían. Ante ese abismal problema me quedé pensando un minuto y tomé una decisión. Les pedí que agarraran su lápiz o pluma y que abrieran su cuaderno. Adivinó usted: empecé a dictarles minuto tras minuto hasta que se acabó la clase; cuando menos de esa manera los tenía ocupados. Está claro que de ahí hasta que terminara el semestre yo continuaría con esa técnica pedagógica suprema.

No me malinterprete señor, ni me considere estúpido por contarle todo esto. Va a creer que soy un maestro tradicional, de esos cánceres de la educación que sólo se dedican a monologar en un salón de clases o a dictarles a los estudiantes. Le hice notar que fue mi primera experiencia en el aula, y que además, tenía más de 100 alumnos hacinados en un asfixiante cuarto para mi solo. ¿Qué hubiera hecho usted, a la edad de veintin años en una situación similar? Seguramente algo muy parecido a lo que yo realicé. Después de que logré salir “vivo” de ese tormento, no se cómo, ni se por dónde, pero eso de ser maestro me entró al consciente y al inconsciente de una manera total. A cuanto curso de didáctica había en algún lugar, yo intentaba entrar como participante o como polizón -como se pudiera pues-. Usted puede ver las constancias de eso que le digo, y hasta hice un diplomado en educación, donde revisamos teorías, métodos y formas de evaluación en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Todo eso lo tengo documentado, pero volviendo al centro de la cuestión, porque veo que lo tengo a usted cada vez más confundido o aburrido, yo me preparé lo más que pude en esto de la docencia pero la escuela preparatoria particular en la que trabajaba no me incentivaba lo suficiente. ¿Qué qué quiero decir? ¿Le parece justo que después de diez años de dar clases continua, constante y permanentemente como maestro de asignatura no se hayan ni siquiera dignado en darme un status de maestro de media planta, cuando menos? ¿Le parece justo que la hora-clase me la estuvieran pagando este último semestre a trece pesos con cincuenta centavos? Lo oyo bien, **¡trece pesos con cincuenta centavos, mi digno señor!** ¿Le parece justo que cuando se atravesase un día festivo y no demos clase porque el calendario escolar así lo marque no nos paguen esas horas de asueto?

Le juro que no le exagero ni un ápice; todavía me presenté el último día en la dirección, -para eso ya había decidido venirme hasta acá a buscar fortuna porque comprenderá usted que la situación era realmente insoportable-, y le dije a la subdirectora: -“*mire usted maestra Graciela, este es el último día que trabajo con ustedes. Ya tengo diez años y pues yo creo que...*”. No me dejó terminar mi buen señor, me cortó a mitad del discurso para decirme: “*Ya se para donde vas Renato, no te podemos dar un cinco más de lo que te corresponde por las clases trabajadas. No nos interesa que tengas diez, quince o veinte años trabajando con nosotros, no hay más que darte, así es que hazle como quieras*”.

¿Cómo quería que le hiciera? Canija vieja, era una judía. Me pasé diez años de mi vida creciendo intelectualmente en una actividad que

me gusta mucho, pero mi familia no tiene ni para lo más básico. ¿Sabe cuánto ganaba yo al mes antes de venirme? **\$1650.00**. ¡Un profesionista con experiencia dando clases y ganando esa miseria al mes! ¿Para qué estudia uno pues? ¿Usted sabe para que estudiamos en México? ¿Para mendigar? ¿Para suplicar? ¿Para malvivir, o para tener una vida digna, una casa decorosa, un alimento constante, un par de hijos que no se mueran de una gripe?

¿Qué por qué no busqué en otras escuelas o universidades de Veracruz? ¿Se imagina usted cómo están las poquísimas universidades donde pagan treinta o cuarenta pesos la hora? Nadie quiere soltar ni por error una materia.

No tenía más alternativas. Apenas tengo treinta y dos años y no puedo creer que el resto de mi vida me la voy a pasar viendo el título universitario cada noche que llegue de vender cualquier cháchara en la calle. Me resisto a que esa realidad de Veracruz sea la misma para todas las regiones de esta nación, porque si fuera de esa manera, ¿cuál sería el sentido de estudiar una profesión, cuando no vas a tener las condiciones de ejercerla con dignidad y respeto? Permítaseme esta analogía bárbara, pero haga de cuenta que se hace usted de un Roll Royce último modelo, y vive en una colonia de la periferia donde no hay ni pavimento, y su casa es de cartón y madera. ¿Es una incongruencia no?

¿Aquí pagan entre cuarenta y sesenta pesos la hora en promedio? Yo sabía que estaba mejor que allá. Pero..., ¿qué no me puede contratar ahora porque ya está llena la planta docente? ¡No me diga eso, por favor!... Más lo siento yo mi amigo, porque tengo ya dos semanas completas por acá y parece que en todas partes están con carga completa. De cualquier manera le agradezco su tiempo y su paciencia. Espero no haberle abrumado demasiado, pero es que estoy desesperado..., ¡me urge encontrar trabajo!

p.d. La narración de Renato está en el centro de la llaga. Carlos Fuentes tiene por ahí algunas frases en su libro del “Progreso Incluyente” que se resquebrajan ante el tamaño de la odisea de este veracruzano. Fuentes dice: **“en todo caso, el magisterio debe estar embuido en una sola misión; darle a los alumnos un sentido poderoso de su dignidad personal, de sus capacidades a desarrollar, de su fuerza para sobrevivir, de su obligación de participar, de su inteligencia para tomar decisiones propias y de la virtud de seguir aprendiendo”**. Desde las voces de la tragedia de los muchos Renatos (maestros y no maestros) dirían: ¿Cuál dignidad?

¿De dónde la obtenemos? Como señalaba la pasional Rosario Castellanos en uno de sus fragmentos poéticos: **‘recordar, recordemos, hasta que la justicia se siente entre nosotros’**.

LA VOZ DE NITA, DESDE EL CORAZON DE FREIRE

“La ética humanista y el conocimiento pertinente es la llave para el trabajo educativo del siglo XXI”.

Carlos Nuñez Hurtado.

La voz de Nita, mujer y compañera del Paulo Freire de la “edad serenamente madura”, como ella lo definió, se dejó escuchar en aquel auditorio atestado de personas vinculadas con la educación. Todos estábamos sensibilizados porque previo a la participación de Nita, habíamos visto un video inédito de Freire, cuya edición estuvo a cargo de la Cátedra Paulo Freire, del ITESO. Los tradicionales pero tremendamente vigentes conceptos de su obra los explicaba él mismo, con su parsimonia de hombre viejo, con su rostro arrugado y sus manos expresivas. Hemos escuchado varias veces que “el educador es un artista, que rehace, repinta, reconstruye”, pero dicho por Freire, con sus matices, con sus silencios pausados, con su experiencia, la frase cobra otra dimensión. “Tocar los miedos y meterte en el silencio” lo decía como una exigencia, como una urgencia a la que nadie que esté en la educación puede evadir. Miedo por no ser democrático; miedo por esconder la afectividad en aras de una ciencia ascética; miedo por no comprometerse con los educandos; miedo a no ser tolerante con la divergencia; miedo a amasar un discurso progresista y en el práctica ser todo lo contrario.

En ese contexto, Nita tomó el micrófono y habló en un portugués melodioso. Dejó la ciencia y el frío conocimiento a un lado y se permitió dar paso a la sensibilidad para hablar de su hombre.

Los seres humanos amorosos, los hombres tercamente amorosos, nunca se van del todo. No se pueden ir cuando se tienen 60 años de experiencia en común. La frase tiene mucho de pedagogía. Los maestros tercamente amorosos nunca se van del todo en los estudiantes. Los recuerdan no sólo por esos combates del conocimiento que se viven en el aula, sino por ese sentido de amor, de cercanía y de afecto que se tiene. Piense el lector en sus maestros de antaño, e

invariablemente el tercamente amoroso ocupa un lugar especial en los recuerdos.

Nita tiene una mirada melancólica y a la vez profunda. Sólidamente afectuosa desde su expresión de mujer guerrera, de mujer que hace de la lucha un estilo de vida. Siguió evocando a Freire y la voz se le quebró y los ojos se escondieron para que no se viera la lágrima del recuerdo. ***El luto me anima a trabajar. Conocí a Paulo desde 1937, en el Colegio Osvaldo Cruz de Arrecife, Brasil. Mi padre era el dueño del colegio y Paulo entró como alumno. Desde entonces hasta 1988, año en el que nos casamos, sentí un gran amor y un profundo respeto por ese hombre. Paulo tenía una manera especial de valorizar y estar siempre atento a nutrir la relación: con tolerancia, con sabiduría, y sobre todo con amor.***

Las expresiones de Nita son sin duda la de una mujer profunda y congruentemente enamorada. En esos momentos de su discurso, sus palabras nos hacían imaginar a un hombre sólidamente respetuoso de la mujer que no sólo comparte su proyecto de vida, sino que de una manera actuante, participa en la construcción de ese proyecto. En lo personal, no sé si efectivamente Freire fui un hombre tan congruente en su vida personal como lo fue en la construcción de su discurso. Cuando uno va formando las imágenes de los grandes pensadores, los concibe en la vida real como seres extremadamente egoístas; que no dejan un minuto para compartir porque sienten que el tiempo se mueve demasiado rápido; que no se puede hacer vida en familia porque siempre se está con el lápiz en una mano, con el libro en la otra y con los viajes y proyectos en la mirada. En esos proyectos no caben más que ellos y la humanidad en su dimensión etérea, abstracta, y no la humanidad que se siente y se palpa en el micromundo de lo cotidiano.

Nita volvió a su fortaleza después de enjugar las lágrimas. Tomo aire y siguió leyendo sus pasiones freirianas en el portugués cantarín de la mujer brasileña. ***A Paulo lo debo ver como un objeto de amor primario y también como un educador del mundo. En él se concentra a la perfección la simplicidad del sabio y el pedagogo del amor. El diálogo es su bastión, su energía, su compromiso. Diálogo como una táctica ética, o epistemológica, o cognoscitiva, o política. El diálogo como una forma de estar siendo amorosos con la vida. El diálogo que nos hace aprendices del mundo.*** Visto de esta manera, el diálogo tiene múltiples funciones en el espectro educativo. Podríamos entenderlo como una expresión del conocimiento (primera fortaleza del educador); como un recurso, una estrategia, una habilidad para hacer nacer, o bien acercar, o bien hacer crecer el

conocimiento (segunda fortaleza del educador); o bien como una actitud, un rasgo de sensibilidad, una manera de comunicación, una forma de reconocimiento del propio ser y del otro ser (tercera fortaleza del educador). “El diálogo que nos hace aprendices del mundo” nos obliga a preguntarnos siempre por las cosas. Una pregunta desencadena una respuesta y automáticamente aparece otra pregunta. El diálogo como una filosofía y como un quehacer que se antepone y se anticipa al monólogo, a la cerrazón y a la intolerancia.

Nita llegaba a la parte final de su discurso. Los oyentes íbamos y veníamos por los pasajes históricos de un hombre que nunca tuvo un momento de reposo. Imaginábamos a Nita y a Paulo como la pareja que ve al mundo no como un destino, sino como un desafío. **Paulo decía que el amor y la rabia son emociones fundamentales que nos llevan a actuar. Ambos nos acercan al mundo y nos hacen parte de él. Paulo negó el proceso globalizador porque éste niega el humanismo liberador, la ética y la estética, y eso se ve claramente en las expresiones de vida que tenemos hoy en día. Paulo es llamado “el peregrino de lo obvio”. Debió serlo por partir siempre de lo simple, de lo cotidiano, desde ahí se resuelven las crisis más severas de la vida”.**

La mujer terminó su elegía al amor de Paulo Freire. Me hubiera gustado que todos la contempláramos en silencio, haciéndole saber nuestro reconocimiento a una mujer que se aleja de las simplistas discusiones de género para asumir su papel protagónico como acompañante de un gran pensador latinoamericano. Hubiera sido más emotivo un diálogo en silencio, que los aplausos y los gritos que se oyeron al final de sus palabras. En fin, por mi parte, espero haber respetado lo más posible el mensaje de Nita, la mujer de Paulo Freire.

P.d. Recién terminé de escribir este artículo y me voy a comer a casa. Enciendo la radio y por coincidencia empieza un corrido norteño que dice palabras más, palabras menos: “lo engañó su mujer, por eso la mató”. El corrido es simple, monorrítmico. Al final el hombre mató a su mujer y al amante. Cuando el mayor de tres hijos le pregunta: ¿por qué mataste a mi mami? ¿Quién nos va a cuidar ahora? El tipo por respuesta se da un balazo en el corazón. ¿Las palabras de Nita y de Freire no caben en este mundo? Al contrario, ahora más que nunca hay que apropiarnos de todos aquellos valores que nos ayuden a crecer, a convivir, a amarnos. Si no, ¿cómo pues?

